Ursula K. Le Guin

LOS LIBROS DE TERRAMAR

I
UN MAGO DE TERRAMAR

Doce Moradas

MINOTAURO

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

En el mundo de Terramar hay dragones y espectros, talismanes y poderes, y las leyes de la magia son tan inevitables y exactas como las leyes naturales.

Un principio fundamental rige en ese mundo: el delicado equilibrio entre la muerte y la vida, que muy pocos hombres pueden alterar, o restaurar. Pues la restauración del orden cósmico corresponde naturalmente al individuo que se gobierna a sí mismo, el héroe completo capaz de dar el paso último, enfrentarse a su propia sombra, que es miedo, odio, inhumanidad.

- Ursula K. Le Gui
  - Guerreros en la niebla
  - La sombra
  - La escuela de hechicería
  - La sombra en libertad
  - El dragón de Pendor
  - Cazado
  - El Vuelo del Halcón
  - La cacería
  - Iffish
  - El mar abierto

Ursula K. Le Gui
Un mago de Terramar

Guerreros en la niebla

La Isla de Gont, una montaña solitaria que se alza más de mil metros por encima del tormentoso Mar del Nordeste, es una famosa comarca de magos. De los poblados de los valles altos y los puertos de calas sombrías y estrechas más de un gontesco ha partido a servir como. hechicero o mago en las cortes, o en busca de aventuras, haciendo magias a los Señores del Archipiélago y yendo de isla en isla por toda Terramar. De entre ellos, hay quien dice que el más grande, y con seguridad el más viajero, fue el hombre llamado Gavilán, que en su época llegó a ser Señor de Dragones Archimago. La vida de Gavilán ha sido narrada en la Gesta de Ged y en numerosos cantares, pero éste es un relato del tiempo en que aún no era famoso, anterior a las canciones.

Gavilán nació en una aldea solitaria llamada Diez Alisos, en lo alto de la montaña, a la entrada del Valle Septentrional. Desde la aldea, las praderas y las tierras de labranza descienden en terrazas hacia el océano, y hay otros poblados en los recodos del río Ar; pero más arriba de la aldea sólo el bosque sube trepando hasta las rocas y las nieves de la cumbre.

Duny, el nombre con que lo llamaban de niño, se lo puso la madre, y no pudo darle otra cosa que ese nombre y la vida, pues ella murió antes que él cumpliera un año. El padre, el forjador de bronce de la aldea, era un hombre hosco y taciturno, y puesto que sus seis hermanos eran mucho mayores que él y se habían marchado uno a uno del hogar paterno, a labrar la tierra o navegar los mares o trabajar en las forjas de otros pueblos del Valle Septentrional, no quedó nadie que criase al niño con ternura. Creció salvaje, tenaz como la mala hierba, un chiquillo alto y ágil, fuerte y altanero, de temperamento fogoso. junto con los escasos chicuelos de la aldea pastoreaba las cabras en los prados empinados, sobre las fuentes del río; y cuando tuvo fuerzas para tirar y empujar de los fuelles, el padre lo obligó a trabajar en la fragua como aprendiz, con una elevada paga de golpes y azotes. Mas Duny no era lo que se dice un gran trabajador. Se pasaba los días a cielo abierto, adentrándose en las profundidades del bosque, nadando en los estanques del río Ar, que como todos los ríos de la isla corre rápido y frío, o escalando riscos y escarpas hasta las crestas que coronan los árboles, desde donde podía ver el mar azul, el ancho océano nórdico en el que no hay ninguna isla más allá de Perregal.

Una hermana de la madre vivía en la aldea. La mujer le había dado todo lo necesario en los primeros años, pero tenía sus propias obligaciones, y apenas Duny fue capaz de cuidarse solo, dejó de atenderlo. Mas aconteció que un día, cuando el niño tenía siete años, y

era inocente y lo ignoraba todo sobre las artes y los poderes que hay en el mundo, oyó cómo su tía le gritaba a una cabra que se había trepado al tejado de una choza, y vio cómo el animal la obedecía bajando de un salto. Al día siguiente, mientras pastoreaba las cabras de pelaje largo en los prados del Gran Precipicio, Duny les gritó las palabras que había escuchado, sin saber para qué servían, ni qué significaban, ni siquiera qué clase de palabras eran:

Noz jierz mok man

jiok jan morz jan!

Gritó los versos, y las cabras vinieron a él, presurosas, todas juntas, y en silencio. Y lo miraron desde las negras ranuras de los ojos amarillos.

Duny se no y grito otra vez los versos que le daban, poder sobre las cabras. Se le acercaron más aún, amontonándose y empujándose alrededor. De repente tuvo miedo de aquellos cuernos gruesos y rugosos y las raras miradas y el raro silencio. Trató de librarse de ellas y escapar. Las cabras corrieron con él cerrando un nudo alrededor, y de este modo se precipitaron cuesta abajo y así llegaron por fin a la aldea, las cabras todas, juntas, —como atadas con una cuerda, y en medio el niño que lloraba y vociferaba. Los aldeanos salieron corriendo de las casas y les gritaron a las cabras y se rieron del muchacho. junto con ellos apareció la tía de Duny, y ella no se rió. Les dijo una palabra a las cabras, y las bestias se dispersaron y se pusieron a balar y a pastar mansamente, libres del sortilegio.

—Ven conmigo —le dijo a Duny.

Lo llevó a la cabaña donde ella vivía sola. Por lo común no dejaba entrar a ningún niño, y los niños tenían miedo del lugar. Era una estancia baja y sombría, sin ventanas, y con la fragancia de las hierbas que colgaban de la viga maestra del techo: menta, moli y tomillo, milenrama, juncovivo y paramal, hojas de reyes y becerra, tanaceto y laurel. Allí se sentó de piernas cruzadas junto al fuego, y mirando al niño e reojo a través de la maraña de cabellos negros le preguntó qué les había dicho a las cabras y si sabía que versos eran ésos. Cuando descubrió que el chico no sabía nada, y que sin embargo había hechizado a las cabras para que acudieran a él y le siguieran, comprendió que había en el muchacho poderes en ciernes.

Hasta entonces, y como hijo de su hermana, Duny no había significado nada para ella, pero ahora lo veía con ojos diferentes. Lo cubrió de alabanzas y le dijo que le enseñaría otros versos mejores aún, tales como la palabra que hace salir al caracol y otra que llama al

halcón para que baje del cielo.

—¡Sí, sí! Enséñame esa palabra —rogó Duny, ya del todo repuesto del susto que le dieran las cabras, y engreído con las lisonjas de la tía.

—Si te la enseño —dijo la bruja—, nunca se la dirás a los otros niños.

—Lo prometo.

La ignorancia y precipitación de Duny hicieron sonreír a la mujer.

—Muy bien. Pero tendré que atar tu promesa. Te sujetaré la lengua hasta que decida desatarla, y aun entonces, aunque podrás hablar, no pronunciarás la palabra que yo te enseñaré allí donde otros puedan oírla. Hay que guardar los secretos del oficio.

—Bueno —respondió el muchacho. No tenía intención de decírselo a sus compañeros de juego, pues le gustaba saber y hacer cosas que ellos no conocían y que nunca llegarían a conocer.

Esperó sentado y muy quieto mientras su tía se recogía el cabello despeinado, y se anudaba el cinturón del vestido se volvía a sentar con las piernas cruzadas y arrojaba puñados de hojas al fuego, hasta que el humo se extendió por la oscuridad de la cabaña. Luego empezó a cantar. La voz cambiaba por momentos, de aguda a grave, como si otra voz cantase a través de ella, y el canto continuó y continuó hasta que Duny no supo si estaba dormido o despierto. Durante todo ese tiempo el viejo perro negro, que nunca ladraba, estuvo sentado junto a él con los ojos enrojecidos por el humo. De pronto la bruja le habló en una lengua que Duny no comprendía y le obligó a repetir versos y palabras, hasta que el hechizo obró sobre él y lo enmudeció.

—¡Habla! —ordenó ella, para probar el encantamiento.

El chico no pudo hablar, pero se rió.

La tía se asustó entonces un poco de la fortaleza del muchacho, pues éste era el sortilegio más poderoso del que ella era capaz; no sólo había pretendido dominar el habla y el silencio del niño, sino también obligarlo a que la sirviera en las artes de la brujería. No obstante, aunque el encantamiento había obrado, Duny se había reído. La mujer no dijo nada. Vertió agua clara sobre el fuego hasta despejar el humo y dio al niño un poco de beber; y cuando el aire estuvo límpido otra vez y el chiquillo hubo recobrado el habla le enseñó el nombre verdadero del halcón, el nombre al que el halcón acudiría.

Así fue como dio Duny los primeros pasos por el camino que seguiría toda la vida: el camino de la magia, el que por último lo lanzaría a perseguir una sombra por tierras y por mares hasta las playas tenebrosas del reino de la muerte. Pero en aquellos primeros pasos el camino parecía ancho y luminoso.

Cuando llamaba por su nombre a los halcones salvajes y los veía bajar desde los vientos hasta él, y se le posaban en la muñeca con un aleteo atronador como si fueran el azor de un príncipe, le venían

ganas de conocer muchos más de aquellos nombres, e iba a ver a su tía y le suplicaba que le enseñara los nombres del gavilán, del quebrantahuesos y del águila. Para aprender esas palabras poderosas hacía todo cuanto ella le pedía, y aprendía todo cuanto le enseñaba, aun cuando no todo fuera tan agradable de hacer ni de saber. Hay un dicho en Gont: Débil como magia de mujer; y hay otro aún: Maligno como magia de mujer. Ahora bien, la bruja de Diez Alisos nunca hacia magia negra, y no se entrometía tampoco con las Altas Artes ni traficaba con las Antiguas Potestades; mas siendo como era una mujer ignorante entre gentes ignorantes, a menudo utilizaba las artes para fines absurdos y equívocos. Nada sabía ella acerca del Equilibrio y la Norma que todo hechicero ha de servir y conocer y que le prohíben utilizar sortilegios excepto en casos de verdadera necesidad. Esta mujer tenía un hechizo para cada circunstancia y se pasaba la vida urdiendo encantamientos. Lo que ella creía saber era en parte mera patraña y charlatanería, y ni siquiera alcanzaba a distinguir los hechizos verdaderos de los falsos. Conocía, eso sí, numerosos maleficios, y quizás era más ducha en el arte de provocar enfermedades que en el de curarlas. Como cualquier bruja de aldea, sabía preparar un filtro de amor, pero también otros menos benignos, destinados a satisfacer la envidia y el odio de los hombres. Ocultaba, sin embargo, estas habilidades al joven aprendiz, y en tanto le era posible, sólo le enseñaba prácticas honestas.

Al principio, y tal como cabía esperar de un niño, lo que más complacía a Duny era el poder que las artes mágicas le daban sobre las aves y las bestias. Esta satisfacción lo acompañó en verdad toda la vida. Al verlo allá, en las tierras altas de pastoreo, a menudo con algún ave de rapiña revoloteando alrededor, los otros niños dieron en llamarlo Gavilán, y así tuvo el nombre con que sería conocido años más tarde, en sitios donde ignoraban su verdadero nombre.

Como la bruja no dejaba de hablar de la gloria, las riquezas y el enorme poder de los hechiceros, el muchacho se propuso aprender encantamientos más útiles. Y aprendía con una rapidez extraordinaria. La bruja no se cansaba de alabarlo, y mientras los niños de la aldea empezaban a tenerle miedo, él mismo se convencía de que muy pronto sería famoso entre los hombres.

De esta manera, palabra tras palabra y hechizo tras hechizo, estudió junto a la bruja hasta que cumplió los doce años y hubo aprendido casi todo lo que ella tenía para enseñarle. No mucho sin duda, pero suficiente para una bruja de aldea, y más que suficiente para un chiquillo de doce años. Le había enseñado todo lo que ella sabía en materia de hierbas y curaciones, y de las artes de encontrar y atar, enmendar, abrir y revelar. Todo cuanto ella conocía acerca de las historias de los trovadores y las grandes Gestas se lo había cantado a

Duny; y le había enseñado todas las palabras de la Lengua Verdadera que había aprendido de su propio maestro. Y de los hacedores de lluvia y malabaristas trashumantes que iban de pueblo en pueblo por el Valle del Norte y el Bosque del Levante, Duny había aprendido trucos y habilidades, sortilegios ilusorios. Fue con uno de esos encantamientos baladíes como demostró por primera vez el gran poder que había en él.

En aquel entonces Kargad era un imperio poderoso. Las cuatro comarcas se extendían desde el Septentrión hasta el Levante: Karego-At, Atuán, Hur-at-Hur y Atnini. Los kargos hablaban una lengua muy distinta de las lenguas del Archipiélago o los otros Confines, y eran un pueblo salvaje, de tez blanca y cabellos rubios, feroces guerreros, que disfrutaban con el espectáculo de la sangre y el olor de las aldeas en llamas. El año anterior habían invadido las Toriclas y la isla fortificada de Torheven, atacándolas una y otra vez con navíos de velas rojas. Las nuevas de esas invasiones habían llegado a Gont, pero los Señores de Gont, ocupados en incursiones, poco se preocupaban por el infortunio de otras tierras. Luego cayó Spevy en manos de los kargos y fue saqueada y devastada, y esclavizada, y es aún hoy una isla en ruinas. En busca de nuevas conquistas, los. kargos navegaron luego hasta Gont, llegando en treinta galeras al Puerto del Este. Atacaron el burgo, lo tomaron e incendiaron; dejaron los navíos anclados y protegidos en el estuario del Ar, subieron por el Valle saqueando y destruyendo, matando a hombres y animales. A medida que avanzaban se dividían en bandas, y cada una de ellas depredaba y devastaba por cuenta propia. Algunos fugitivos llevaron la voz de alarma a los aldeanos de las montañas. Muy pronto los pobladores de Diez Alisos vieron cómo el humo oscurecía el cielo del Levante, y aquellos que esa noche escalaron el Gran Precipicio pudieron atisbar una bruma espesa y las rojas estrías de las llamas allí donde los campos de labranza ya listos para la cosecha eran consumidos por el fuego, y los huertos que ardían con los frutos asándose en las ramas, y las alquerías en ascuas y los graneros en ruinas.

Algunos aldeanos huían por las quebradas del monte se ocultaban en el bosque, otros se disponían luchar y otros no hacían otra cosa que dar vueltas y vueltas, lamentándose. Entre los fugitivos estaba la bruja. Se había ocultado en una cueva de la ladera del Kaperding, sellando la entrada con palabras mágicas. El padre de Duny, el forjador, se había quedado en la aldea pues no quería abandonar la fundición y la fragua, en las que trabajaba desde hacía cincuenta años. Estuvo ocupado toda la noche, forjando puntas de lanza con el metal de que disponía y otros trabajaron con él, atándolas a los mangos de azadas y rastrillos, pues no había tiempo para calzarlas e insertarlas adecuadamente. No había en la aldea otras armas que arcos de caza y

cuchillos de monte, porque los montañeses de Gont no son belicosos; no es de guerreros de lo que tienen fama sino de ladrones de cabras, piratas y hechiceros.

Con el amanecer una densa niebla blanca descendió sobre el poblado, como ocurría con frecuencia durante el otoño en las partes más altas de la isla. Agazapados entre las chozas y casas diseminadas de la única calle de Diez Alisos, los aldeanos aguardaban en silencio, pertrechados, esgrimiendo los arcos de caza y las lanzas recién forjadas, sin saber si los kargos se encontraban lejos o cerca, y escudriñaban la niebla que ocultaba las formas, la distancia y los peligros.

Con ellos estaba Duny. Durante toda la noche había trabajado en los fuelles, bombeando con las largas mangas de piel de cabra los chorros de aire que alimentaban el fuego. Ahora los brazos le dolían y le temblaban de cansancio y ni siquiera podía empuñar la lanza que había elegido. No creía que pudiera combatir o al menos prestar alguna ayuda, a sí mismo o a los demás. Le enfurecía la idea de morir ensartado en una lanza karga a una edad tan temprana y de tener que penetrar en el reino de las sombras sin haber llegado a conocer su propio nombre, el nombre que en verdad le correspondía. Se miraba los brazos delgados, mojados por el rocío helado de la niebla y maldecía esa debilidad transitoria, pues sabía que el poder estaba en él. Sólo le faltaba saber cómo usarlo; y buscaba entre todos los sortilegios conocidos algún ardid que pudiera darles a él y a sus compañeros cierta ventaja, o al menos una oportunidad. Pero la mera necesidad no basta para liberar el poder: el conocimiento es indispensable.

Ya la niebla se disipaba al calor de un sol que resplandecía desnudo sobre la cima de un cielo luminoso. Cuando la bruma se fue alejando a la deriva en grandes copos y celajes de humo, los aldeanos divisaron una horda de guerreros que avanzaba montaña arriba. Acorazados con cascos de bronce, grebas y petos de cuero, y escudos de madera y bronce, y empuñando la espada y la larga lanza karga, subían con estrépito siguiendo los meandros de la empinada ribera de Ar, empenachados, en una fila desordenada, y estaban ya bastante cerca como para que se les distinguieran las caras blancas y se oyeran las palabras extrañas que se gritaban unos a otros. Esta cuadrilla de las huestes invasoras contaría con unos cien hombres, lo cual no es mucho; pero en la aldea no había más que dieciocho, entre hombres y muchachos.

Fue entonces cuando la necesidad trajo sabiduría: Duny, viendo que la niebla volaba y se disipaba, y descubría así el camino ante los kargos, recordó un encantamiento que podría serle útil. Un viejo mago del Valle, que había querido ganarse al muchacho como aprendiz, le

había enseñado varios encantamientos. Uno de éstos era el truco llamado tramanieblas, que congrega las nieblas en un lugar determinado durante un breve lapso. Mediante este truco un ilusionista avezado puede modelar la niebla y transformarla en apariciones fantasmales que duran un tiem y luego se desvanecen. El muchacho no tenía esa habilidad, pero sí la fuerza necesaria para que el hechizo sirviera a lo que él se proponía. De prisa y en voz muy alta nombró los distintos sitios y los límites de la aldea, y luego recitó el conjuro tramanieblas, pero enlazando las palabras con las de un hechizo de ocultamiento, y por último gritó la palabra que movía toda esta magia.

No había acabado aún cuando su padre, apareciendo de improviso detrás de él, le asestó un fuerte golpe en el costado de la cabeza, tirándolo al suelo.

—¡Cállate, imbécil! ¡Deja de dar voces y escóndete si no te atreves a pelear!

Duny se puso de pie. Podía oír a los kargos a la entrada de la aldea, no más lejos del añoso tejo que crecía junto a los corrales del curtidor. Las voces se oían, claras, y también los golpes y crujidos de las armas y los arneses, mas no se los veía. La niebla se había cerrado alrededor de la aldea; la luz se había vuelto gris y el mundo borroso, a tal punto que los hombres a duras penas alcanzaban a distinguir sus propias manos.

—Los he escondido a todos —dijo Duny con voz hosca, porque le dolía la cabeza a causa del golpe que le propinara el padre, y el esfuerzo del doble hechizo lo había agotado—. Mantendré esta niebla todo el tiempo que pueda. Haz que los otros los guíen hacia el Gran Precipicio.

El forjador miró con asombro a su hijo, como si fuese un fantasma salido de aquella bruma densa y misteriosa. Tardó un momento en comprender lo que Duny decía, pero al fin echó a correr sin hacer ruido, buen conocedor como era de cada cerca y de cada esquina del poblado, y fue en busca de los otros para decirles lo que tenían que hacer. Ahora, a través de la bruma gris, florecía un manchón encarnado: era el techo de paja de una cabaña que ardía, incendiada por el invasor. Pero los kargos aún no habían entrado en la aldea y esperaban abajo, a la entrada, a que la niebla se levantase y descubriera la presa y el botín.

El curtidor, a quien pertenecía la casa incendiada, envió a un par de muchachos a que pasaran haciendo cabriolas ante las mismas narices de los kargos, los provocaran con burlas y desaparecieran al instante como humo en el humo. Mientras tanto, arrastrándose or detrás de las cercas y corriendo de casa en casa, los mayores se aproximaron por el otro lado y descargaron una lluvia de flechas y

lanzas sobre los guerreros que esperaban amontonados en un solo racimo. Un kargo rodó por tierra retorciéndose, el cuerpo traspasado por una lanza que aún conservaba el calor de la fragua. Otros fueron alcanzados por las flechas. Entonces, cegados por la ira, arremetieron decididos a aplastar a aquellos agresores insignificantes, pero sólo encontraron niebla, una niebla poblada de voces. Guiados por ellas, se lanzaron al ataque, hendiendo el aire con las largas lanzas empenachadas y ensangrentadas. Recorrieron a gritos la calle, sin ni siquiera enterarse de que habían atravesado la aldea entera, cuyas chozas y casas vacías aparecían y desaparecían entre los celajes grises de la bruma. Los aldeanos se dispersaban a todo correr, la mayoría ganando distancia, ya que conocían el terreno palmo a palmo, pero algunos, los niños y los ancianos, era más lentos. Cuando tropezaban con ellos los kargos les clavaban las lanzas y blandían furiosos las espadas mientras lanzaban el grito de guerra —¡Vulúa! ¡Attvúa!— invocando a la Hermandad Blanca de Atuán.

Algunos de los guerreros se detenían al descubrir que el terreno que pisaban se hacía más escarpado, pero los demás proseguían en ciega carrera en busca —del poblado fantasma y a la caza de las formas vagas y flotantes que se les escapaban de las manos. La niebla misma había cobrado vida con aquellas siluetas fantasmales y fugaces que se desvanecían en todas direcciones. Un grupo de kargos persiguió a los espectros hasta el Gran Precipicio, un acantilado de treinta metros de altura que se alzaba por encima de las fuentes del Ar. Las figuras flotaron en el aire un momento y se desvanecieron junto con la niebla que en aquel paraje empezaba a disiparse, en tanto los perseguidores se precipitaban al vacío dando alaridos, al principio lo entre las brumas, y de improviso a plena luz sol E ara ir a estrellarse contra los charcos del rocoso echo del río. Y los que venían detrás no cayeron, se detuvieron allí, al borde mismo del abismo, y escucharon.

Y el pavor dominó de pronto a los kargos, y se buscaron unos a otros, no ya a los campesinos, en aquella niebla fantasmagórica. Se congregaron en la ladera pero también allí estaban las apariciones, las formas espectrales y otras que corrían fugaces como sombras y golpeaban desde atrás con lanzas y cuchillos y luego se desvanecían. Los kargos se precipitaron cuesta abajo; iban todos juntos y atropellándose, pero en silencio, hasta que se encontraron de pronto fuera de la niebla cerrada y pudieron ver el río a los les de la aldea y las quebradas resplandecientes a la luz descarnada del sol matutino. Entonces se detuvieron y reagrupándose miraron atrás. Un muro de niebla ondulante retorcida, cruzaba el sendero, ocultando lo que había del otro lado. De pronto, de esa cortina impenetrable emergieron dos o tres rezagados, con las largas lanzas balanceándose sobre los hombros. Ni uno solo volvió la cabeza para mirar atrás por segunda

vez. Continuaron descendiendo, de prisa, procurando alejarse de aquel sitio embrujado.

La verdadera lucha comenzó más adelante, en el Valle del Norte. Los poblados del Bosque del Levante, desde Ovark hasta la costa, habían congregado a sus gentes y los enviaban a enfrentar a los invasores. Cuadrilla tras cuadrilla bajaban de los cerros, y durante ese día y el siguiente la invasión fue rechazada y los kargos tuvieron que replegarse a las playas del Puerto del Este, donde descubrieron que les habían quemado todas las naves. Y así continuaron luchando, de espaldas al mar, y al fin todos murieron, y las arenas del estuario del Ar estuvieron teñidas de rojo hasta que subió la marea.

Aquella mañana en la aldea de Diez Alisos, y hasta las alturas del Gran Precipicio, la niebla húmeda y gris persistio todavía un tiempo, y de repente echó a volar, dispersándose d y disolviéndose. Alguno que otro hombre se levantaba del suelo y miraba en torno con asombro, en medio de las ráfagas de viento y al resplandor del sol de la mañana. Aquí yacía el cadáver de un kargo, la larga cabellera amarilla suelta y ensangrentada; más allá yacía el curtidor de la aldea, muerto en combate como un rey.

Abajo, en la aldea, la casa que incendiaran los kargos aún ardía en llamas. Corrieron a apagar el fuego; la batalla había concluido. En la calle cerca del gran tejo, encontraron a Duny, el hijo del forjador de pie, solo e ileso, pero mudo y atontado como quien ha sufrido un gran golpe. Todos sabían lo que había hecho; lo llevaron a casa de su padre y fueron a buscar a la bruja y a pedirle que saliera de la cueva y bajase a sanar al chiquillo que había salvado las vidas y las posesiones de todos, salvo cuatro vecinos que habían muerto a manos de los kargos, y la casa que había sido quemada.

Ningún arma había tocado al muchacho, pero no comía ni dormía ni hablaba: parecía no oír lo que le decían, ni ver a quienes iban a visitarlo. Y en aquellos parajes no había nadie que fuera capaz de quitarle ese mal. La tía dijo: —Ha abusado del poder—. Pero ella no sabía cómo ayudarlo.

Mientras yacía así, ciego y mudo, la historia del muchacho que había domado la niebla y ahuyentado a los guerreros kargos con una confusión de sombras corrió de boca en boca por todo el Valle del Norte y por el Bosque del Levante y lo alto de la montaña, y por la otra ladera de la montaña hasta el Gran Puerto de Gont. Y aconteció que al quinto día de la matanza en el estuario, llegó a la aldea de Diez Alisos un desconocido, un hombre ni joven ni viejo, que venía envuelto en una capa y a cabeza descubierta, y que blandía como si fuese una pluma una gran vara de madera de encina tan alta como él. No había subido hasta la aldea, como el común de la gente, siguiendo los meandros del Ar; este desconocido, por el contrario, había bajado

desde los bosques, en las alturas de las montañas. Las comadres de la aldea advirtieron en seguida que era un hechicero, y cuando les dijo que conocía el arte —de curar lo llevaron sin demora a casa del forjador. Luego de hacer salir a todos de la casa, con excepción del padre y la tía del muchacho, el forastero se incIinó sobre el camastro en que Duny yacía con los ojos perdidos en la oscuridad, y le puso la mano sobre la frente, y le tocó los labios una sola vez.

Duny se incorporó y miró alrededor. Al cabo de un rato ya podía hablar había recobrado las fuerzas y el apetito. Le dieron algo de beber y de comer y entonces volvió a recostarse, pero observando siempre al extraño con una mirada enigmática y maravillada.

El forjador interpeló al forastero:

—No eres un hombre común —le dijo.

—Ni tampoco lo será este muchacho —repuso el otro—. El cuento de lo que hizo con las nieblas ha llegado hasta Re Albi, donde habito. He venido a darle su nombre, si es verdad lo que dicen, que no ha llegado aún a la mayoría de edad.

La bruja le susurró al forjador:

—Hermano, éste ha de ser sin duda el mago de Re Albi, Ogión el Silencioso, aquel que una vez domó el terremoto…

—Señor —dijo el forjador, a quien no intimidaban los títulos-—. Mi hijo cumplirá trece años el mes próximo, pero habíamos pensado celebrar el Pasaje en la fiesta del Retorno del Sol, este invierno.

—Haz que este muchacho reciba su nombre cuanto antes —dijo el mago—, pues lo necesitará. Ahora tengo otros asuntos que atender, pero estaré de vuelta el día que decidáis. Y si os parece bien, luego lo llevare conmigo, cuando parta, y si él demostrara tener condiciones permanecerá a mi lado como aprendiz, o me encargaré de que reciba la instrucción adecuada; pues mantener en tinieblas la mente de aquel que ha nacido mago es cosa peligrosa.

Ogión había hablado en voz queda pero firme, y aun el forjador, que era bastante testarudo, aceptó todo lo que le dijo.

El día en que Duny cumplió los trece años, un luminoso día de principios de otoño, cuando las hojas aún centellean en las ramas de los árboles, Ogion regresó de la montaña de Gont y celebraron la ceremonia del Pasaje. La bruja despojó al muchacho del nombre que la madre le diera al nacer. Innominado y desnudo, el muchacho entró en las heladas donde el río nace entre aguas del lecho del Ar, allí donde el río nace entre rocas, al pie de los altos acantilados. En ese mismo instante unas nubes de lluvia velaron la faz del sol y unas grandes sombras se deslizaron y unieron sobre el agua del estanque. Temblando de frío pero a paso lento y muy erguido, como hay que atravesar esas aguas gélidas y turbulentas, el muchacho llegó a la otra orilla.

Ogión, que lo esperaba, extendió la mano y aferrándole el brazo le susurró el nombre verdadero: Ged.

Así fue como el muchacho tuvo al fin su nombre por boca de alguien muy versado en los usos del poder.

Lejano estaba aún el fin de los festejos, y toda la aldea se divertía y disfrutaba de la comida y la cerveza mientras un trovador que había subido del Valle cantaba la gesta de los Señores de los Dragones, cuando el mago, con su voz queda, le habló a Ged:

—Ven, muchacho. Di adiós a tu gente y partamos mientras ellos festejan.

Ged fue en busca de su equipaje: un buen cuchillo de bronce que su padre le había forjado, un gabán de piel que la viuda del curtidor había cortado a su medida, y una vara de aliso que su tía había hechizado para él. Éstos eran todos sus bienes, aparte de la camisa y el jubón que llevaba puestos. Se despidió de ellos, de toda la gente que conocía en el mundo, y contempló la aldea de casas dispersas, acurrucada al pie de los acantilados, por encima de las cascadas del río. Y se puso en camino con su nuevo maestro hacia los empinados bosques de la isla-montaña, a través del follaje y las sombras del otoño luminoso.

La sombra

Ged había imaginado que como aprendiz de un gran hechicero no tardaría en ser iniciado en los misterios y la maestría del poder; que comprendería el lenguaje de las bestias y el susurro de las hojas del bosque, y que con su sola palabra desviaría el rumbo de los vientos y aprendería a transformarse en cualquier cosa. Acaso él y su maestro correrían a la par convertidos en venados o volarían hasta Re Albi por encima de la montaña en alas de águila.

Mas no fue así. Erraron días y días por los caminos bajando primero al Valle y luego, poco a poco, yendo lacia el sur y el oeste, alrededor de la montaña, pidiendo albergue en las aldeas o pasando la noche a campo raso como pobres hechiceros trashumantes, o como caldereros o mendigos. No entraron en dominios misteriosos. Nada ocurría. La vara del mago, que en un principio Ged observara con temor y curiosidad, no era más que un recio báculo. Pasaron tres días, pasaron cuatro días, y Ogión aún no. había pronunciado una sola palabra mágica en presencia de Ged, ni le había enseñado un solo nombre, una runa, un sortilegio.

Aunque callado y taciturno, Ogión era un hombre tan apacible y sereno que Ged pronto perdió ese temor reverente que le inspirara al principio, y así al cabo de unos pocos días se atrevió a preguntarle:

—¿Cuándo comenzará mi aprendizaje, Señor?

—Ya ha comenzado —respondió Ogión.

Hubo un silencio, como si Ged estuviera callando algo. Al fin dijo: —¡Pero si aún no he aprendido nada!

—Porque no has descubierto lo que estoy enseñándote —replicó el mago, marchando con pasos largos y firmes a lo largo del camino, el alto desfiladero que une los burgos de Ovark y Wiss. Era un hombre moreno, como la mayoría de los gontescos, de oscura tez cobriza y cabellos grises, enjuto y recio como un lebrel, e infatigable. No hablaba casi nunca, comía poco y dormía todavía menos. Tenía ojos y oídos penetrantes, y muy a menudo una expresión de atención reconcentrada.

Ged no respondió; no siempre es fácil responderle a un mago.

—Tú quieres hacer magia —dijo Ogión al fin, marchando siempre —. Demasiada agua has sacado del pozo. Aguarda. Llegar a hombre requiere paciencia. Llegar a dominar los poderes requiere nueve veces paciencia. ¿Qué hierba es ésa, allá, a la vera del camino?

—Siempreviva.

—¿Y aquélla?

—No lo sé.

—La llaman cuatrifolía.

Ogión se había detenido y el taco de bronce del báculo apuntaba hacia la hierba; Ged se acercó a mirar la planta y le arrancó una cápsula seca llena de semillas, y al fin, como Ogión no decía nada más, le preguntó:

—¿Para qué sirve, maestro?

—Para nada que yo sepa.

Ged conservó un momento la cápsula de semillas en la mano, mientras reanudaban la marcha; luego la tiró.

—Cuando sepas reconocer la cuatrifolia en todas sus sazones, raíz, hoja y flor, por la vista y el olfato, y la semilla, podrás aprender el verdadero nombre de la planta, ya que entonces conocerás su esencia, que es más que su utilidad. ¿Para qué sirves tú, al fin y al cabo? ¿0 yo? ¿Qué utilidad prestan la montaña de Gont y el Mar Abierto? — Caminaron otro kilómetro y Ogión dijo por último: —Para oír, hay que callar.

El muchacho frunció el ceño. No le hacía ninguna gracia pasar por tonto. Ocultó su resentimiento y su impaciencia y trató de mostrarse obediente, para que Ogion consintiera al fin en enseñarle algo. Porque quería aprender, dominar los poderes. Aunque empezaba a sospechar que habría aprendido mucho más en compañía de un juntahierbas cualquiera o de un hechicero de aldea, y mientras bordeaban la montaña rumbo al oeste y se adentraban en los bosques solitarios más allá de Wiss, se preguntaba una y otra vez cuáles serían los poderes y la magia de este gran hechicero Ogión. Porque cuando llovía Ogión ni siquiera pronunciaba el conjuro con que cualquier hechicero de nubes aleja una tormenta. En una comarca pródiga en hechiceros, como Gont o las Enlandes, no es raro ver como una nube de agua se desplaza lentamente de un sitio a otro, desviada por hechicería, hasta que es empujada hacia el océano donde al fin puede deshacerse en lluvias. Pero Ogión había dejado que la lluvia cayera sin impedimentos, refugiándose bajo las ramas de un abeto robusto. Ged, acurrucado entre unos matorrales, mojado y melancólico se preguntaba de qué servia tener poder si una prudencia excesiva impedía utilizarlo, lamentaba no haber entrado de aprendiz del hechicero del Valle, donde al menos hubiera podido dormir en seco. No expresó en alta voz estos pensamientos. No dijo una sola palabra. El maestro sonrió y se durmió bajo la lluvia.

Cercano ya el Retorno del Sol, cuando en las altas cumbres de Gont empezaban a caer las primeras grandes nevadas, llegaron a Re Albi, la tierra natal del mago, una aldea encaramada en las rocas del Despeñadero y cuyo nombre significaba Nido de Halcón. Desde allí pueden verse, abajo y a lo lejos, el fondeadero y las torres del Puerto de Gont, y las naves que entran y salen por los canales de la bahía entre los Promontorios Fortificados, y más lejos, hacia el oeste y por

encima del mar, las colinas azules de Oranea, la más oriental de las Islas Interiores.

La casa del mago, aunque amplia y sólidamente construida en madera, con hogar y chimenea en vez de fogón, se parecía a las cabañas de Diez Alisos: una sola habitación y a1 lado un cobertizo para las cabras. En la pared occidental se abría una especie de alcoba, y en ella dormía Ged. Arriba de esta yacija había una ventana que miraba al mar, pero los postigos y celosías estaban casi siempre cerrados contra los vientos invernales que soplaban del norte y el oeste. En la cálida penumbra de esa casa pasó Ged el invierno, escuchando el estrépito de la lluvia y el viento o el silencio de la nieve, aprendiendo a escribir y a leer las Seiscientas Runas Hárdicas. Y muy feliz se sentía de aprender esa ciencia, pues el mero recitado de conjuros y sortilegios no es lo que confiere poder a un hombre. La lengua hárdica del Archipiélago, aun cuando no haya en ella más magia que en cualquier otra lengua, procede del Habla Antigua, esa lengua en la que cada cosa tiene su nombre verdadero; y para comprenderla hay que estudiar primero las runas, que fueron escritas en los tiempos en que las islas del mundo emergieron del mar.

Nada maravilloso acontecía, sin embargo, ningún prodigio. Ged pasó el invierno volteando las pesadas páginas del Libro de las Runas, mientras llovía y nevaba, y Ogión volvía de los bosques helados o de los prados donde pastoreaban las cabras, y se sacudía la nieve de las botas y se sentaba en silencio junto al fuego. Y el largo y reconcentrado silencio del mago llenaba la estancia, y también la mente de Ged, que a veces tenía la impresión de haber olvidado cómo sonaban las palabras: y cuando al fin Ogión hablaba, era como si en ese instante y por primera vez estuviera inventando el lenguaje. Sin embargo, las palabras del mago no eran portentosas; se referían a las cosas más simples, el pan, el agua, el frío, el sueño.

Cuando llegó la primavera, vivaz y luminosa, Ogión mandaba a menudo a Ged a los prados altos de Re Albi en busca de hierbas, diciéndole que podía dedicar a esa tarea todo el tiempo que creyera conveniente, con la libertad de pasarse el día entero vagabundeando por los arroyos crecidos con las lluvias, y por los bosques y campos húmedos y verdes bajo el sol. Para Ged cada una de aquellas salidas era una fiesta y nunca regresaba antes del anochecer; pero no olvidaba las hierbas. Mientras trepaba y vagabundeaba, vadeando arroyos y explorando, no dejaba de buscarlas, y siempre volvía con algunas. Descubrió entre dos arroyos un prado donde la flor llamada santónica crecía en abundancia, y como esta planta es rara y muy apreciada por los curanderos, volvió allí al día siguiente. Alguien había llegado antes que él, una muchacha a quien Ged conocía de vista: era la hija del viejo Señor de Re Albi. Ged no le hubiera hablado, pero ella se le

acercó y lo saludó con amabilidad.

—Te conozco —le dijo—, tú eres Gavilán, el discípulo de nuestro mago. ¡Me gustaría que me contaras cosas de brujería!

Ged, tímido al principio y receloso, con la mirada fija en las flores blancas que rozaban la falda blanca de la muchacha, apenas le respondió. Pero ella siguió hablando en un tono franco, desenvuelto e insistente, y poco a poco fue ganando la confianza de Ged. Era una muchacha de la edad de él, alta y muy pálida, de tez blanquecina; se decía en la aldea que la madre era de Osskil o de algún otro país lejano. Los cabellos largos y lacios le caían como una cascada de agua negra. A Ged le pareció muy fea, pero de pronto, mientras conversaban, empezó a sentir el deseo de agradarle, de que ella lo admirase. Le contó la historia de los artilugios con la niebla, y cómo había vencido a los guerreros kargos, y ella lo escuchó como si todo aquello la asombrara y maravillara, pero sin alabanzas ni elogios. Y un momento después se interesaba en otra cosa:

—¿Puedes hacer que vengan a ti las aves y las bestias? —le preguntó.

—Puedo —dijo Ged.

Ged sabía que había un nido de halcón en lo alto de los acantilados que dominaban el prado, y llamó al ave por su nombre, El halcón acudió, mas esta vez no se posó en la muñeca de Ged, desconcertado quizá por la presencia de la joven. Lanzó un grito, batió el aire con las anchas alas listadas, y se elevó en el viento.

—¿Cómo se llama ese hechizo que trae al halcón?

—Es un sortilegio de llamada.

—¿Puedes traer también a los espectros de los muertos?

Ged en que se burlaba de él con esa pregunta, pues el halcón no había obedecido del todo a la llamada. No permitiría que se burlase de él.

—Podría si quisiera —respondió con voz calma.

—¿No es muy difícil, muy peligroso, llamar a un espectro?

—Difícil, sí lo es. ¿Peligroso? —Ged se encogió de hombros.

Esta vez estaba casi seguro de que los ojos de ella brillaban de admiración.

—¿Sabes echar un sortilegio de amor?

—Eso no requiere ninguna maestría.

—Es verdad —dijo ella—, cualquier bruja de aldea puede hacerlo. ¿Sabes echar sortilegios de transformación? ¿Puedes tú mismo cambiar de forma, como dicen que hacen los magos?

Tampoco esta vez estuvo seguro Ged de que no hubiera un dejo de burla en la pregunta, así que volvió a responder:

—Podría si quisiera.

Ella le suplicó entonces que se transformara en algo, en cualquier

o halcón, en toro, en fuego, en árbol. Ged la disuadió recurriendo a las palabras misteriosas que usaba su maestro, pero ella insistía y él no sabía cómo negarse rotundamente. No sabía tampoco si él mismo creía o no aquello de que se jactaba. Se marchó, pues, diciendo que el mago, su maestro, estaba esperándolo, y no volvió al prado al día siguiente. Pero al otro día volvió, diciéndose que tenía que recoger más santónicas mientras estuviesen en flor. Ella ya estaba allí y los dos juntos vadearon descalzos las hierbas legamosas, arrancando los pesados capullos blancos. Resplandecía el sol primaveral y ella hablaba con él tan alegremente como cualquier pastora de cabras de su propia aldea. Volvió a hacerle preguntas sobre hechicería y magia y escuchaba todo con ojos tan asombrados que Ged se dejó llevar una vez más por la vanidad. Luego ella le pregunto si no haría un sortilegio de transformación y como él murmurara alguna excusa, ella lo miró, apartándose de la cara los cabellos negros, y le dijo:

—¿No será que tienes miedo?

—No, no tengo miedo.

Ella sonrió entonces con un ligero desdén.

—Tal vez eres demasiado joven.

Esto Ged no pudo soportarlo. No dijo mucho, pero resolvió que le probaría quién era. Le propuso que volviera al prado al día siguiente, si quería, y se despidió de ella para regresar a la casa mientras el mago estaba todavía ausente. Fue directamente al estante y bajó los dos Libros del Saber, que Ogión nunca le había mostrado.

Buscaba un sortilegio que le permitiera cambiar de forma, pero como era lento aún en la lectura de las runas, y entendía poco lo que leía, no lo encontró. Aquellos libros eran muy antiguos. Ogión mismo los había heredado de su maestro Heleth el Vidente, y Heleth de su maestro el Mago de Perregal, y así de maestro a discípulo desde tiempos inmemoriales. Menuda y extraña era la. escritura, con interlíneas y sobreescritos de numerosas manos, que ahora eran polvo. No obstante, algo lograba entender Ged de lo que leía, y acuciado todavía por las preguntas y el tono zumbón de la muchacha, se detuvo en una página que describía un conjuro para llamar a los muertos.

Mientras leía, descifrando uno por uno los símbolos y las runas, sintió que un horror estaba invadiéndolo. Tenía los ojos como magnetizados, y no pudo levantarlos hasta que hubo leído todo el conjuro.

Entonces, al alzar la cabeza, advirtió que la casa estaba a oscuras. Había estado leyendo sin ninguna luz, en la oscuridad. Cuando volvió a mirar el libro, ya no pudo distinguir las runas. Pero el horror crecía en él, parecía atarlo a la silla. Tenía frío. Espiando por encima del hombro vio algo agazapado junto a la puerta cerrada, un informe grumo de sombra más oscuro que la oscuridad. Parecía reptar hacia él,

y susurrar llamándolo; pero las palabras eran incomprensibles para Ged.

La puerta se abrió de golpe. Un hombre entró envuelto en una luz blanca y resplandeciente, una gran figura luminosa que habló en voz alta y rotunda. La oscuridad y los murmullos se disiparon.

El horror abandonó a Ged, pero ahora tenía un miedo mortal, porque era Ogión el Mago quien estaba, allí en el vano de la puerta envuelto en una luz vivísima, y el báculo de encina que llevaba en la mano irradiaba un blanco resplandor.

Sin decir una palabra el mago pasó junto a Ged, encendió la lámpara y volvió a guardar los libros en el estante. Luego se volvió al muchacho y le dijo:

—Nunca podrás obrar este sortilegio sin poner en peligro tu poder y tu vida. ¿Fue por ese conjuro que abriste los libros?

—No, Maestro —murmuró el muchacho, y lleno de vergüenza confesó a Ogión lo que había ido a buscar y por qué motivo.

—¿Has olvidado entonces lo que te he dicho, que la madre de esa niña, la esposa del Señor de Re Albi, es una bruja?

En verdad el mago había dicho eso una vez, pero no le había hecho mucho caso; aunque ahora sabía que Ogión jamás le diría nada sin alguna buena.

—La niña misma es ya una bruja en ciernes. Quizá su madre la envió a hablar contigo. Quizá fue ella quien abrió el libro en la página que leíste. Los poderes a los que ella sirve no son los mismos a los que yo sirvo; Ignoro lo que pretende, mas sé que …no me desea ningún bien. Ged, escúchame ahora. Nunca ¿has pensado que así como hay oscuridad alrededor de la luz, también hay peligro alrededor del poder? Esta magia no es un juego al que nos dedicamos por placer o por halago. Piénsalo: en nuestro Arte, cada palabra que pronunciamos, cada acto que ejecutamos es para bien o para mal. ¡Antes de obrar o hablar hay que conocer el precio!

Avergonzado, Ged exclamó:

—¿Cómo puedo saber esas cosas cuando tú nada me enseñas? Desde el día en que vine a vivir contigo nada he hecho, nada he visto…

—Algo has visto ahora —dijo el mago—. junto a la puerta, en la oscuridad, cuando yo entré.

Ged no replicó.

Ogión se arrodilló en el suelo, preparó el fuego en el hogar y lo encendió, pues la casa estaba fría. Luego siempre de rodillas, dijo con voz apacible:

Ged mi joven halcón, no estás atado a mí ni a mi servicio. Tú no viniste a mi, yo fui hacia ti. Muy joven eres para hacer esta elección, mas yo no puedo hacerla en tu lugar. Si tal es tu deseo, te enviaré a la

isla de Roke, donde se enseñan todas las Altas Artes. Cualquier arte que te propongas aprender, la aprenderás pues grande es tu poder. Más grande aún que tu orgullo, espero. Me gustaría retenerte conmigo, pues yo tengo lo que a ti te falta, mas no he de hacerlo contra tu voluntad. Escoge ahora entre Re Albi y Roke.

Ged seguía mudo, apabullado, el corazón en tumultuosa confusión. Había aprendido a querer a Ogión, a ese hombre que con un solo toque lo había curado, a ese hombre que no conocía la cólera; lo amaba y hasta ese momento no lo había sabido. Miró la vara apoyada contra la pared en el rincón de la chimenea, recordando la luz que había irradiado en la oscuridad, ahuyentando el mal, y sintió el deseo de quedarse junto a Ogión, de errar con él por los bosques, en largas caminatas, aprendiendo el silencio. Pero también había en él otros anhelos irreprimibles, la ambición de la gloria, el deseo de actuar. El camino de Ogión hacia la Maestría le parecía lento, un rodeo demasiado largo cuando él podía partir llevado por los vientos marinos hacia el Mar Interior, hasta la Isla de los Sabios, donde el aire brillaba de encantamientos, donde el Archimago se paseaba entre prodigios.

—Maestro —dijo—, quiero ir a Roke.

Así fue como pocos días más tarde, en una mañana de sol primaveral, Ogión bajó con Ged por el escarpado que a lo largo de veinte kilómetros descendía en pronunciada pendiente desde el Despeñadero hasta el Gran Puerto de Gont. Allí, entre los dragones esculpidos de las puertas del embarcadero, los guardias se arrodillaron a la vista del mago y con la espada desnuda le dieron la bienvenida. Conocían al mago y lo honraban por orden del Príncipe, y por propia gratitud, ya que diez años antes Ogión había salvado a la ciudad de un terremoto que amenazaba desmoronar las torres de los ricos y obstruir el Canal de los Promontorios Fortificados. Ogión le había hablado a la Montaña de Gont y la había apaciguado, había calmado el temblor de los precipicios como quien tranquiliza a una bestia aterrorizada. Ged conocía de oídas aquella proeza. La recordó ahora al ver a los guardias postrados ante el apacible maestro. Alzó la vista y miró casi con temor a ese hombre que había domesticado el terremoto; pero el rostro de Ogión estaba tan sereno como siempre.

Bajaron a los muelles, y el Capitán de Puerto acudió presuroso a dar la bienvenida a Ogión y a preguntarle qué podía hacer para servirlo. El mago se lo dijo y el hombre mencionó una nave que pronto partiría hacia el Mar Interior y en la que Ged podría viajar como pasajero.

—O quizá lo tomen para que llame a los vientos —añadió—, si tiene ese don. No llevan a bordo ningún hechicero de nubes.

—Tiene cierta habilidad con las brumas y las nieblas, pero

ninguna con los vientos marinos —respondió el mago, posando la mano en el hombro de Ged—. No intentes ningún artilugio con la mar y los vientos de la mar, Gavilán; todavía eres hombre de tierra. Capiitan, ¿como se llama esa nave?

—Sombra, de las Andrades, y zarpa para Hortburgo con un cargamento de pieles y marfiles. Una buena nave, Maestro Ogión.

Al oír el nombre de la nave el rostro del mago pareció oscurecerse, pero dijo:

—Así sea. Entrega este mensaje al Decano de la Escuela de Roke, Gavilán. Que los vientos te sean propicios. ¡Adiós!

Y ésa fue toda su despedida. Dio media vuelta y echó a andar a largos trancos por los muelles. Y allí, parado, quedó Ged, viendo cómo su maestro desaparecía calle arriba.

—Ven conmigo, muchacho —dijo el Capitán de Puerto, y lo condujo a lo largo de los muelles hasta el embarcadero donde el Sombra se aprontaba a soltar amarras.

Quizá parezca extraño que en una isla de ochenta kilómetros de extensión, en una aldea rodeada de acantilados que contemplan el mar eternamente, un niño pueda llegar a hombre sin haber pisado una embarcación, o haber mojado un dedo en agua salada, y sin embargo es así. Granjero, pastor de cabras o vacas, cazador o artesano, el hombre de tierra imagina el océano como un reino salado e inestable con el que no tiene ninguna relación. La aldea a dos días de camino de su propia aldea es una comarca extraña, y la isla a un día de navegación desde su propia isla es apenas un rumor, unas colinas brumosas apenas visibles más allá de las aguas, no la tierra firme por la que él camina.

Así, para Ged, que jamás había bajado de las alturas de la montaña, el Puerto de Gont era un mundo sobrecogedor y maravilloso: las casas enormes y las torres de piedra labrada, los muelles con embarcaderos, diques, espigones y amarraderos, el puerto marítimo donde medio centenar de navíos y galeras se bamboleaban a lo largo de los muelles o yacían en la playa con las quillas apuntando al cielo, o estaban anclados en la rada con las velas replegadas portalones cerrados, mientras los marineros hablaban a gritos en dialectos extraños y los estibadores corrían llevando unas cargas pesadas entre barriles y cajones y rollos de cable, y los mercaderes barbudos vestidos con togas de pieles conversaban apaciblemente mientras caminaban cuidando el paso para no resbalar en las piedras bañadas por las aguas, y los pescadores descargaban las barcas, los carenadores calafateaban los cascos, los carpinteros martilleaban lleaban, los vendedores de almejas cantaban pregones y los capitanes vociferaban órdenes; y más allá la bahía silenciosa, resplandeciente a la luz del sol. Con los ojos, los oídos y la mente confundidos, Ged

siguió al Capitán de Puerto hasta el ancho muelle donde estaba amarrado el Sombra, y el Capitán de Puerto lo llevó a ver al capitán del barco.

Pocas palabras bastaron para que el capitán aceptara a Ged en calidad de pasajero hasta Roke, puesto que era un mago quien lo pedía; y el Capitán de Puerto se marchó, ejando allí al muchacho. El capitán del Sombra era un hombre gordo y corpulento, vestido con una capa carmesí orlada de piel de pellawi, como las capas de los mercaderes andradianos. Sin echarle una sola mirada, preguntó a Ged con voz tonante:

—¿Sabes mover las nubes, muchacho?

—Sí.

—¿Sabes atraer los vientos?

Ged tuvo que contestar que no sabía, y eso bastó para que el capitán le ordenase que se buscara un rincón donde no estorbara el paso y que no se moviera de allí.

Los remeros ya estaban subiendo a bordo, porque el navío saldría a la rada antes que cayera la noche, para levar velas con la marea menguante hacia el amanecer. No había ningún sitio donde Ged no estorbara, pero se encaramó lo mejor que pudo sobre los fardos de carga acordonados y cubiertos de piel en la popa del navío, y desde allí observó todo lo que ocurría. Los remeros, hombres robustos, de grandes brazos, saltaban a bordo, mientras los estibadores atronaban el muelle haciendo rodar barricas de agua y las ponían bajo los bancos de los remeros. La sólida nave se hundió bajo el peso de la carga, danzando suavemente sobre las rizadas olas de la orilla, lista para partir. El timonel ocupó su puesto a la derecha del codaste y esperó las instrucciones del capitán, de pie sobre una traviesa en la juntura de la quilla con el mascarón de proa, que representaba a la Antigua Serpiente de Andrade. El capitán rugió y el Sombra soltó amarras y fue remolcado fuera del embarcadero por dos laboriosos botes de remos. El capitán volvió a bramar: —¡Abrid los toletes!—, y los grandes remos emergieron restallando, quince en cada banda. Los remeros encorvaron las recias espaldas en tanto un muchacho de pie junto al capitán marcaba la cadencia con un tambor. Ligera como una gaviota se deslizó la nave. Los ruidos y el bullicio de la ciudad se apagaron de pronto detrás de ellos. Habían entrado en las aguas silenciosas de la bahía, dominadas por el blanco pico de la montaña, que parecía suspendido sobre el mar. En una cala poco profunda a sotavento del Promontorio Fortificado echaron anclas, y allí esperaron a que pasara la noche.

De los setenta tripulantes del navío algunos eran, como Ged, muy jóvenes en años, pero ya todos habían entrado en la Mayoridad. Invitaron a Ged a que compartiera con ellos la comida y la bebida;

eran muchachos afables, aunque traviesos y aficionados a las burlas. Lo llamaron Cabrerizo, es cierto, puesto que venía de Gont, pero no fueron más allá. Ged era tan alto fuerte como los de quince y siempre tenía una rep ica a flor de labios tanto para una broma como para una burla, y de ese modo se ganó un lugar entre ellos y ya desde la primera noche empezó a vivir como un tripulante y a aprender el oficio. Esto les pareció bien a los oficiales de a bordo, ya que no había lugar en la nave para pasajeros ociosos.

Poco sitio había en verdad para la tripulación, y nada que pudiera hacer la vida algo más cómoda, en una galera desprovista de puente y atiborrada de hombres, aparejos y mercancías; mas, ¿qué le importaba todo eso a Ged? Esa noche se acostó entre los fardos de pieles de las islas septentrionales y contempló las estrellas de la primavera que brillaban sobre las aguas del puerto y las tenues luces amarillas de la ciudad a popa, y se durmió y despertó complacido y satisfecho. Antes del alba, la marea cambió. Levaron anclas y se deslizaron entre los Promontorios Fortificados remando despacio. Cuando el sol del amanecer tiñó de rojo la Montaña de Gont a popa del navío, izaron la vela mayor y navegando por el mar de Gont fueron rumbo al sudoeste.

Entre Barnisk y Torheven navegaron con viento flojo, y al segundo día avistaron la Isla Grande, Havnor, corazón y cuna del Archipiélago. Durante tres días tuvieron a la vista las verdes colinas de Havnor mientras recalaban en la costa oriental sin tocar la orilla. Muchos años habrían de pasar antes de que Ged visitara esas tierras o viera las blancas torres del Gran Puerto de Havnor en el centro del mundo.

Pasaron una noche en Kemberburgo, el puerto septentrional de la Isla de Way, y la siguiente en una ciudad pequeña a la entrada de la Bahía de Felkway; al otro día, después de rodear el cabo septentrional de O, se internaron en los Estrechos de Ebavnor. Allí arriaron la vela y prosiguieron a remo, siempre con la tierra a cada lado y otros navíos al alcance de la voz, grandes y pequeños, mercantes y de cabotaje, algunos de regreso de los Confines Lejanos con extraños cargamentos, al cabo de un viaje de varios años, otros que saltaban como gorriones de isla en isla por el Mar Interior. Virando luego al sur de los citados estrechos dejaron Havnor a popa y navegaron entre las dos hermosas islas de Ark e Ilien, coronadas y escalonadas de ciudades, y luego, en medio de una lluvia y un viento creciente, empezaron a cruzar el Mar Interior rumbo a la Isla de Roke.

Por la noche, viendo que el viento refrescaba y se huracanaba, bajaron la vela y el mástil, y durante todo el día siguiente navegaron a remo. La galera se mantenía a flote sobre las olas y avanzaba con valentía, pero en la popa el timonel que maniobraba el largo remo de espadilla miraba la lluvia que azotaba el mar y no veía nada más que

lluvia. De acuerdo con la brújula navegaban rumbo al sudoeste, y sabían así en qué dirección iban, pero no qué aguas eran aquéllas. Ged oyó que los hombres hablaban de bajíos en las aguas al norte de Roke, y de las Rocas Borilas en el este; otros sostenían que ya navegaban a la deriva por las aguas desiertas del sur de Kamery. Y el viento soplaba cada vez más, desgarrando las crestas de las enormes olas en andrajos de espuma volante; y los hombres no dejaban de remar hacia el sudoeste, viento en popa. Los turnos de remo se multiplicaron; la faena era dura, y a los muchachos más jóvenes los ponían en parejas en cada remo, y Ged se esforzaba junto con ellos, como había hecho desde que zarparan de Gont. Cuando no remaban achicaban el agua, pues las olas irrumpían con violencia en el navío. Así trabajaban en medio de las olas que se precipitaban en montañas humeantes bajo el viento, mientras la lluvia dura y fría les azotaba las espaldas y los golpes de tambor resonaban en el estrépito de la tempestad como los latidos de un corazón.

Un hombre fue a reemplazar a Ged en el remo, y lo mandó a ver al capitán en la proa. La lluvia le chorreaba de la orla de piel de la capa, pero el capitán se mantenía tan tieso como un barril de vino sobre el puente minúsculo. Bajó la vista para mirar a Ged y le Preguntó:

—¿Puedes abatir este viento, muchacho?

—No, capitán.

—¿Eres ducho con el acero?

Lo que quería saber era si Ged podía hacer que la brújula señalase el camino a Roke, que el imán no señalara su propio norte sino el que ellos necesitaban. Esa es una de las artes secretas de los Maestros de la Mar, y una vez más Ged dijo que no.

—Bien —rugió el capitán en medio de la lluvia y el viento—. En ese caso cuando estemos en Hortburgo buscarás algún navío que te lleve de regreso a Roke. Roke ha de estar ahora muy al oeste y sólo la magia podría llevarnos allí con una mar semejante. Tendremos que continuar rumbo al sur.

Nada le gustó a Ged esta noticia, pues los marineros le habían hablado ya de Hortburgo, un lugar de desenfreno donde prosperaban los tráficos más abyectos, donde a menudo capturaban a los hombres para venderlos como esclavos en el Confín Austral. Volvió al banco y remó junto con su compañero, un robusto mozalbete andradiano, mientras escuchaba los golpes del tambor y veía la linterna de popa que parpadeaba y se sacudía con el viento, un atormentado punto de luz en el anochecer lacerado por la lluvia. Miraba con atención al oeste, cuando se lo permitía la pesada cadencia de los remos.

De pronto el navío se elevó sobre la cresta de una ola, y Ged alcanzó a ver, por un instante, sobre las aguas humeantes y oscuras,

un resplandor de luz entre las nubes, que acaso fuera el último rayo del sol poniente: pero no, porque la luz era clara, no purpúrea.

Los otros no la habían visto, pero Ged anunció a voces lo que acababa de descubrir. El timonel oteo el horizonte, buscándola cada vez que la nave se empinaba sobre una ola montañosa, y la vio, como la volvió a ver Ged, pero le respondió a gritos que era el sol poniente. Ged pidió a uno de los que achicaban la nave que lo sustituyese un momento en el banco, y abriéndose paso por la abarrotada crujía fue hasta la proa; una vez allí, aferrándose con ambas manos al mascarón, le grito al capitán:

—¡Esa luz, Señor, en el oeste, es la isla de Roke!

—No he visto ninguna luz —bramó el capitán, pero ya Ged la señalaba con el brazo extendido, y todos pudieron ver aquella luz que brillaba, límpida, por encima de las nieblas y el tumulto del mar.

No para complacer a su pasajero, sino para salvar el navío de los peligros de la tempestad, el capitán ordenó al timonel que pusiera rumbo al oeste, hacia luz, mas no sin prevenir a Ged:

—Muchacho, hablas como un Maestro de la Mar, pero te prometo que si en esta tempestad nos conduces mal ¡te haré arrojar por la borda y tendrás que nadar hasta Roke!

Ahora, en vez de navegar a favor de la galerna, iban a contraviento, y no era una tarea leve: las olas que azotaban de costado los apartaban de la nueva ruta y la nave rolaba y hacía agua, obligando a los achicadores a trabajar sin tregua y a los remeros a estar atentos, pues los tumbos y volteretas del navío podían arrancarles los remos de las manos y derribarlos a todos. Bajo las nubes tempestuosas era casi noche cerrada, pero ya atisbaban una y otra vez la luz en el oeste, bastante clara como para señalarles el rumbo, y así continuaron, remando a contraviento. Al fin el viento amainó y la luz se agrandó a proa.

Remando, siempre remando, y como quien pasa a través de una cortina, saliendo de la tormenta, entre golpe de remo y el siguiente, se encontraron de pronto en una atmósfera límpida; los resplandores postreros del crepúsculo iluminaban el cielo y el mar. Y por encima de las olas empenachadas de espuma, vieron no lejos de allí una colina verde, alta y redonda, y debajo una ciudad, construida sobre una pequeña bahía, y una multitud de embarcaciones ancladas, en reposo, todo en paz.

El timonel, inclinado sobre la barra, volvió la cabeza y exclamó:

—¡Capitán! ¿Qué es esto, tierra de verdad o arte de hechicería?

—¡Tú mantén el rumbo, cabeza de alcornoque! ¡Y vosotros remad, hijos de esclavos sin sangre! ¡Esta es la Bahía de Zuil y aquél el Collado de Roke, como podría verlo cualquier imbécil! ¡Remad!

Y así, remando fatigosamente al compás del tambor, entraron en

la bahía. Allí todo era calma. Podían oír las voces de los habitantes de la ciudad y hasta el tintineo de una campanilla, y sólo tenues y a lo lejos los silbidos y rugidos de la tempestad. Unas nubes negras se cernían en el norte, en el este y el sur, a un kilómetro de distancia alrededor de la isla, pero en Roke, en un cielo límpido y sereno, aparecían una a una las estrellas.

La escuela de hechicería

Ged durmió esa noche a bordo del Sombra y a la mañana siguiente, muy temprano, se despidió de los remeros; las voces alegres lo acompañaron deseándole buena fortuna mientras se alejaba del muelle. El burgo de Zuil no es grande, y las casas altas se apiñan en unas pocas calles estrechas y empinadas. sin embargo Ged tenía la impresión de estar en una ciudad no sabiendo qué camino tomar preguntó al primer hombre con quien tropezó dónde podría encontrar al Decano de la Escuela de Roke. El hombre lo miró un momento de soslayo y dijo:

—El sabio no pregunta, y el necio pregunta en vano.

Y se alejó por la calle. Ged continuó cuesta arriba hasta llegar a una plazoleta. Unas casas de puntiagudos techos de pizarra la flanqueaban en tres lados; en el cuarto realzaba el muro de un gran edificio, con unos pocos ventanucos que se abrían por encima de las chimeneas de las otras casas: un fuerte o un castillo, parecía, construido con sólidos bloques de piedra gris. En la plazoleta al pie del edificio estaban instalados unos tenderetes y la gente iba y venía entre ellos. Ged le hizo su pregunta a una mujer vieja cargada con una cesta de mejillones y ella le respondió:

—No siempre se encuentra al Decano donde está, pero a veces puedes encontrarlo donde no está —y siguió pregonando su mercancía.

En el gran edificio, cerca de una esquina, había una puerta de madera, pequeña, insignificante. Ged fue hasta ella y golpeó con fuerza. Le abrió un hombre viejo, y Ged dijo:

—Traigo una carta del Mago Ogión de Gont para el Decano de la Escuela. Quiero encontrar al Decano, pero ¡basta ya de enigmas y mofas!

—Esta es la Escuela —le respondió el viejo con mansedumbre—. Y yo soy el portero aquí. Entra si puedes.

Ged dio un paso adelante Creyó que ya había traspuesto el umbral, pero seguía fuera, en el pavimento, en el mismo sitio.

Avanzó otra vez, y de nuevo se encontró de pie delante de la puerta. Desde dentro el portero lo observaba con ojos mansos.

Ged, más que perplejo, estaba furioso, pues esto le parecía una nueva burla. Con la voz y la mano preparó el sortilegio de apertura que la vieja bruja le enseñara tiempo atrás, y que era la joya del saber de ella en materia de hechizos. Lo urdió a la perfección, pero era sólo brujería y no conmovió el poder que obraba sobre el umbral.

Después de este fracaso, Ged permaneció largo rato inmóvil en la calle. Al fin miró al viejo que esperaba dentro.

—No podré entrar —dijo a regañadientes— a menos que tú me ayudes.

El portero le respondió:

—Di tu nombre.

Una vez más Ged estuvo un rato sin moverse, pues nadie dice su propio nombre en voz alta a menos que esté en juego algo más precioso que la vida.

—Soy Ged —dijo al fin, y esta vez se adelantó y traspuso el vano de la puerta. Le pareció, sin embargo que aunque tenía la luz a sus espaldas, una sombra le pisaba los talones.

Y además, al volverse, vio que el umbral que acababa de trasponer no era de madera, como le había parecido, sino de marfil macizo y sin junturas: supo más tarde que había sido tallado con un diente del Gran Dragón. La puerta que el viejo cerró detrás era de cuerno pulido, y a través de ella brillaba tenue la luz del día, y en la cara interior estaba tallado el Árbol de las Mil Hojas.

—Bienvenido a esta casa, muchacho —dijo el portero, y sin una palabra más lo condujo por salas y corredores hasta un patio abierto, muy alejado de los muros. El patio estaba en parte pavimentado con piedras, y en un arriate tapizado de hierba, bajo árboles jóvenes y a la luz del sol, murmuraba una fuente. Allí Ged esperó a solas un rato. No se movía, y el corazón le latía con fuerza, pues creía sentir alrededor presencias y poderes invisibles, y sabía que ese lugar estaba hecho no sólo de piedra sino también de una magia más fuerte que la piedra. Se encontraba en el corazón mismo de la Morada de los Sabios, y ese lugar era un patio a cielo abierto. De pronto advirtió la presencia de un hombre vestido de blanco que lo observaba a través del agua de la fuente.

En el momento en que sus miradas se encontraron, un pájaro trinó en las ramas del árbol. Y en ese mismo instante Ged comprendió el canto del pájaro, y el lenguaje del agua que caía en la pila de la fuente, y la forma de las nubes y el comienzo y el fin del viento que agitaba las hojas: le pareció que él mismo no era más que una palabra pronunciada por la luz del sol.

El momento pasó, y él y el mundo volvieron a ser como antes, o casi como antes. Ged se adelantó y se arrodilló delante del Archimago y le tendió la carta de Ogión.

El Archimago Nemmerle, Decano de Roke, era un hombre viejo, más viejo, se decía, que todos los hombres que vivían en el mundo. La voz se le quebró, como e, gorjeo de un pájaro, cuando saludó a Ged. Los cabellos, la barba y la túnica eran blancos, y parecía que los años le hubieran quitado sombra y dejándolo blanco y pulido como un madero que hubiese flotado a la deriva durante todo un siglo.

—Mis ojos están viejos, no puedo leer lo que me escribe tu

maestro —dijo con voz temblorosa-—. Léeme la carta, muchacho.

Así pues, Ged descifró y leyó en voz alta el mensaje, que estaba escrito en runas hárdicas, y no decía casi nada:

¡Señor Nemmerle! Os envío al que será el más grande de los magos de Gont, si es verdad lo que soplan los vientos.

Estaba firmado, no con el verdadero de Ogión que Ged nunca había conocido, sino con la runa de Ogión, la Boca Cerrada.

—Te ha enviado quien frena al terremoto, por lo que eres dos veces bienvenido. El joven Ogión me era muy caro cuando vino aquí desde Gont. Cuéntame ahora de los mares y los portentos del viaje, muchacho.

—Una buena travesía, Señor, a no ser por la tempestad de ayer.

—¿Qué navío te ha traído aquí?

—El Sombra, un mercante de las Andrades.

—¿Qué voluntad te ha en enviado aquí?

—La mía.

El Archimago miró a Ged y luego apartó los ojos y se puso a hablar en una lengua que Ged no comprendía, musitando como un hombre muy viejo cuya cordura anda extraviada entre islas y años. Sin embargo, había en ese murmullo palabras que el pájaro había cantado y que el agua de la fuente había dicho. No estaba echando un sortilegio pero el poder que le emanaba de la voz trastornó a Ged, que por un instante tuvo la impresión de estar contemplándose a sí mismo, de pie en un lugar vasto, desierto y extraño, solo entre las sombras. Y sin embargo estaba tiempo en el patio soleado, escuchando el mismo susurro de la fuente.

Un gran pájaro negro, un cuervo de Osskil, se ácercó caminando por la terraza de piedras y las hierbas. Llegó hasta la orla de la túnica del Archimago y allí se detuvo, todo negro, con pico de daga, observando a Ged con una mirada oblicua. Tres veces picoteó el báculo blanco en que se apoyaba Nemmerle, y el viejo mago dejó de murmurar y sonrió.

—Corre, ve a jugar, muchacho —dijo al fin como si le hablara a un niño pequeño.

De nuevo Ged se postró ante él con una rodilla en tierra. Cuando se levantó, el Archimago ya no estaba allí; sólo el cuervo, espiándolo, adelantando el pico como para morder el báculo desaparecido.

Y el cuervo habló en una lengua, pensó Ged, que acaso fuera la de Osskil.

—¡Terrenon ussbuk! —graznó—. ¡Terrenon ussbuk orrek! —Y se marchó pavoneándose, como había venido.

Ged se volvió para salir del patio, preguntándose a dónde iría. Bajo la arcada le salió al encuentro un joven alto que lo saludó cortésmente, inclinando la cabeza.

—Me llamo Jaspe, hijo de Enwit del Dominio de Eolg en la Isla de Havnor. Hoy estoy a tu servicio para mostrarte la Casa y responder a tus preguntas, si es posible. ¿Cómo he de llamarte, Señor?

A Ged, un aldeano montañés que nunca había frecuentado a los hijos de los nobles y los ricos mercaderes, le pareció que ese joven se burlaba de él con su «servicio», su «Señor» y sus reverencias. Respondió con sequedad:

—Gavilán, así me llaman.

El otro aguardó un momento como si esperase una respuesta más exacta, y por último enderezó la cabeza y se apartó. Era dos o tres años mayor que Ged, muy alto y de una gracia un tanto tiesa en los modales y en el andar, la afectación (pensó Ged) de un bailarín. Vestía una capa gris con la capucha echada hacia atrás. Ante todo lo condujo a la guardarropía donde Ged, como nuevo alumno de la Escuela, podía procurarse una capa igual, y otras ropas que necesitase. Se puso la oscura capa gris que había elegido y Jaspe le dijo:

—Ahora eres uno de los nuestros.

Jaspe parecía sonreír entre dientes mientras hablaba y Ged sospechó que aquellas palabras corteses ocultaban alguna ironía.

—¿Acaso el hábito hace al mago? —preguntó con hosquedad.

—No —respondió el otro—, mas he oído decir que los modales hacen al hombre. ¿A dónde quieres ir ahora?

—A donde tú quieras. No conozco la Casa.

Jaspe lo guió por los largos corredores de la Casa mostrándole los patios abiertos y los altos salones techados, la Sala de Estantes donde se guardaban los libros del saber y los volúmenes de las runas, el Salón del Hogar donde se reunían los alumnos en los días de fiesta, y escaleras arriba, en las buhardillas y torres, las pequeñas celdas donde dormían alumnos y Maestros. La de Ged, en la Torre Meridional, tenía una ventana, por la que se veían los techos empinados d Zuil luego el mar. Como todas las otras celdas destinadas al sueño no tenía otro mobiliario que un colchón de paja en un rincón.

—Llevamos una vida austera aquí —dijo Jaspe-—. Pero supongo que eso no te importará.

—Estoy acostumbrado. —Y de pronto, tratando de mostrarse a la altura de ese joven cortés y desdeñoso, Ged añadió: —Presumo que tú no lo estarías, cuando viniste.

Jaspe le echó una mirada, una mirada que decía sin palabras: « ¿Qué sabrás tú a qué estoy o no acostumbrado, yo, hijo del Señor del Dominio de Eolg en la Isla de Havnor?» Pero lo que dijo en voz alta fue simplemente:

—Sígueme.

Había sonado un golpe de gong mientras estaban arriba, y bajaron a compartir la comida del mediodía en la Mesa Larga del

refectorio, con un centenar de muchachos y hombres jóvenes. Todos iban con su plato a las ventanillas de la cocina, y mientras bromeaban con los cocineros se servían de las enormes ollas que humeaban sobre el antepecho, sentándose luego en algún sitio de la Mesa Larga.

—Se dice —comentó Jaspe hablándole a Ged— que por muchos que vengan a sentarse a esta mesa, siempre habrá lugar para otro.

Y lo había por cierto, tanto para los alborotadores grupos de muchachos que conversaban y comían con entusiasmo, como para los mayores, de capa gris sujeta al cuello por un alfiler de plata, sentados de a dos o a solas, más silenciosos, y de rostros graves y meditativos, como si tuvieran mucho en qué pensar.

Jaspe puso a Ged junto a un muchacho corpulento llamado Algarrobo, de facciones vulgares y modales toscos que no decía mucho pero que comía con voracidad. Hablaba con el acento del Confín del Levante y tenía la tez pardusca, casi negra, no pardorojiza como Ged y Jaspe y la mayoría de los habitantes del Archí iélago. Refunfuñó algo acerca de la comida cuando hubo terminado, pero luego se volvió a Ged y le dijo:

—Al menos esto no es ilusión, como tantas cosas que se ven por aquí; te queda en el estómago.

Ged no entendió, pero el muchacho le parecía simpático, y le gustó que se quedara con ellos después de la comida.

Bajaron a la ciudad, para que Ged la conociera. Aunque pocas y cortas, las calles de Zull serpenteaban y se entrecruzaban en curiosos laberintos, y era fácil perderse. La ciudad tenía un aspecto extraño, y también los habitantes, pescadores, artesanos y trabajadores como los de cualquier otro sitio, pero tan habituados a la hechicería que se practica día y noche en la Isla de los Sabios, que ellos mismos parecían medio hechiceros. Hablaban (como Ged lo había aprendido por experiencia) en enigmas, y ninguno de ellos pestañeaba cuando veían que un chiquillo se transformaba en pez o una casa volaba por los aires. Sabían que se trataba de la travesura de algún escolar, y, seguían remendando zapatos o descuartizando reses…

Alejándose de la Puerta Trasera y los jardines de la Casa, los tres muchachos cruzaron un puente de troncos sobre las aguas cristalinas del Arroyo Zull y fueron hacia el norte por bosques y prados. El sendero subía y serpeaba. Atravesaron los encinares de sombras espesas, aunque brillaba el sol. No muy lejos, a la izquierda, había un bosquecillo que Ged nunca veía con claridad. El sendero llevaba hacia el bosque pero parecía interminable. Ged ni siquiera alcanzaba a distinguir qué clase de árboles eran aquellos. Algarrobo, advirtiendo cómo miraba, le dijo en voz baja:

—Ése es el Bosquecillo Inmanente. Todavia no podemos llegar…

En los prados bañados por el sol había unas flores doradas.

—Hierba centella —dijo Jaspe—. Crece donde el viento sembró las cenizas del incendio de llien, cuando Erreth-Akbé defendió las Islas Interiores de los ataques del Señor del Fuego. —Sopló la corola de una flor marchita y las semillas volaron en el viento como chispas rojizas a la luz del sol.

El sendero subió zigzagueando y los llevó hasta la base de una gran colina verde, redonda y sin árboles, la misma que Ged había visto desde el navío cuando entraban en las aguas encantadas de la Isla de Roke. En el flanco de la colina, Jaspe se detuvo.

—En mi tierra natal, Havnor, he oído muchas cosas de la magia gontesca, y siempre en alabanza, y he deseado desde hace tiempo ver cómo la practican. Y he aquí que ahora tenemos entre nosotros a un gontesco; y estamos en las laderas del Collado de Roke, cuyas raíces penetran hasta el centro mismo de la tierra. Aquí todos los sortilegios son poderosos. Haznos un embrujo, Gavilán. Muéstranos tu estilo.

Confuso y tomado por sorpresa, Ged no dijo nada.

—Más tarde, Jaspe —dijo Algarrobo con su llaneza habitual—. Déjalo en paz un rato.

—0 es hábil o tiene poder, de lo contrario el portero no hubiera permitido que entrase. ¿Y por qué más tarde, y no ahora? ¿No es así, Gavilán ?

—Soy hábil y tengo poder —replicó Ged—. ¿De qué estás hablando?

—De ilusiones, desde luego… trucos, juegos de apariencias. ¡Como éste!

Jaspe a untó a la ladera con el índice y pronunció unas palabras extrañas. Un hilo de agua corrió entre las hierbas verdes, y luego creció y se precipitó en un torrente colina abajo. Ged metió la mano en la corriente y la sintió mojada; bebió un poco y parecía agua fresca, aunque nunca calmaría la sed, pues era mera ilusión. Con otras palabras Jaspe hizo desaparecer el torrente y las hierbas secas ondularon a la luz.

—Ahora tú, Algarrobo —dijo Jaspe sonriendo, tranquilo. Al arrobo se rascó la cabeza con una expresión sombría, pero tomó un poco de tierra en la mano y empezó a canturrear con voz desafinada, mientras acariciaba, apretaba, modelaba con los dedos oscuros el pe pequeño terrón que de pronto se transformó en una bestezuela, un moscardón o un abejorro, y echó a volar zumbando por encima del Collado, y desapareció.

Ged observaba la escena apabullado. ¿Qué sabía él? Sólo simples brujerías de aldea, encantamientos para llamar a las cabras, curar verrugas, mover pesos o reparar cacharros.

—Yo no echo esa clase de sortilegios —dijo. Para Algarrobo, que quería continuar el paseo, la discusión había terminado. Pero Jaspe

insistió.

—La magia no es un juego. Nosotros los gontescos no la practicamos ni por placer ni por halago —respondió Ged con altanería.

—¿Por qué la practicáis entonces? —Inquirió Jaspe—. ¿Por dinero?

—No —gritó Ged. No encontró otra manera de ocultar que no lo sabia y no sentirse humillado.

Jaspe se echó a reír, no de mal talante, y reanudó la marcha, guiando a sus dos compañeros alrededor del Collado de Roke. Y Ged lo siguió, cabizbajo, y dolorido, diciéndose que se había comportado como un tonto, y por culpa de Jaspe.

Esa noche, mientras yacía envuelto en la capa sobre el colchón de la celda, fría y oscura, en el silencio profundo de la Casona de Roke, la extrañeza del lugar y el pensamiento de todos los hechizos y sortilegios que allí se habían obrado empezaron a oprimirlo. Las tinieblas lo cercaron y sintió miedo.

Hubiera querido estar en cualquier parte menos en Roke. En ese momento Algarrobo, con una pequeña esfera de luz azulada que flotaba sobre él y le alumbraba el camino, apareció en la puerta y pidió permiso para entrar y conversar un rato. Le preguntó a Ged acerca de Gont y luego habló con afecto de las islas del Confín del Levante, donde había nacido, contando cómo el humo de los hogares aldeanos se eleva y flota en la noche sobre el mar apacible, entre las isletas de nombres curiosos: Korp, Kopp y Holp, Venway y Vemish, Iffish, Koppish y Sneg. Cuando dibujó con el dedo los contornos de esas islas sobre el suelo empedrado, para que Ged pudiera ver cómo estaban dispuestas, las líneas brillaron débilmente, como si las dibujara con una varilla de plata. Algarrobo había estado tres años en la Escuela y pronto sería nombrado hechicero; practicar las artes mágicas menores era para él algo tan natural como la práctica del vuelo para un pájaro. Pero tenía además un arte más grande, un arte que no se aprende: el de la bondad. Esa noche, y para siempre, le ofreció y dio a Ged su amistad, una amistad firme y sincera que Ged retribuyó de buen grado.

Sin embargo, Algarrobo era también amigo de Jaspe, que el primer día había puesto en ridículo a Ged. Y eso Ged no lo olvidaba, ni tampoco Jaspe, al parecer, pues siempre le hablaba a Ged con una voz cortes y una sonrisa burlona. Ged no iba a permitir que Jaspe lo desdeñara ni que lo tratase con condescendencia. juró demostrarle a Jaspe, y a todos aquellos para quienes Jaspe era una especie de cabecilla, que grande era en verdad su poder… algún día. Porque ninguno de ellos, pese a tantos trucos ingeniosos, había salvado una aldea con un encantamiento. De ninguno de ellos había escrito Ogión

que sería el más grande de los magos de Gont.

Fortalecido con estos pensamientos, Ged se dedicó por entero a las tareas que le encomendaban, las lecciones, artes y habilidades que enseñaban aquellos Maestros de capa gris, a quienes llamaban los Nueve.

Parte de cada día estudiaba con el Maestro Cantor, aprendiendo las Gestas de los héroes y los cánticos del saber, comenzando con el más antiguo de todos: la Creación de Ea. Luego, en compañía de una docena de muchachos, se ejercitaba con el Maestro de Vientos en las artes del viento. En los días claros de primavera y de comienzos del verano se paseaban en frágiles balandros practicando el arte de timonear por la palabra, apaciguando las olas, hablando con los aires del mundo y levantando el viento mágico. Estas son artes intrincadas y a menudo la botavara iba a dar contra la cabeza de Ged, cuando el balandro corcoveaba bajo un viento que de repente cambiaba de rumbo, o chocaba con otra embarcación, pese a que tenían la bahía entera para navegar, y a veces los otros tripulantes se arrojaban al mar sin previo aviso, cuando una ola inesperada y gigante ca hacía zozobrar el balandro. Había días de expediciones más apacibles, en tierra, con el Maestro de Hierbas que enseñaba las costumbres y propiedades de las cosas que crecen; y el Maestro Malabar que enseñaba prestidigitación y destreza de manos, y los rudimentos de la Transformación.

Ged progresó con rapidez en estos estudios, y al ,cabo de un mes emulaba ya a otros muchachos que habían llegado a Roke un año antes. Los juegos de ilusión, sobre todo, le parecían tan fáciles que era como si hubiera nacido sabiéndolos, y sólo necesitara recordarlos. El Maestro Malabar era un viejecito bondadoso y alegre que encontraba un placer siempre renovado en la gracia y la belleza de las artes que enseñaba. Ged pronto dejó de tenerle miedo y le pedía que le enseñara tal o cual hechizo, y el Maestro siempre sonreía y le mostraba lo que Ged quería. Pero en una ocasión, decidido a humillar a Jaspe de una vez por todas, mientras estaban en el Patio de las Apariencias, Ged interpeló al Maestro Malabar:

—Señor, todos estos sortilegios se parecen demasiado; se conoce uno y se conocen todos. Y cuando el hechizo pasa, la ilusión se desvanece. Bien, si transformo un guijarro en un diamante —cosa que hizo con una palabra y un rápido movimiento de la mano-—, ¿qué he de hacer para que el diamante siga siendo diamante? ¿Cómo se consigue una transformación permanente?

El Maestro Malabar miró el diamante que centellea en la alma de Ged, brillante como la joya más preciosa del tesoro de un dragón. El viejo Maestro murmuró una palabra: —Tolk…—, y el guijarro reapareció en la palma de Ged, no una piedra preciosa sino una tosca

piedrecita gris. El Maestro la tomó y la retuvo en el hueco de la mano.

—Esto es una piedra, tolk en la Lengua Verdadera —dijo, mirando amablemente a Ged—. Una piedrecita de la Isla de Roke, una minúscula porción de la tierra seca en que viven los hombres. Esta piedra es ella misma. Es parte del mundo. Por medio de la Ilusión y el cambio puedes hacer que parezca un diamante o una flor o una mosca o un ojo o una llama… La piedra se transformaba de instante en instante en las cosas que él iba nombrando, y volvía a ser piedra.— Pero son sólo apariencias. La Ilusión engaña al observador; le hace ver y sentir que el objeto se ha transformado. Pero no lo transforma. Para transformar esta piedra en una gema tienes que ponerle otro nombre verdadero. Y eso, hijo mío, basta con una piedrecilla tan pequeña como ésta, es cambiar el mundo. Se puede hacer. En verdad, se puede. Es el arte del Maestro de Transformaciones, y tú lo aprenderás, cuando estés preparado para aprenderlo. Mas no transformarás una sola cosa, un guijarro, un grano de arena hasta que no sepas cuál será el bien y el mal que resultará. El mundo se mantiene en Equilibrio. El poder de Transformación de Invocación de un mago puede romper ese equilibrio. Tiene que ser guiado por el conocimiento, y servir a la necesidad. Encender una vela es proyectar una sombra…

Miró otra vez el guijarro en el hueco de la mano.

—También una piedra es una cosa buena, sabes —siguió diciendo, en tono menos grave—. Si las Islas de Terramar fueran todas de diamante, tendríamos aquí una vida dura. Goza con las ilusiones, muchacho, y deja que las piedras sean piedras.

Y le sonrió, pero Ged se marchó insatisfecho. Pídele a un mago que te explique un secreto y siempre te hablará, como Ogión, de equilibrio, de peligros y de tinieblas. Un mago, un mago de verdad, uno que hubiera trascendido esas niñerías, los juegos de la ilusión, para dedicarse a las grandes artes de la Invocación y el Cambio, era sin duda bastante poderoso como para hacer cualquier cosa, y equilibrar el mundo como mejor le pareciera, y ahuyentar las tinieblas con su propia luz.

Se encontró en el corredor con Jaspe, quien, desde que las hazañas de Ged empezaron a alabarse en la Escuela, le hablaba a Ged en un tono aparentemente más amistoso, pero en realidad más sarcástico.

—Pareces abatido, Gavilán —le dijo—. ¿Te han salido mal acaso tus sortilegios de ilusión?

Tratando como siempre de no dejarse amilanar por Jaspe, Ged le respondió como si no hubiera advertido la ironía.

—Estoy harto de malabarismos, harto de estos juegos de ilusión sólo buenos para divertir a los señores ociosos en sus castillos y dominios. La única magia verdadera ue me han enseñado hasta ahora

en Roke es hacer luces fatuas y mover las nubes. El resto es mera tontería.

—Aun las tonterías son peligrosas —observó Jaspe— en manos de un tonto.

Ged volvió la cara bruscamente como si hubiese recibido una bofetada, y dio un paso hacia Jaspe; pero el otro le sonreía como si no hubiera intentado insultarlo. Lo saludó inclinando la cabeza con su gracia amanerada, y se alejo.

Allí, de pie, con furia en el corazón, mirando a Jaspe, Ged se juró que lo vencería, y no en un torneo de juegos de ilusión sino en una verdadera prueba de poder. Demostraría quién era, y humillaría a Jaspe. No permitiría que Jaspe siguiera mirándolo con ese aire de superioridad, ese odio, esa desdeñosa condescendencia.

Ged no se detuvo a pensar por qué Jaspe podía odiarlo. Sabía por qué él odiaba a Jaspe. Los otros aprendices no habían tardado en comprender que no podían medirse con Ged en juego o en serio y decían de él, algunos con admiración y otros con despecho «Es un hechicero nato, jamás permitirá que le ganemos». Jaspe era el único que no lo alababa ni lo evitaba, limitándose a mirarlo desde lo alto con una leve sonrisa. De modo que no tenía otro rival que Jaspe, y necesitaba humillarlo.

Lo que Ged no veía, o no quería ver, era que en esa rivalidad, a la que él se abrazaba y que alimentaba por orgullo, acechaban los peligros y las tinieblas a los que el Maestro Malabar lo había puesto en contra guardia.

Cuando no lo dominaba la cólera, sabía perfectamente bien que aún no estaba en condiciones de medirse con Jaspe, ni con ninguno de los alumnos mayores, y entonces se entregaba al trabajo y hacía la vida de siempre. Hacia el final del estío hubo un cierto receso en las tareas, y los alumnos dispusieron de más tiempo para los deportes: carreras de canoas mágicas en el puerto, proezas de ilusión en los jardines de la Casa, y en las largas noches, en los bosquecillos, bulliciosas partidas de escondite en las que los jugadores de los dos bandos eran invisibles y sólo las voces se desplazaban riendo y gritando entre los árboles, persiguiendo o esquivando el tenue y movedizo resplandor de las luces fatuas. Luego, cuando llegó el otoño, volvieron una vez más al trabajo, ejercitándose en nuevos pases de magia. Así pues, los primeros meses de Ged en Roke pasaron rápidos, pródigos en pasiones y maravillas.

En el invierno todo cambió. junto con otros siete muchachos fue enviado al otro extremo de la Isla de Roke, al más lejano y septentrional de los cabos, donde se alza la Torre Solitaria. Allí habitaba a solas el Maestro de Nombres, a quien llamaban por un nombre que no tema ningún significado en ninguna lengua:

Kurremkarmerruk. No había una sola granja, ninguna vivienda en kilómetros y kilómetros a la redonda de la Torre Oscura, que se alzaba por encima de los acantilados septentrionales; grises eran las nubes que ensombrecían los mares del invierno, e infinitas las listas, hileras y círculos de nombres que los ocho discípulos del Nombrador tenían que aprender. Entre ellos, en la más encumbrada estancia de la Torre, se sentaba Kurremkarmerruk en un taburete alto, inscribiendo las listas de nombres que era preciso aprender antes de que la tinta se evaporase a medianoche, dejando el pergamino virgen otra vez. Siempre hacía frío y había penumbra y silencio en la torre. No se oía más que el rasguido de la pluma del Maestro y a veces el suspiro de algún estudiante, obligado a aprender antes de la medianoche el nombre de cada cabo, cada punta, cada bahía, brazo de mar, cala, canal, puerto, bajío, arrecife y roca de las costas de Lossov, un pequeño islote del Mar Pelniano. Si el estudiante se quejaba de algo, el Maestro podía no decir nada, pero alargaba la lista; o podía decir: «El que quiere ser Maestro de la Mar ha de conocer el nombre verdadero de todas las gotas de agua que hay en la mar».

Ged suspiraba a veces, pero no se quejaba. Sabía que en aquella insondable y polvorienta tarea de aprender el nombre verdadero de cada lugar, cada cosa y cada criatura, residía el poder ambicionado, como una gema en el fondo de un pozo seco. Porque en eso consistía la magia, conocer el nombre verdadero de cada cosa. Eso les había dicho Kurremkarmerruk una vez, la primera noche que pasaron en la Torre; y nunca más lo había repetido, pero Ged no lo olvidó.

«Más de un mago de gran poder», había dicho, «se ha pasado la vida buscando el nombre de una sola cosa, un nombre único y oculto. Y las listas no están concluidas todavía, ni lo estarán antes del fin del mundo. Escuchadme, y comprenderéis por qué. En el mundo bajo el sol, y en el otro mundo que no tiene sol, hay muchas cosas ajenas al hombre y al habla de los hombres, y hay también poderes inaccesibles para nosotros. Mas la magia, la magia verdadera, es obrada sólo por aquellos, seres que hablan la lengua hárdica de Terramar, o el Habla Antigua de la que ha nacido.

»Es la lengua que hablan los dragones, y la que hablaba Segoy, el hacedor de las islas del mundo, y la lengua de nuestras trovas y cantares, de nuestros sortilegios, encantamientos e invocaciones. En la lengua hárdica todavía hay palabras de esa habla, trucadas y ocultas. A la espuma de las olas la llamamos sukien: esta palabra está hecha con dos palabras del Habla Antigua, suk, pluma, e inien, el mar, Pluma del mar, eso es la espuma. Mas no es llamándola sukien como hechizaréis a la espuma; tendréis que usar el nombre verdadero en el Habla Antigua, essa. Cualquier bruja conoce algunas de estas palabras del Habla Antigua, y un mago conoce muchas. Pero hay muchísimas

más, y algunas se han perdido con el correr de las edades, o han permanecido secretas; y otras sólo son conocidas por los dragones y los Poderes Antiguos y no las conoce nadie. Ningún hombre podría aprenderlas todas. Porque esa lengua es infinita. Pero lo que nosotros llamamos el Mar Interior también tiene su propio nombre en el Habla Antigua. Y como nada puede. tener dos nombres verdaderos, iníen significa pues toda la mar excepto el Mar Interior. Y desde luego, ni siquiera es eso lo que significa, porque hay mares y bahías y estrechos incontables y cada uno tiene un nombre que le es propio. De modo que si un Mago Maestro de la Mar estuviese tan loco como para tratar de echar un sortilegio de tempestad o calma sobre todo el océano, el ensalmo tendría que contener no sólo esa palabra, inien, sino el nombre de cada tramo y trecho y parcela de mar a través de todo el Archipiélago y hasta los Confines Lejanos, y aún más allá, donde ya no hay nombres. Así pues, lo que nos da el poder de la magia, limita a la vez ese poder. Un mago sólo puede dominar lo que está cerca, lo que puede nombrar con la palabra exacta. Y es bueno que sea así. Si no fuera así, la maldad de los poderosos o la locura de los sabios habría intentado tiempo atrás cambiar lo que no puede cambiarse, y el Equilibrio se habría roto. Y el mar, perdido el equilibrio, invadiría estas islas en las que habitamos peligrosamente, y el antiguo silencio se llevaría consigo todas las voces y todos los nombres.

Ged meditó largamente estas palabras, hasta que llegó a entenderlas. La majestad de la tarea no bastaba sin embargo para que la labor de aquel largo año en la Torre fuera menos ardua y seca; y al final de ese año Kurremkarmerruk le dijo: «Has comenzado bien». Ni una palabra más. Los hechiceros dicen la verdad, y era verdad que esforzarse en conocer los nombres no era mas que el comienzo de un aprendizaje que duraría toda la vida. Le permitieron marcharse de la Torre Solitaria antes que los demás, pues había aprendido más rápido que ellos; pero esto fue toda la aprobación que recibió.

Echó a andar solo, rumbo al sur, a través de la isla, por caminos despoblados. Empezaba el invierno, y llovió al anochecer. Pero Ged no recurrió a ninguna fórmula mágica para alejar la lluvia, pues el clima de Roke dependía del Maestro de los Vientos y estaba prohibido manipularlo. Buscó refugio bajo las ramas de un píndico corpulento, y echado allí, envuelto en la capa, pensó en su viejo maestro Ogión, que acaso no había concluido aún sus andanzas otoñales por las alturas de Gont, durmiendo a cielo abierto con unas ramas sin hojas como techo y unas cortinas de lluvia como paredes. Ged sonrió; cada vez que pensaba en Ogión se sentía más animado. Se durmió con el corazón en paz, en la noche fría y oscura poblada por los murmullos del agua. Al despertarse, al alba, levantó la cabeza; la lluvia había cesado, y de pronto descubrió un animal pequeño que dormitaba acurrucado entre

los pliegues de la capa, y que se había cobijado allí en busca de calor. Se sorprendió al verla, pues era una bestezuela de una especie rara y extraña, un otak.

Estas criaturas sólo habitan en cuatro de las islas meridionales del Archipiélago: Roke, Ensmer, Pody y Wazor. Son pequeñas de cuerpo, de cara ancha y grandes ojos brillantes, y de pelaje bruñido, pardusco o leonado. Tienen dientes crueles y un temperamento salvaje y no se adaptan a la vida doméstica. No ladran ni maúllan y en realidad no tienen voz. Ged lo acarició, y el animal se despertó y bostezó, mostrando una pequeña lengua parda y unos dientes blancos; pero no parecía asustado.

—Otak —le dijo, y de pronto, recordando los mil nombres de bestias que aprendiera en la Torre, lo llamó por su nombre verdadero en el Habla Antigua:

—¡Hoeg! ¿Quieres venir conmigo?

El otak se sentó en la palma de la mano de Ged, y empezó a lamerse el pelaje.

Ged se lo puso en el hombro entre los pliegues de la caperuza, y el otak se quedó allí. A veces, durante el día, saltaba al suelo y se escabullía entre la espesura, pero siempre volvía, y una vez se trajo con él una rata de campo que había cazado. Ged se rió y le dijo que se la comiera, pues él estaba ayunando, ya que esa noche era la Fiesta del Retorno del Sol. Llegó el húmedo anochecer, dejó atrás el Collado de Roke, y vio las brillantes luces fatuas que oscilaban en la 1luvia sobre los tejados de la Casa, y entró en el edificio y los Maestros y los compañeros lo recibieron con alegría en el salón iluminado por las antorchas.

Para Ged, que no tenía casa propia a la que alguna vez pudiera volver, fue como un retorno al hogar. Se sintió feliz viendo tantas caras conocidas, y más feliz aún al ver a Algarrobo, que se acercaba a saludarlo con una ancha sonrisa en el rostro oscuro. No se había dado cuenta hasta entonces de cuánto lo había echado de menos. Algarrobo había sido nombrado hechicero ese mismo otoño y ya no era aprendiz, pero ese hecho no levantaba entre ellos ninguna barrera. Pronto se pusieron a charlar y Ged tuvo la impresión de que en esa primera hora le había dicho a Algarrobo más de lo que había dicho durante todo el año en la Torre Solitaria.

El otak seguía aún en el hombro de Ged, acurrucado entre los pliegues de la caperuza, cuando se sentaron a la hora de la cena en las largas mesas preparadas para la fiesta en el Salón del Hogar. Algarrobo miraba maravillado al animalito, y una vez levantó la mano para acariciarlo, pero el otak intentó morderlo con aquellos dientes filosos. Algarrobo se echó a reir.

—Dicen, Gavilán, que un hombre que cuenta con los favores de

una bestia es un hombre a quien las Antiguas Potestades de la Piedra y el Manantial le hablarán con una voz humana.

—Dicen que los hechiceros gontescos son aficionados a los animales —dijo Jaspe, que estaba sentado a la izquierda de Algarrobo — Nuestro Archimago Nemmerle tiene un cuervo, y los cantores dicen que el Mago Rojo de Arak llevaba un jabalí sujeto a una cadena de oro. ¡Pero nunca he sabido de ningún hechicero que guardase una rata en la capucha!

Al oír esto todos se rieron, y Ged junto con los demás. Era una noche alegre y se sentía feliz de estar allí en medio del calor y el regocijo, participando de la fiesta con sus compañeros. Sin embargo, la broma maliciosa de Jaspe, como todo cuanto él decía, lo había irritado de veras.

Esa noche el Señor de 0, también él hechicero de renombre, era uno de los invitados de la escuela. Había sido discípulo del Archimago y volvía a veces a Roke para la Festividad del Invierno o la Larga Danza del Verano. Con él estaba su dama, esbelta y joven, radiante como el cobre recién pulido, la negra cabellera coronada de ópalos. No era habitual que una mujer se sentara en los salones de la Casa, y algunos de los viejos Maestros la miraban de soslayo. Pero los jóvenes la devoraban con los ojos.

—Por una dama como ella —le dijo Algarrobo a Ged— yo podría obrar grandes encantamientos… —Suspiró y se echó a reír.

—No es más que una mujer —respondió Ged.

—También la Princesa Elfarran no era mas que una mujer — replicó Algarrobo—, y por causa de ella fue devastada toda la Enlade y murió el Héroe Mago de Havnor, y la Isla Soléa se hundió bajo las aguas.

—Cuentos viejos —dijo Ged. Pero también él empezó a mirar a la Dama de 0, preguntándose si esa sena en verdad la belleza mortal de que hablaban las leyendas.

El Maestro Cantor había recitado la Gesta del Joven Rey, y luego todos a coro habían entonado el Villancico-del Invierno. Entonces, cuando hubo una breve pausa antes de que todos se levantaran de la mesa, Jaspe se puso en pie y se encaminó a la mesa más próxima al hogar, ocupada por el Archimago, los invitados y los Maestros, y le habló a la Dama de 0. Jaspe ya no era un muchacho sino un hombre joven, alto y apuesto; también él había sido nombrado hechicero ese año, y un alfiler de plata que le sujetaba la capa lo atestiguaba. La dama sonrió al escucharlo, y los ópalos centellearon en los cabellos oscuros. Entonces, mientras los Maestros asentían consintiendo, benévolos, Jaspe obró para ella un sortilegio de ilusión. Del suelo de piedra hizo brotar un árbol blanco cuyas ramas tocaban las altas vigas del techo de la sala, y en el extremo de cada gajo brilló una manzana

de oro, como un sol, pues aquél era el Árbol del Año. Un pájaro revoloteó de pronto entre las ramas, de plumaje blanco y cola de espiga de nieve, y las manzanas doradas empalidecieron y se convirtieron en semillas, y cada semilla fue una minúscula gota de cristal, y cayeron del árbol con un susurro de lluvia, y mientras el árbol se balanceaba y reverdecía en hojas de un fuego rosado y en flores blancas que parecían estrellas, una fragancia dulce flotó en el aire. Y la ilusión se desvaneció. La Dama de 0, asombrada y complacida, inclinó la cabeza resplandeciente ante el joven hechicero en testimonio de admiración.

—Ven con nosotros, ven a vivir con nosotros en 0-tokné… ¿No puede venir con nosotros, mi señor? —preguntó, como una niña, a su severo esposo.

Mas Jaspe respondió simplemente:

—Cuando haya adquirido un saber digno de mis Maestros, y digno también de vuestros elogios, mi señora, iré a 0-tokné complacido, y complacido os serviré siempre.

Con estas palabras dejó satisfechos a todos, menos a Ged, que se unió de mala gana a las alabanzas. «Yo hubiera podido hacerlo mejor», se dijo, con una envidia amarga que le ensombreció toda la alegría de la noche.

La sombra en libertad

Raras veces, durante aquella primavera, tuvo Ged oportunidad de ver a Jaspe y a Algarrobo, ya que ambos, ahora hechiceros, estudiaban con el Maestro de las Formas en los arcanos del Bosquecillo Inmanente, donde ningún aprendiz ponía el pie. Ged permaneció en la Casa perfeccionándose en las artes de los hechiceros, aquellos que hacen magia mas no llevan la vara: los que manejan vientos y nubes, los que buscan y atan, los que forjan y modelan ilusiones, cantores y rapsodas y curalotodos y herboristas. Por las noches, a solas en la celda-alcoba, una pequeña esfera de luz fatua en vez de lámpara o bujía iluminando el libro, estudiaba las Runas Arcanas y las Runas de Ea, que se emplean en los Grandes Sortilegios. Todas esas artes eran para él asombrosamente fáciles, y se rumoreaba entre los estudiantes que tal o cual Maestro había asegurado que el muchacho gontesco era el alumno más brillante que había pisado jamás las aulas de Roke, y corrían historias sobre el otak, el cual, se decía, era un espíritu disfrazado que susurraba sabiduría al oído de Ged, y hasta se contaba que el cuervo del Archimago había dado la bienvenida a Ged llamándolo «futuro Archimago ». Creyeran o no en tales historias, gustaran o no de Ged, los aprendices lo admiraban y estaban siempre dispuestos a seguirlo cuando en algún raro momento Ged jugaba con ellos en los ya más largos atardeceres primaverales. Mas por lo general, Ged vivía dedicado al trabajo, reservado y orgulloso, aparte. Fuera de Algarrobo, no tenía solo amigo entre ellos, y nunca había deseado tenerlo.

A los quince anos, aunque muy joven aún para aprender las Altas Artes de los hechiceros o magos, los que llevan la vara, aprendió con tanta rapidez todos los recursos de la ilusión, que el Maestro de Transformaciones, también él un hombre joven, pronto empezó a instruirle aparte de los otros, y a hablarle de los verdaderos Sortilegios de la Forma. Le explicó por qué, si se quiere cambiar realmente una cosa en otra, es menester nombrarla y volverla a nombrar mientras dure el hechizo, y cómo ese hecho afecta los nombres y la naturaleza de las cosas próximas a la que ha sido transformada. Le habló de los peligros de la transformación, sobre todo cuando es el hechicero mismo el que se transmuta, corriendo el riesgo de quedar apresado en su propio encantamiento. Poco a poco, alentado por la clara comprensión del discípulo, el joven Maestro no se limito a hablarle a Ged de esos arcanos. Comenzó a enseñarle, primero uno y luego otro, los Grandes Sortilegios de Transformación, y al fin lo incitó a estudiar el Libro de las Formas. Lo hizo sin el consentimiento previo del Archimago, y fue una imprudencia, aunque sin mala intención.

En ese momento Ged trabajaba al mismo tiempo con el Maestro de Invocaciones, pero ese Maestro era un hombre severo, envejecido y endurecido por la magia tenebrosa y secreta que enseñaba. No trabajaba con ilusiones, sino con la magia verdadera, invocando energías como la luz y el calor, la fuerza que atrae el imán, y aquellas otras que los hombres perciben como peso, forma, color y sonido: poderes reales, extraídos de las inmensas e insondables energías del universo, que ni la magia ni la codicia de los hombres podrán agotar o desequilibrar alguna vez.

Los poderes del Maestro de Nubes y del Maestro de Mares sobre los vientos y las aguas eran artes ya conocidas por los alumnos, pero él enseñaba por qué razón el mago verdadero sólo recurre a esos sortilegios en casos de necesidad extrema, ya que invocar esas fuerzas altera la naturaleza misma del mundo terrestre.

—La lluvia en Roke puede ser sequía en Osskil —les dijo—, y un mar en calma en el Confín del Levante puede ser tempestad y ruina en el Poniente, a menos que sepáis lo que estáis haciendo.

En cuanto al arte de invocar cosas reales y personas vivas, y de despertar a los muertos, y de llamar a las puertas de lo Invisible, de esos portentos que son la cima del arte del Invocador y del poder del Mago, poco o nada decía. Una o dos veces Ged trató de que e hablara de esos misterios, pero el Maestro no le respondió, y le miro larga y sombríamente. Ged, inquieto, no volvió a insistir.

Y en verdad, a veces experimentaba cierta desazón, hasta cuando obraba los sortilegios menores que el Maestro Invocador enseñaba. Había ciertas runas, en ciertas páginas del Libro del Saber, que Ged creía haber visto alguna vez, pero no recordaba dónde. Ciertas frases necesarias para los sortilegios de Invocación, Ged se resistía a pronunciarlas. Le hacían pensar un instante en las sombras de una estancia oscura, en una puerta cerrada y en tinieblas que reptaban hacia él desde el rincón junto a la puerta. Rechazaba con presteza esos pensamientos o recuerdos y seguía con lo suyo. Esos momentos de terror y negrura, se decía, no eran más que las sombras de su propia ignorancia. Cuanto más aprendiera, menos tendría que temer, hasta que dueño ya de los poderes de un Mago, nada lo asustaría en el mundo, absolutamente nada.

En el segundo mes de aquel verano la escuela entera volvió a reunirse en la Casa para celebrar la Noche Lunar y la Larga Danza, que ese año caían en dos noches sucesivas, cosa que acontecía en verdad una vez cada cincuenta y dos años. Durante toda la noche, el plenilunio más corto del año, hubo música de flautas en los campos, y las callejuelas de Zuil se poblaron de tambores y antorchas, y los ecos de los cantos resonaron sobre las aguas bañadas por la luna de la Bahía de Roke. A la mañana siguiente, a la salida del sol, los cantores

de Roke entonaron la larga Gesta de Erreth-Akbé, que narra cómo se construyeron las torres blancas de Havnor y los viajes de Erreth-Akbé desde Ea, la Isla Antigua, a través de todo el Archipiélago y los Confines, hasta que en el más —remoto Confín del Poniente, en el umbral del Mar Abierto, se encontró al fin con el Dragón Orm; y los huesos de Erreth-Akbé reposan en la armadura rota entre la osamenta del dragón sobre la playa de Selidor la solitaria, pero la espada enhiesta y purpúrea resplandece aún en la cumbrera de la torre más alta de Havnor, a la luz del crepúsculo por encima del Mar Interior. Concluido el canto, comenzó la Larga Danza. Lugareños y Maestros, estudiantes y granjeros, bailaron todos juntos, hombres y mujeres, en el caliente polvo crepuscular, por todos los caminos de Roke hasta las playas marinas, al compás del tambor y al son de las flautas y zampoñas. Hasta las mismas aguas del mar llegaron los bailarines, a la luz de esa segunda noche de plenilunio, y la música se perdió en el estruendo de las rompientes. Y cua cuando empezó a clarear en el Levante, volvieron cuesta a por playas y senderos; ya los tambores habían callado y sólo se oía el sonido de las flautas, dulce y agudo. Lo mismo había acontecido aquella noche en cada isla del Archipiélago una sola danza, una sola música que unía las tierras divididas por las aguas del mar.

Finalizada la Larga Danza, la mayor parte de la gente durmió durante el día y volvieron a reunirse a la caída de la noche, para comer y beber. Un grupo de jóvenes, tanto aprendices como hechiceros, había ido a buscar su cena al refectorio para llevarla a uno de los patios de la Casa: allí estaban Algarrobo, jaspe y Ged, junto con otros seis o siete, y algunos muchachos más jóvenes, eximidos para la ocasión de sus tareas en la Torre Solitaria, pues hasta Kurremkarmerruk había venido a la fiesta. Y mientras comían y reían, se entretenían con pequeños juegos de ilusión, que en la corte de un rey hubieran parecido verdaderos portentos. Uno de los muchachos había tendido sobre el patio una red de estrellas de luz fatua, que resplandecían como gemas y se balanceaban en una cadenciosa procesión entre ellos y las estrellas del cielo; y un par de muchachos jugaban a los bolos con unas bolas de llama verde y monigotes que se escabullían saltando y brincando cada vez que una bola se acercaba; y durante todo ese tiempo Algarrobo, sentado en cuclillas en el aire, comía pollo asado. Uno de los muchachos más jóvenes trató de hacerlo bajar al suelo de un tirón, pero él se elevó un poco más, fuera del alcance de los que estaban en tierra, y siguió levitando con una sonrisa ufana. De vez en cuando tiraba al aire un hueso de pollo, y el huesecillo se transformaba en un búho y remontaba el vuelo, ululando. Ged les arrojaba a los búhos flechas de corteza de pan, y los derribaba, pero apenas tocaban el suelo, desvanecida la ilusión, yacían

allí como huesos y pan. Luego Ged intentó reunirse con Algarrobo, pero como no conocía el sortilegio tenía que mover los brazos para mantenerse en el aire y todos se reían a carcajadas viendo como saltaba, se sacudía y tropezaba. Continuó sin embargo con su bufonada porque hacía reír, y él se reía como los demás, ya que después de esas dos largas noches de danzas y luna llena y música y juegos de magia se sentía como trastornado y ebrio, dispuesto a cualquier cosa.

Al fin bajó lentamente hasta poner los pies en el suelo justo al lado de Jaspe, y Jaspe, que nunca se reía a carcajadas, se hizo a un lado diciendo:

—El Gavilán que no sabe volar…

—¿No es el jaspe una piedra preciosa? —replico Ged con una sonrisa-—. ¡Oh joya entre los hechiceros, oh Gema de Havnor, resplandece ahora para nosotros!

El muchacho que había tendido la red de luces fatuas lanzó una abajo, para que danzara y centelleara alrededor de la cabeza de Jaspe. No tan sereno como de costumbre, frunciendo el ceño, Jaspe apartó bruscamente la luz y la apagó como si fuese una vela.

—Estoy ya harto de niñerías y de alboroto y ridiculeces.

—Te estás volviendo viejo, amigo —observó Algarrobo siempre desde arriba.

—Si es silencio y oscuridad lo que quieres —terció uno de los muchachos más jóvenes—, puedes probar suerte en la Torre.

Ged le preguntó:

—¿Qué es lo que quieres, Jaspe?

—Quiero la compañía de mis pares —respondió Jaspe—. Ven, Algarrobo. Dejemos a estos aprendices con sus juguetes.

Ged se volvió para enfrentarse a Jaspe.

—¿Qué tienen los hechiceros que no tengan los aprendices? —inquirió. Había hablado con serenidad pero los otros muchachos callaron de pronto, como petrificados, pues en las voces de él y de Jaspe, límpidas y cortantes, como el filo del acero que sale de fa vaina, había odio ahora.

—Poder —dijo Jaspe.

—Mediré tu poder con el mío, acto por acto.

—¿Me desafías?

—Te desafío.

Algarrobo, que acababa de bajar al suelo, se interpuso entre ellos, con una cara sombría.

—Los duelos de hechicería no están permitidos, como bien sabéis. ¡Acabad con esto!

Ged y Jaspe callaron, pues en verdad conocían la ley de Roke, y sabían además que a Algarrobo lo guiaba el amor, y a ellos el odio.

Mas la ira de los dos, aunque momentáneamente contenida, no se enfrió. Ya Jaspe, haciéndose un poco a un lado como para que sólo Algarrobo pudiese oírlo, dijo con su fría sonrisa:

—Creo que harías bien en recordarle una vez más a tu amigo el cabrerizo que hay una ley que lo protege. Parece abatido. Pero, me pregunto: ¿habrá imaginado que yo iba a aceptar un desafío? ¿De. un individuo que apesta a chivos, de un aprendiz que ni siquiera conoce la Primera Transformación?

—Jaspe —le dijo Ged—, ¿qué sabes tú de lo que yo sé?

Por un instante, sin que nadie le oyera pronunciar una palabra, Ged desapareció de la vista de todos, y en su lugar apareció un enorme halcón con las alas desplegadas, y abrió el corvo pico como si fuera a graznar: por un instante apenas, pues en seguida Ged reapareció a la trémula luz de las antorchas, observando a jaspe con una mirada sombría.

Jaspe, tomado por sorpresa, había dado un paso atrás; pero ahora se encogió de hombros y dijo una sola palabra:

—Ilusión.

Los otros murmuraban. Algarrobo dijo:

—No fue una ilusión. Fue una transformación verdadera. Y ahora, basta. Escúchame, Jaspe…

—Basta, sí, para demostrar que ha estado espiando en el Libro de las Formas a espaldas del Maestro. ¿Y qué? Adelante, cabrerizo. Me gusta esta trampa que tú mismo te estás tendiendo. Cuanto más pretendas mostrarte como un igual, más a las claras mostrarás lo que eres.

Al oír esto, Algarrobo se apartó de Jaspe y le habló a Ged en voz muy queda:

—Gavilán, pórtate como un hombre y deja este juego… ven conmigo.

Ged miró a su amigo y le sonrió.

—Cuídame un ratito a Hoeg, ¿quieres? —Y puso en las manos de Algarrobo al pequeño otak, que como de costumbre había estado encaramado en el hombro de Ged.

El animalito, que nunca dejaba que nadie lo tocase excepto Ged, esta vez trepó dócilmente por el brazo y se le acurrucó en el hombro, los grandes ojos relucientes siempre fijos en Ged.

—Bien —dijo Ged hablándole a Jaspe, con una voz tan serena como la de antes—. ¿Qué harás ahora, Jaspe, para demostrar que eres superior?

—No es necesario que haga nada, cabrerizo. Sin embargo algo haré. Te daré una oportunidad… una posibilidad. La envidia te carcome como un gusano en una manzana. Hagamos salir al gusano. Una vez en el Collado de Roke te jactaste de que los hechiceros

gontescos no hacen magias por juego. Vayamos allí al Collado, y muéstranos al qué hacen en verdad. Y quizá luego te haré una pequeña demostración de hechicería.

—Sí, me gustaría verlo —respondió Ged.

Los muchachos más jóvenes, acostumbrados a que la furia de Ged estallase al menor asomo de injuria o menosprecio, admiraban ahora su sangre fría. También Algarrobo lo observaba, pero no con admiración, sino con un miedo creciente. Trató de intervenir una vez más, pero Jaspe le dijo:

—Vamos, Algarrobo, no te metas. ¿Y qué harás tú, cabrerizo, con la oportunidad que te doy? ¿Nos mostrarás una ilusión, una bola de fuego, un ensalmo que cura la sarna de las cabras?

—¿Qué te gustaría a ti, Jaspe?

El otro se encogió de hombros.

—Llama a un espectro de entre los muertos, ¡por lo que a mí me importa!

—Lo haré.

—No lo harás. —Jaspe lo miró directamente a los ojos, con una furia que ardió de pronto como una llama por encima de un frío desdén.— No lo harás. No podrás hacerlo. Fanfarroneas…

—¡Por mi nombre, lo haré!

Durante un momento todos se quedaron completamente inmóviles.

Apartándose bruscamente de Algarrobo, que lo había retenido por la fuerza, Ged salió del patio a grandes trancos, sin volver la cabeza una sola vez. Las luces fatuas que danzaban en el aire se apagaron y cayeron. Jaspe vaciló un instante, luego echó. a andar detrás de Ged. Y los demás lo siguieron, en silencioso desorden, curiosos y atemorizados.

Aún no había salido la luna y los flancos sombríos del Collado de Roke trepaban hacia la oscuridad de la noche estival. La presencia de esa colina, en la que tantos portentos se habían obrado, gravitaba alrededor de ellos, era como un peso en el aire. Llegaron al pie de la colina, de raíces profundas, más profundas que el océano, y que se hundían hasta tocar los fuegos antiguos, ciegos y secretos que arden en el corazón del mundo. Se detuvieron en la ladera oriental. Más allá de las hierbas negras que coronaban la cresta, brillaban las estrellas. No había viento.

Ged siguió unos pasos ladera arriba alejándose de los otros, y al fin se volvió y dijo con voz clara:

—¡Jaspe! ¿Qué espectro he de llamar?

—Llama al que quieras. Ninguno te escuchará.

La voz de Jaspe temblaba ligeramente, tal vez de cólera. Ged le respondió con calma, burlón:

—¿Tienes miedo?

Pero ni siquiera escuchó la respuesta de Jaspe, si la hubo. Jaspe ya no le interesaba. Ahora que estaban allí, en el Collado, el odio y la furia se habían desvanecido, reemplazados por una absoluta certeza. No tenía por qué envidiar a nadie. Sabía que su poder, esa noche, en ese lugar oscuro y encantado, era más grande que nunca, tan enorme que la sensación de esa fuerza a duras penas retenida lo estremecía de pies a cabeza. Ahora sabía que Jaspe estaba muy por debajo de él, y acaso le había sido enviado para que lo llevara allí esa noche, no un rival, sino un simple servidor del destino de Ged. Sentía bajo los pies las raíces del cerro que se. hundían en la insondable oscuridad de la tierra, y veía en lo alto los fuegos secos y distantes de los astros. Todo cuanto había entre los fuegos del cielo y de la tierra estaba allí para que él ordenase, mandase, de pie en el centro del mundo.

—No tengas miedo —dijo, con una sonrisa—. Llamaré al espíritu de una mujer. No tienes por qué temer a una mujer. A Elfarran llamaré, la bella dama de la Gesta de Enlade.

—Mil años hace que está muerta, y sus huesos reposan lejos de aquí, bajo el Mar de Ea, y quizá nunca haya existido.

—¿Qué son los años y las distancias para los muertos? ¿Y acaso mienten los Cantares? —dijo Ged con la misma leve ironía, y luego añadió—: Observa el aire entre mis manos —y se apartó de los otros y se detuvo, inmóvil.

En un ademán amplio y lento abrió y extendió los brazos, el gesto de bienvenida que abre una invocación. Y empezó a hablar. Había leído las runas de ese sortilegio en el Libro de Ogión, hacía más de dos años, pero sólo esa vez. Las había leído entonces en la oscuridad. En esta oscuridad de ahora era como si volviese a leerlas otra vez en la página abierta de la noche. Y esta vez comprendía lo que leía, mientras recitaba en voz alta palabra tras palabra, y veía las acotaciones: cómo había que unir el sortilegio al sonido de la voz y los movimientos del cuerpo y de la mano.

Los otros muchachos lo observaban, mudos e inmóviles, aunque temblaban a veces, pues el gran sortilegio empezaba a operar. Ged seguía hablando con una voz dulce y queda, pero era distinta ahora, había en ella una entonación grave, y nadie entendía las palabras. De pronto calló. Y de súbito el viento se levantó rugiendo entre las hierbas. Ged cayó de rodillas y llamó. Luego se echó de bruces como si quisiera abarcar la tierra entre los brazos extendidos, y cuando se levantó tenía algo oscuro entre las manos y los brazos abiertos, algo tan pesado que el esfuerzo lo sacudió mientras trataba de levantarse. El viento caliente gemía entre las hierbas altas de la colina. Si en ese momento brillaban las estrellas, nadie las vio.

Los labios de Ged sisearon y musitaron las palabras y de pronto

gritaron en voz alta y clara:

—¡Elfarran!

Una vez más gritó el nombre:

—¡Elfarran!

Una tercera vez:

—¡Elfarran!

La informe masa de oscuridad que había levantado se desprendió de él, y un pálido huso de luz brilló entre los brazos abiertos, un óvalo borroso que subía del suelo hacia las manos levantadas. En ese óvalo de luz una forma se movió un instante, una forma humana: una mujer alta que miraba hacia atrás por encima del hombro. El rostro era hermoso, y triste, y había miedo en él.

Un instante apenas centelleó allí el espectro. Luego el óvalo lívido se encendió entre los brazos de Ged, creció y se extendió, una fisura en la oscuridad de la tierra y la noche, una herida abierta en la urdimbre del mundo. En ella brillaba una luz incandescente y aterradora. Y por esa brecha informe y luminosa trepaba reptando una cosa semejante a un terrón de sombra negra: rápida y repugnante, se lanzó directamente a la cara de Ged.

Ged retrocedió, tambaleándose bajo el peso de la aparición, y dejó escapar un grito breve y ronco. El pequeño otak, el animal encaramado en el hombro de Algarrobo, que no tenía voz, gritó también y saltó como para atacar.

Ged cayó, luchando y debatiéndose, mientras por encima de él la grieta de luz en la oscuridad del mundo se ensanchaba y alargaba. Los muchachos que observaban la escena huyeron despavoridos y Jaspe se encorvó hasta el suelo para no ver el terrible resplandor de aquella luz . Sólo Algarrobo corrió a ayudar a su amigo, y sólo él vio el terrón de sombra que se prendía a Ged, desgarrándole la carne. Era como una alimaña negra, del tamaño de un niño pequeño, aunque parecía dilatarse y encogerse; y no tenía cabeza ni rostro, sólo las cuatro patas provistas de garras con que arañaba y despedazaba. Algarrobo lloraba de horror, y sin embargo extendió los brazos para tratar de arrancar de Ged aquella cosa. Antes que pudiera tocarla, quedó paralizado, incapaz de todo movimiento.

La intolerable luminosidad empezó a disiparse, y poco a poco los bordes desgarrados del mundo volvieron a unirse. En algún lugar cercano hablaba una voz, tan suave como los murmullos de un árbol o el canturreo de una fuente.

Las estrellas empezaron a brillar otra vez y la luna apareció y blanqueó las hierbas en la ladera de la colina. Restañada la herida de la noche, el equilibrio entre la luz y la oscuridad había sido restaurado. La sombra-bestia se había desvanecido. Ged yacía tendido de espaldas, los brazos abiertos aún en aquel ademán de bienvenida e

invocación. La sangre le ennegrecía la cara y unas manchas negras le cubrían la camisa. El pequeño otak temblaba apretado contra el hombro de Ged. Junto a Ged se alzaba la figura de un hombre viejo con una capa que resplandecía, pálida a la luz de la luna: el Archimago Nemmerle.

El extremo del báculo de Nemmerle, un reflejo plateado, revoloteó sobre el pecho de Ged, rozándole una vez el corazón, una vez los labios, mientras Nemmerle murmuraba. Ged se agitó y los labios se le abrieron como buscando aire. Entonces el Archimago alzó el báculo y posándolo en el suelo se apoyó en él pesadamente con la cabeza gacha, como si no le quedaran fuerzas para mantenerse en pie.

Algarrobo descubrió entonces que podía moverse. Miró alrededor y vio que ya había otros allí, los Maestros de Invocaciones y Transformaciones. Un acto de alta magia no opera sin atraer a hombres como ellos, y en casos de necesidad tienen medios que les permiten acudir con extraordinaria rapidez, aunque ninguno había sido tan rápido como el Archimago. Enviaron a unos aprendices en busca de ayuda, y algunos de ellos regresaron en seguida con el Archimago, y otros, entre ellos Algarrobo, trasladaron a Ged a las cámaras Maestro de Hierbas.

El Invocador permaneció toda esa noche en el collado, alerta y vigilante. Mas todo era quietud y silencio ahí en la ladera, donde la sustancia del mundo había sido desgarrada. Ninguna sombra reptó a la luz de la luna buscando la grieta por la que podía retomar a su propio dominio. Había huido de Nernmerle y de las poderosas murallas de magia que circundaban y protegían la Isla de Roke, pero ahora estaba en el mundo. Escondida, acechaba en algún lugar. Si Ged hubiese muerto esa noche, el espectro hubiese intentado reencontrar la puerta que él había abierto, y seguirlo hasta el reino de las sombras o regresar a quién sabe qué mundo misterioso del que había venido. Por eso el Invocador veló la noche entera en el Collado de Roke. Pero Ged no había muerto.

Lo habían acostado en la cámara de curación, y el Maestro de Hierbas le atendía las heridas de la cara, el cuello y el hombro. Eran heridas profundas, desgarradas, malignas. La sangre negra manaba a borbotones y no restañaba, ni aun con la ayuda de los ensalmos y de las hojas de perriote recubiertas de telaraña que los curadores aplicaban sobre las heridas. Ged yacía ciego y mudo, temblando de fiebre como leña menuda que ardiera a fuego lento, y no había hechizo capaz de aplacar ese fuego.

No lejos de allí, en el patio a cielo abierto donde canturreaba la fuente, yacía el Archimago también inmóvil, y frío, muy frío: sólo en los ojos parecía tener vida, y a la luz de la luna contemplaba las pequeñas cascadas y el leve movimiento de las hojas. Los que estaban

junto a él no lo atendían ni recitaban ensalmos. De vez en cuando hablaban entre ellos en voz baja y luego observaban al Señor. Nemmerle yacía inmóvil: la nariz a aguileña, la frente alta y los cabellos blanqueados por la claridad lunar, tenían todos el color del hueso. El esfuerzo de dominar el sortilegio desbocado y apartar la sombra de Ged había agotado a Nemmerle. Yacía moribundo. Pero la muerte de un gran mago, que ya ha transitado tantas veces por las áridas y escarpadas laderas del reino de la muerte, es una cosa extraña: pues el mago no parte a ciegas, sino con confianza, ya que conoce el camino. Cuando la mirada de Nemmerle se elevó a través de las hojas del árbol, los que estaban con él no supieron si contemplaba las estrellas del estío que desaparecían a la claridad del alba, o esos otros astros que jamás se ocultan sobre las colinas de la noche eterna.

El cuervo de Osskil, que lo acompañara durante treinta años, había desaparecido. Nadie lo había visto partir.

—Ha querido precederlo en el vuelo —dijo el Maestro de las Formas, que velaba junto a los otros.

Llego el día, cálido y luminoso. En la Casa y en las calles de Zuil reinaba el silencio. Ninguna voz se alzo hasta cerca del mediodía cuando las campanas de hierro tocaron a rebato en la Torre del Cantor, tañendo con voces ásperas.

Al día siguiente los Nueve Maestros de Roke se reunieron en algún lugar secreto bajo los árboles umbríos del Bosquecillo Inmanente. Incluso allí levantaron alrededor nueve muros de silencio, para que nadie, persona o otestad, pudiese hablarles 0 escucharlos mientras elegían entre los magos de Terramar al nuevo Archimago. Gensher de Way fue el elegido. Un navío fue enviado en seguida a través del Mar Interior a la Isla de Way para que llevase el Archimago a Roke. El Maestro de Vientos se instaló en la popa, levantó un viento de magia, y la nave partió rápidamente y desapareció.

Nada supo Ged de todos estos acontecimientos. Durante cuatro semanas de aquel estío bochornoso permaneció acostado, ciego, sordo y mudo, aunque a veces gemía y aullaba como un animal. Al fin, a medida que obraban los pacientes cuidados del Maestro de Hierbas, las heridas se le cerraron y la fiebre lo abandonó. Poco a poco parecía oír otra vez, pero continuaba sin poder hablar. En un claro día de otoño el Maestro de Hierbas abrió las persianas del cuarto. Desde la oscuridad de aquella noche en el Collado de Roke, Ged había estado envuelto en tinieblas. Aquella mañana vio la luz del día, el sol radiante. Escondió entre las manos la cara cubierta de cicatrices, y lloró.

Cuando llegó el invierno hablaba todavía con lengua torpe, tartamudeando. El Maestro de Hierbas lo retuvo en las cámaras de curación, tratando de que el cuerpo y la mente de Ged se recobraran

del todo. Había comenzado ya la primavera cuando el Maestro le dejó abandonar la celda, diciéndole que fuera a ver al Archimago Gensher y le prometiera lealtad. Pues Ged no había podido hacerlo junto con los otros de la Escuela cuando Gensher había llegado a Roke.

Durante los largos meses de enfermedad no habían permitido que los aprendices lo visitaran, y ahora viendo a Ged entre ellos algunos se preguntaban: —¿Quién es? — Ged había sido un joven vivaz, ágil, y vigoroso. Ahora, lisiado por el dolor, caminaba con paso vacilante, y escondiendo la cara, cuyo lado izquierdo estaba blanco de cicatrices. Esquivó a los que conocía y a los que no conocía y se encaminó en línea recta al patio de la Fuente. Allí, donde una vez él esperara a Nemmerle, Gensher lo esperaba a él.

Como el antiguo Archimago, Gensher estaba envuelto en una capa blanca; pero como la mayoría de los hombres de Way y del Confín del Levante, Gensher era negro de tez, también los ojos eran negros, bajo las cejas pobladas.

Ged se hincó de rodillas y prometió lealtad y obediencia. Gensher permaneció un momento en silencio.

—Sé lo que has hecho —dijo al fin—, pero no qué eres. No puedo aceptar tu lealtad.

Ged se levantó y se sostuvo apoyando la mano contra el tronco del árbol junto a la fuente. Todavía era muy lento para encontrar las palabras.

—¿He de irme de Roke, mi señor?

—¿Quieres irte de Roke?

—No.

—¿Qué quieres?

—Quedarme. Aprender. Deshacer… el mal…

—No el propio Nemmerle pudo hacerlo. No, yo no te dejaría partir de Roke. Nada te protege salvo los Maestros de aquí y las murallas que defienden esta isla alejan a las criaturas malignas. Si te marcharas ahora, la cosa que dejaste en libertad te encontraría en seguida y entraría en ti, y te dominaría. No serías un hombre sino un gebbet, un títere sometido a la voluntad de esa sombra maléfica que has traído a la luz del sol. Te quedarás aquí hasta que tengas fuerza y sabiduría para defenderte de la sombra… si las tienes alguna vez. En este mismo instante está acechándote. Te espera sin duda. ¿La has vuelto a ver después de aquella noche?

—En sueños, señor. —Y al cabo de un momento, Ged prosiguió, hablando con dolor y verguenza—: Señor Gensher, no sé qué era … esa cosa que nació del hechizo y se lanzó sobre mí …

—Tampoco yo lo sé. No tiene nombre. Hay en ti Un enorme poder, y lo has usado de mal modo, obrando un sortilegio que no eras capas de dominar, sin saber hasta qué punto ese sortilegio afecta el

equilibrio de la luz y las tinieblas, de la vida y la muerte, del bien y el mal. Y lo hiciste movido por el odio y el orgullo. ¿Es de extrañar acaso que las consecuencias hayan sido terribles? Invocaste a un espíritu de entre los muertos, pero con él vino una de las Potestades de la no-vida. Vino, sin ser llamada, de un lugar donde no hay nombres. Maligna, pretende utilizarte para obrar el mal. El poder que usaste para llamarla le da poder sobre u : estás atado a ella. Es la sombra de tu orgullo, la sombra de tu ignorancia, tu propia sombra. ¿Tiene nombre una sombra?

Enfermo y desfigurado, Ged calló. Al fin dijo:

—Ojalá hubiera muerto.

—¿Quién eres tú para decirlo, tú por quien Nemmerle dio la vida? Aquí no tienes nada que temer. Vivirás en Roke y continuarás estudiando. Me dicen que eres inteligente. Ve, pues, y pon manos a la obra. Y hazlo bien. No hay alternativa.

Con estas palabras concluyó Gensher, y desapareció de pronto, como es costumbre entre los magos. El manantial centelleaba a la luz del sol, y Ged lo observó un momento y escuchó, pensando en Nemmerle. Un día, en ese mismo patio, había tenido la impresión de ser una palabra, que la luz del sol había pronunciado. Ahora habían hablado las tinieblas, profiriendo una palabra que ya nada podía borrar.

Salió del patio, y fue a la vieja celda de la Torre del Sur, que permanecía vacía, reservada para él. Y allí se quedó, a solas. Cuando el gong llamó para la cena, fue a sentarse a la Mesa Larga, pero casi no les habló a sus compañeros, ni levantó la cabeza para mirarlos, ni siquiera a aquellos que lo saludaron cordialmente. De modo que al cabo de un día o dos, todos lo dejaron solo. Y eso era lo que él deseaba, pues temía el mal que pudiera hacer o decir por ignorancia.

Ni Algarrobo ni Jaspe estaban en la Escuela, y no preguntó por ellos. Los muchachos sobre los que había sobresalido antes, ahora lo aventajaban, a causa de los meses perdidos, y durante esa primavera y ese verano estudió con muchachos más jóvenes. Y ni siquiera entre ellos se destacaba, pues las palabras de cualquier sortilegio, aun el juego de ilusión mas simple, se le trababan en la lengua, y las manos no se le movían con la destreza de antes.

En el otoño tuvo que ir una vez, más a la Torre solitaria a estudiar con el Maestro de Nombres. Esta tarea, que en un tiempo había temido, lo complacía ahora, porque era el silencio lo que buscaba, y un largo aprendizaje en el que no tuviera que urdir ningún sortilegio, ni practicar el poder que aún sentía en él.

La víspera de su partida para la Torre un visitante entró en el cuarto: vestía una oscura capa de viaje y llevaba una vara de encina con calce de hierro. Al ver el báculo del hechicero, Ged se puso de pie.

—Gavilán…

Al oír esa voz, Ged alzó los ojos: allí frente a él estaba Algarrobo: corpulento y macizo como siempre, la cara negra y tosca un poco envejecida, pero con la misma sonrisa. Llevaba acurrucada en el hombro una bestezuela pequeña, de pelaje moteado y ojos relucientes.

—Se ha quedado conmigo mientras estuviste enfermo, y ahora me apena separarme de él. Y más aún me apena separarme de ti, Gavilán. Pero vuelvo al terruño. ¡A ver, Hoeg! ¡Ve con tu verdadero amo! —Algarrobo acarició al otak y lo depositó en el suelo. El animalito fue a sentarse sobre el jergón de Ged, y se lamió el pelaje con una lengua seca y cobriza que parecía la hoja de una planta. Algarrobo se rió, pero Ged ni siquiera alcanzó a sonreír. Se inclinó para ocultar la cara y acarició al otak.

—Pensé que nunca más vendrías a verme, Algarrobo —dijo.

No era un reproche, pero Algarrobo respondió:

—No pude. El Maestro de Hierbas me lo prohibió; y desde que llegó el invierno he estado con el Maestro en el Bosquecillo, recluido yo también. No me dejaron salir del bosque hasta que obtuve mi vara. Escucha Ged: cuando tú también estés libre, ve al Confín del Levante. Te esperaré. Allí, en las aldeas pequeñas hay alegría y los hechiceros son muy bien recibidos por los pobladores.

—Libre… —murmuró Ged, y se encogió ligeramente de hombros, tratando de sonreír.

Algarrobo lo miró, no exactamente como solía mirarlo antes, no con menos amor, pero tal vez con algo más de hechicería. Le dijo con dulzura:

—No pensarás quedarte encerrado para siempre en Roke.

—Bueno… He pensado… tal vez podría ir a trabajar con el Maestro de la Torre, llegar a ser uno de los que buscan en los libros y en las estrellas los nom res perdidos, y así… así no hacer más daño, aunque tampoco mucho bien…

—Puede ser —dijo Algarrobo—. No soy vidente, pero lo que veo en ti no son celdas y libros sino mares remotos, el fuego de los dragones, y las torres de las ciudades, y todas las cosas que ve un halcón cuando vuela muy alto y muy lejos.

—Y detrás de mí… ¿qué ves detrás de mí? —preguntó, Ged, y se levantó mientras hablaba, y la luz fatua que brillaba en lo alto entre los dos amigos proyectó la sombra de Ged en la pared y en el suelo. Ged volvió la cara y dijo, tartamudeando:

—Pero cuéntame a dónde irás, qué harás.

—Iré a casa, a ver a mis hermanos y a la hermana de que te he hablado. Era una niñita cuando la dejé, y pronto tendrá Nombre… ¡Me parece tan extraño, cuando lo pienso! Así que me buscaré un trabajo de hechicero en alguna parte, en las islas pequeñas. Olí, me

gustaría mucho quedarme y hablar contigo, pero no puedo, mi nave zarpa esta misma noche y ha cambiado la marea. Gavilán, si alguna vez tu camino te lleva al Este, ve a verme. Y si algún día necesitas de mí, llámame, llámame por mi nombre: Estarriol.

Al oírlo Ged alzó la cara cubierta de cicatrices, y encontró la mirada de Algarrobo.

—Estarriol —dijo—, mi nombre es Ged.

Entonces, tranquilos los dos, se despidieron, y Algarrobo dio media vuelta y se alejó por el corredor. de piedra, y se marchó de Roke.

Ged se quedó un momento de pie, inmóvil, como alguien que ha recibido una gran noticia y tarda tiempo en darse cuenta. Era un gran regalo el que Algarrobo acababa de hacerle, al revelarle su verdadero nombre.

Nadie conoce el verdadero nombre de alguien excepto él mismo y quien le dio ese nombre. Puede, si con el tiempo quiere hacerlo, revelárselo a un hermano, o a su mujer, o a un amigo, y ni aun estos pocos podrán decirlo en presencia de un tercero. En esas ocasiones lo llamarán como los otros por el nombre común, o un sobrenombre, como por ejemplo Gavilán o Algarrobo, y Ogión, que significaba «piña». Si los hombres ordinarios ocultan su verdadero nombre a todo el mundo, excepto a unos pocos a quienes aman y en quienes confían, con mucha más razón tienen que hacerlo los magos y hechiceros, por ser mas peligrosos y estar a la vez más expuestos al peligro. El que conoce el nombre de una criatura, tiene en sus manos la vida de esa criatura. Y a Ged, que había perdido la fe en sí mismo, Algarrobo le había regalado algo que sólo un amigo puede dar, una prueba de una confianza completa e inquebrantable.

Ged se sentó en el jergón y dejó que el globo de luz se extinguiera, exhalando una vaharada de gas de los pantanos. Acarició al otak, que se desperezó voluptuosamente y se le durmió sobre la rodilla como si nunca hubiese dormido en ninguna otra parte. La Casa estaba en silencio. Ged recordó de pronto que al día siguiente cumplía cuatro años de Mayoridad. Tanto tiempo había pasado desde que Ogión le diera un nombre. Recordó el frío en las aguas del torrente de la montaña que había cruzado desnudo y sin nombre. Y evocó otros remansos límpidos del río Ar, donde había nadado con frecuencia; y la aldea de Diez Alisos al pie de los inmensos y escarpados bosques de la montaña; y las sombras matutinas en la polvorienta callejuela de la aldea, las llamas que saltaban atizadas por los fuelles en la fragua del forjador en una tarde de invierno, la oscura y fragante choza de la bruja donde el aire denso estaba cargado de humo y encantamiento entrelazados. Hacía largo tiempo que no recordaba esas cosas. Y ahora volvía a recordarlas, en esa noche en que cumplía diecisiete años.

Todos los años de la breve y ahora rota existencia aparecían allí, al alcance de su memoria, y formaban otra vez un todo. Una vez más sabía, al fin, después de esa larga tregua de amargura, de tiempo perdido, quién era él y dónde estaba.

Pero hacia dónde tendría que ir en los años próximos, eso no podía verlo; y temía verlo.

A la mañana siguiente se puso en camino, llevando otra vez al otak en un hombro. Esta vez tardó tres días, no dos, en llegar a la Torre Solitaria, y cuando al fin la divisó, dominando los mares sibilantes y encrespados del cabo septentrional, estaba cansado hasta los huesos. Dentro de la Torre había la misma oscuridad, el mismo frío de aquella otra vez, y Kurremkarmerruk, sentado en el alto taburete, inscribía las listas de nombres. Le echó una mirada y sin darle la bienvenida, como si nunca hubiese estado ausente, le dijo:

—Ve a acostarte; el hombre cansado es estúpido. Mañana abrirás el Libro de los Hacedores, y aprenderás los nombres.

Al final del invierno volvió a la Casa. Fue nombrado hechicero, y esta vez el Archimago Gensher aceptó la promesa de lealtad. A partir de entonces pudo (o dejar atrás las artes de la ilusión para consagrarse a la magia verdadera, a las artes y encantamientos superiores, aprendiendo lo que necesitaba saber para merecer la vara de mago. Los tartamudeos con que pronunciaba los encantamientos se desvanecieron al cabo de unos meses, y movía las manos con la vieja destreza; pero ya nunca aprendió con la rapidez de antes; el miedo le había dado una inolvidable y dura lección. No hubo sin embargo presagios ni signos nefastos que se manifestaran, cuando obraba los grandes sortilegios, aun los de Creación y Forma, que son los más peligrosos. Se preguntaba a veces, si la sombra que había liberado no se habría debilitado con el paso de los días, o no habría escapado del mundo, puesto que ya no se le aparecía en sueños. Pero sabía dentro de él que eso era sólo una insensata esperanza.

De los Maestros y de los libros antiguos Ged aprendió lo poco que podía saber de la sombra que el mismo había liberado. Ninguna criatura semejante aparecía descrita o mencionada directamente. Había a lo sumo vagas alusiones, aquí y allá en los viejos volúmenes, a cosas que podían parecerse a la sombra-bestia. No era el espectro de un ser humano, ni una criatura de las Antiguas Potestades terrestres, aunque parecía tener algún vínculo con ellas. En el tomo intitulado De los Dragones, que Ged leyó muy atentamente, se narraba la historia de un Señor de Dragones que había caído bajo el dominio de una Antigua Potestad, una piedra parlante que moraba en una lejana comarca del norte. A una orden de la Piedra decía el libro, habló para despertar a un espectro del reino de la muerte; pero la piedra trastocó la intención del sortilegio, y junto con el espectro acudió una cosa no invocada,

que devoró al Señor por dentro y lo obligó a ir por el mundo destruyendo a los hombres. Pero el libro no decía qué cosa era ésa, ni contaba el final de la historia. Y los maestros no sabían de dónde podían venir esas sombras malignas de la no-vida, había dicho el Archimago; del mal del mundo, dijo el Maestro de Transformaciones, y el Maestro de Invocaciones le dijo: —No lo sé. —El Maestro de Invocaciones había ido a menudo a sentarse a la cabecera de Ged. Era tan sombrío y grave como siempre, pero ahora Ged lo conocía, y lo quería de verdad.

—No lo sé. De esa cosa sólo sé que quizá vino traída por un poder inmenso, y que acaso un solo poder una sola voz, tu voz, pudo llamarla. Pero lo que eso significa, no lo sé. Algún día lo descubrirás. Tendrás que enfrentarte a la muerte, o a algo peor que la muerte. —Hablaba en voz baja y observaba a Ged con una mirada sombría—. Tú pensabas, de niño, que es mago aquel que puede hacer cualquier cosa. Eso pensé yo, alguna vez. Y todos nosotros. Y la verdad es que a medida que un hombre adquiere más poder y sabiduría, se le estrecha el camino, hasta que al fin no elige, y hace pura y simplemente lo que tiene que hacer…

Cuando Ged cumplió dieciocho años, el Archimago lo envió a trabajar con el Maestro de las Formas. De lo que se aprende en el Bosquecillo Inmanente, poco y nada se habla fuera de él. Se dice que allí no se obran encantamientos, y sin embargo el lugar mismo es un encantamiento. A veces los árboles del Bosquecillo son visibles y otras invisibles, y no siempre están en el mismo lugar o región de la Isla de Roke. Dícese que los árboles mismos son sabios. Y que el Maestro. de las Formas aprende allí la magia suprema, dentro del Bosquecillo, y que si alguna vez los árboles llegaran a morir, con ellos se moriría también la sabiduría del lugar, y que entonces las aguas crecerían y anegarían las islas de Terramar que Segoy había sacado de los abismos en tiempos inmemoriales, y asimismo todas las tierras en que habitan los hombres y los dragones.

Pero ésas son voces que corren; los magos nunca dicen nada.

Pasaron los meses y al fin, en un día de primavera, Ged volvió a la Casa; no sabía qué le pedirían ahora. junto a la puerta, donde empieza el sendero que cruza los campos y lleva al Collado de Roke, lo esperaba un hombre anciano, de pie en el umbral. En el primer momento Ged no lo reconoció, pero luego recordó quién era: el hombre que le había permitido entrar en la Casa, el primer día, cinco años atrás .

El viejo le sonrió, lo saludó llamándolo por el nombre verdadero y le pregunto:

—¿Sabes quién soy?

Ahora bien, Ged ya había pensado más de una vez por qué, si

siempre se hablaba de los Nueve Maestros de Roke, él sólo conocía ocho: el de Vientos y Nubes, el Malabar, el de Hierbas, el de Cantos, el de Transformaciones, el de Invocaciones, el de Nombres y el de Formas. Tenía la impresión de que cuando la gente hablaba del Archimago se refería al noveno. Sin embargo, cuando eligieron al nuevo Archimago, se habían reunido nueve Maestros.

—Creo que eres el Maestro Portero —dijo Ged.

—Así es, Ged. Y así como entraste en Roke diciendo tu nombre, ahora puedes ganar tu libertad diciendo el mío.

Así le habló el viejo, sonriendo, y esperó. Ged lo miró, inmóvil, perplejo.

Conocía mil maneras y ardides y medios para descubrir los nombres de las cosas y de los seres humanos: una habilidad que era parte de cuanto había aprendido en Roke, pues no es posible sin ella ninguna magia útil. Pero descubrir el nombre de un Mago y Maestro era otra cuestión. El nombre de un Mago está más escondido que un arenque en el mar, mejor custodiado que la guarida de un dragón.

Un encantamiento escudriñador será enfrentado por otro más poderoso; las artimañas sutiles fracasarán, las preguntas capciosas tendrán respuestas capciosas, y la fuerza se volverá ruinosamente contra sí misma.

—Estrecha es la puerta que guardas, Maestro —dijo Ged al fin—. Creo que me sentaré por aquí, en los prados, y ayunaré hasta que adelgace y pueda escurrirme dentro.

—Todo el tiempo que quieras —dijo el Portero, y sonrió.

Ged fue a sentarse entonces a la sombra de un aliso, a la orilla del Arroyo Zuil, dejando que el otak bajara a jugar a las aguas y correteara por la fangosa ribera cazando cangrejos. El sol se ponía, tardío y brillante, porque ya la primavera avanzaba hacia el verano. En las ventanas de la Casa centelleaban las linternas y las luces fatuas, y las calles del poblado de Zuil eran allá abajo un pozo de sombra. Los búhos ululaban en los tejados y los murciélagos revoloteaban sobre el riacho en la brisa crepuscular, y Ged seguía aún sentado, pensando de qué manera, si por la fuerza, la astucia o la hechicería, llegaría a averiguar el nombre del Portero. Cuanto más pensaba menos veía, entre todas las artes de hechicería que aprendiera en esos cinco años en Roke, algo que pudiese servirle para arrancar semejante secreto a semejante mago.

Se tendió sobre la hierba y durmió bajo las estrellas, con el otak en el bolsillo. Cuando salió el sol se levantó y todavía en ayunas fue a la Casa y golpeó la puerta. El Portero le abrió.

—Maestro —dijo Ged—, no soy tan vigoroso como para arrancarte el nombre por la fuerza, ni tan sabio como para sacártelo por la astucia. Me contento, pues, con quedarme aquí y aprender a

servir, lo que tú prefieras: a menos que consintieras por ventura en responder a una pregunta mía.

—Hazla.

—¿Qué nombre tienes?

El Portero sonrió y le dijo el nombre; y Ged, mientras lo repetía, entró en la Casa por última vez.

Cuando salió vestía una pesada capa de viaje azul noche, un presente de la comunidad de Baja Torninga, que era el lugar al que había sido destinado, pues la población necesitaba un hechicero. Llevaba también un báculo alto como él; de madera de tejo y calza de bronce. El Portero lo despidió cuando le abrió la puerta de la Casa, la puerta de cuerno y de marfil, y Ged echó a caminar por las calles de Zull hacia el navío que lo esperaba en las luminosas aguas matinales.

El dragón de Pendor

Al oeste de Roke, entre las dos grandes tierras de Hosk y Ensmer, se agrupan las Noventa Islas. La más cercana a Roke es Serd, y la más distante, Seppish, que está casi en el Mar Pelniano; y si suman en verdad noventa, es una cuestión que nunca ha llegado a dilucidarse, pues contando sólo las islas en que hay manantiales y ríos de agua dulce, se podrían nombrar setenta, en tanto que si se considera cada peñasco, cada roca, se llegaría a cien sin haber acabado el recuento; y la marea cambia, además. En los canales estrechos que hay entre las islas, las débiles mareas del Mar Interior, frustradas e irritadas, suben muy alto y caen muy bajo, y donde con la marea alta pueden verse tres islas, con la marea baja se verá quizá sólo una. No obstante, a pesar del peligro de las mareas, los niños que saben caminar, saben también remar, y todos tienen su pequeño bote de remos; las mujeres cruzan el canal para tomar una taza de té de juncovivo con la vecina; los buhoneros pregonan sus mercancías al ritmo de los golpes de remo. Todos los caminos y senderos son allí de agua salada, bloqueados sólo por las redes estrechas de casa a casa para atrapar unos pececillos llamados turbiñas, cuyo aceite constituye la riqueza de las Noventa Islas. Hay pocos puentes y ningún poblado grande. Cada islote es un tupido bosque de granjas y viviendas de pescadores, parte de una comunidad de diez o veinte islotes. Una de esas comunidades era la de Baja Torninga, la más occidental, pues no mira al Interior sino al océano desierto, ese solitario rincón del Archipiélago donde sólo asoma Pendor, la isla estragada por los dragones, y más allá, las desoladas aguas del Confin del Poniente.

Una casa esperaba allí al nuevo hechicero de la comuna. Se alzaba sobre una colina rodeada de verdes campos de cebada, y protegida el viento del oeste por un bosquecillo de píndicos, en esos días cubierto de flores rojas. Desde la puerta se veían otros tejados de paja y bosquecillos y jardines, y otras islas con tejados y campos y colinas, y entre unas y otras los incontables, laberínticos y refulgentes brazos de mar. Era una casa pobre, sin ventanas, con un suelo de tierra apisonada, pero mejor sin embargo que aquella en que Ged había nacido. Los isleños de Baja Torninga, de pie y sobrecogidos ante el hechicero de Roke, le pidieron perdón por la humildad de la vivienda.

—No tenemos piedras para edificar —dijo uno.

—No somos ricos, aunque no pasarnos hambre —dijo otro.

Y un tercero:

—Al menos será seca, porque yo mismo he puesto la paja del tejado, Señor.

Para Ged era tan buena como cualquier palacio. Agradeció con sinceridad a los delegados de la comuna, y los dieciocho partieron, cada uno a su isla, en barcas de remos a anunciar a los pescadores y las mujeres que el nuevo hechicero era un hombre joven de rostro extraño y sombrío, que hablaba poco pero bien, y sin orgullo.

No había quizá muchos motivos de orgullo para Ged en este primer magisterio. Los hechiceros instruidos en Roke iban por lo común a ciudades o castillos, donde servían a grandes señores que los tenían en muy alta estima. Esos pescadores de Baja Torninga no habrían tenido entre ellos, en tiempos normales, más que una bruja o un brujo de aldea para encontrar las redes de pesca y cantar ensalmos sobre las barcas y curar a bestias y hombres. Pero en los últimos años el viejo dragón de Pendor había tenido cría: nueve dragones, decían, se cobijaban ahora en las ruinosas torres de los Señores del Mar de Pendor, y arrastrando las panzas escamosas iban y venían por las escaleras de mármol y los portales en ruinas. Como en esa isla muerta no había alimentos, llegaría un año en el que ya más fuertes, y acosados por el hambre, los nueve dragones saldrían a volar. Ya se había visto un vuelo de cuatro sobre las costas suroccidentales de Hosk, no echando fuego sino espiando los rediles, graneros y aldeas. El hambre de un dragón tarda en despertar, pero luego es difícil saciarla. Asi pues, los Isleños de Baja Torninga habían ido a Roke a suplicar que les enviasen un hechicero, para protegerlos de las amenazas que ya asomaban en el horizonte occidental, y el Archimago había considerado que estos temores estaban bien fundados.

—No estarás muy cómodo allí —le había dicho a Ged el Archimago el día en que lo nombraron hechicero—, ni conquistarás fama ni riquezas, pero quizá tampoco corras ningún riesgo. ¿Quieres ir?

—Iré —había respondido Ged, y no sólo por obediencia. Desde la noche en el Collado de Roke, desdeñaba la gloria y la fama que tanto había ambicionado en otro tiempo. Ahora ya no confiaba en sus propias fuerzas y temía poner a prueba su poder. No obstante, la historia de los dragones lo había intrigado. En Gont no se veía un dragón desde hacía cientos de años, y ningún dragón se atrevía a volar jamás al alcance del olfato, la vista o los sortilegios de Roke, de modo que también allí sólo se los conocía por canciones y cuentos; se hablaba de ellos, pero nadie los había visto. Ged había aprendido en la Escuela todo lo que podía saberse de dragones, pero una cosa es leer sobre ellos y otra tenerlos delante. La oportunidad que se le presentaba era magnífica, y respondió con vehemencia: —Iré.

El Archimago Gensher había movido la cabeza asintiendo pero lo miró con una expresión sombría.

—Dime una cosa —le había preguntado al fin—, ¿temes

marcharte de Roke, o estás ansioso por irte?

—Las dos cosas, mi señor.

Una vez más Gensher asintió.

—No sé si hago bien en sacarte de la seguridad que tienes aquí —dijo voz muy baja—. No alcanzo a ver tu camino. Está todo en tinieblas. Y hay una fuerza en el norte, algo que quiere destruirte, pero qué es y dónde está, si en el pasado o en tu camino futuro, no puedo decirlo: está todo en sombras. Cuando los hombres de Baja Torninga vinieron a verme pensé en seguida en ti, porque parecía un lugar seguro y apartado. Pero no hay para ti lugares seguros, ni hacia dónde va tu camino. Y no qiero enviarte a la oscuridad…

Le pareció al principio un lugar agradable y luminoso, la casa bajo los árboles en flor. Allí vivió escudriñando con frecuencia el cielo del oeste, y el oído de hechicero atento al crujido de unas alas escamosas. Mas no aparecía ningún dragón. Ged pescaba desde la escollera y cuidaba del jardín. Se pasaba días enteros meditando sobre una página, una línea, una palabra de los Libros del Saber que había traído de Roke, sentado bajo los árboles en flor y respirando el aire del estío, mientras el otak dormía junto a él o iba a cazar ratones en los bosquecillos de hierbas y margaritas. Y ayudaba a la gente de Baja Torninga como curalotodo o hechicero de vientos y nubes, cada vez que se lo pedían. Nunca se ocurrió pensar que un hechicero consumado pudiera avergonzarse de practicar esas artes tan simples, puesto que en su propia aldea había sido un brujo-niño entre gentes aun mas pobres. De todos modos, poco le pedían los aldeanos, ya que no se atrevían a hablarle, en parte porque era un hechicero de la Isla de Roke, y en parte porque no hablaba nunca y tenía la cara cubierta de cicatrices. Aunque Ged era joven, estas cosas inquietaban a los isleños.

A pesar de todo encontró un amigo, un carpintero de ribera que habitaba en la isla vecina, la del este. Se llamaba Pechvarry. Se habían conocido un día en que Ged se detuvo en el espigón a observar cómo montaba el mástil de un pequeño balandro. El hombre había levantado la cabeza para mirar al hechicero y le había dicho, sonriendo:

—He aquí un mes de trabajo casi terminado. Tú hubieras podido hacerlo en un minuto, ¡con una palabra, ¿eh, Señor?

—Hubiera podido —respondió Ged— pero se habría hundido al cabo de un minuto, a menos que repitiera el sortilegio una y otra vez. Sin embargo, si quieres… —Se interrumpió.

—¿Sí, Señor?

—Bueno, es una hermosa embarcación. No le falta nada. Pero si tú quieres, podría echarle un sortilegio de atadura, que la conservaría siempre sólida; o un sortilegio de encuentro, para que vuelva siempre

del mar.

Hablaba con timidez, pues no quería ofender al artesano, pero el semblante de Pechvarry se iluminó.

—La barca es para mi hijo, Señor, y si le echaras esos sortilegios, sería de tu parte una enorme bondad y el don de un amigo. —Y saltó a la escollera para estrechar la mano a Ged y allí mismo darle las gracias.

Después de eso trabajaron juntos a menudo. Cuando Pechvarry construía o reparaba embarcaciones, Ged urdía sortilegios en la obra del carpintero, y mientras tanto aprendía cómo se construía una barca, y cómo se la gobernaba sin recursos mágicos, pues el arte simple de la navegación a vela poco o nada se practicaba en Roke. Ged, Pechvarry y su hijito loet salían con frecuencia a navegar a remo o a vela por los canales y lagunas, a bordo de una u otra embarcación. Y Ged terminó por convertirse en un buen marinero, y la amistad entre él y Pechvarry quedó sellada para siempre.

Hacia el final del otoño el hijo del carpintero cayó enfermo. La madre mandó llamar a la bruja de la Isla Tesk, que tenía fama de buena curandera, y durante un día o dos pareció andar bien. Pero una noche en medio de una violenta tempestad, Pechvarry fue a golpear la puerta de Ged, suplicándole que salvara a su hijo. Ged corrió con él a la barca y remaron de prisa a través de la lluvia y la oscuridad hasta. la casa del. carpintero. Al entrar, Ged vio al niño echado en un jergón, y a la madre acuclillada junto a él, en silencio, y a la bruja alimentando una humareda de raíz de corlio y entonando el Canto Nagio, pues no conocía remedio mejor. Pero le cuchicheo a Ged:

—Señor Hechicero, creo que esta fiebre es la peste roja, y que el niño morirá esta noche.

Cuando Ged se arrodilló y tocó al pequeño, pensó lo mismo, y se apartó un momento. Durante los últimos meses de la larga enfermedad de Ged, el Maestro de Hierbas le había enseñado buena parte del saber curalotodo, y la primera y última lección de ese saber era ésta: Restaña la herida y cura la enfermedad, pero deja que el espíritu moribundo se vaya, si quiere irse.

La madre advirtió el paso atrás de Ged, comprendió lo que esto significaba y se echó a llorar a gritos. Pechvarry se inclinó junto a ella y le dijo:

—El Señor Gavilán lo salvará, mujer. ¡No hay por qué llorar! Él está aquí ahora. Él puede hacerlo.

Oyendo los gemidos de la madre, y viendo la confianza que Pechvarry tenía en él, Ged pensó que no podía decepcionarlos. Desconfiaba de su propio juicio, y se le ocurrió que si conseguía bajarle la fiebre, quizá el niño se salvaría.

—Haré cuanto pueda, Pechvarry —dijo.

Empezó a bañar al niño con agua fría de lluvia y a recitar un sortilegio contra la fiebre. Pero el hechizo no obraba, no cristalizaba, y Ged pensó de pronto que el niño se le estaba muriendo en los brazos.

Uniendo entonces todos sus propios poderes en una sola fuerza y sin pensar un instante en sí mismo, se lanzó en busca del espíritu del niño, para traerlo de vuelta. Gritó el nombre del niño: —¡Ioet! —Le pareció que oía interiormente una débil respuesta e insistió, llamándolo una vez más. Y entonces vio al pequeño que corría a lo lejos, bajando rápidamente por una pendiente oscura, la ladera de una enorme montaña. No se oía ningún ruido. Las estrellas que brillaban sobre aquel monte eran estrellas que Ged no había visto nunca. Sin embargo conocía el nombre de las constelaciones: la Gavilla, la Puerta, el Tomo, el Árbol. Eran las estrellas que jamás se ocultan, las que no palidecen en ninguna aurora. Había seguido al niño moribundo demasiado lejos.

Lo supo y supo que estaba solo en el tenebroso flanco de la montaña. Era difícil, muy difícil desandar el camino.

Se volvió lentamente. Lentamente adelantó un pie para escalar la montaña, un pie y luego otro. Avanzó paso a paso, cada paso un esfuerzo. Y cada paso más penoso que el anterior.

Las estrellas estaban quietas. Ni un solo hálito de brisa soplaba en la ladera yerma y escarpada. En todo el vasto reino de las sombras, sólo él se movía, trepando lentamente. Llegó a la cima de la montaña y vio allí el bajo muro de piedras. Pero del otro lado del muro, enfrentándolo, había una sombra.

La sombra no tenía forma, ni de hombre, ni de bestia. Apenas visible, le murmuraba algo, pero sin palabras, y reptaba hacia él. Y estaban frente a frente, ella del lado de los vivos y él del lado de los muertos.

Tenía que bajar de la montaña hacia las comarcas desiertas y las ciudades oscuras de los muertos, o cruzar al otro lado del muro, de vuelta a la vida, donde lo esperaba aquella cosa maléfica e informe.

Alzó entonces la vara que llevaba en la mano. Y la fuerza volvió a él. Mas cuando se disponía a saltar el bajo muro de p piedra, justo enfrente de la sombra, la vara se encendió de repente y una luz blanca y enceguedora apartó las tinieblas. Ged saltó, se sintió caer, y no vio nada más.

Y he aquí lo que vieron Pechvarry y su mujer y la bruja: el joven hechicero se había quedado inmóvil en medio del sortilegio, e inmóvil sostenía al niño en brazos. Luego, con suavidad, había depositado al pequeño Ioet en el jergón, y se había incorporado en silencio, esgrimiendo la vara. De pronto, había levantado la vara, que se había encendido con una luz blanquísima, como si Ged empuñase un relámpago, y todo lo que había en la cabaña centelleó al resplandor de

ese fuego repentino. Y cuando se recobraron del momentáneo deslumbramiento, vieron al joven hechicero caído de bruces y acurrucado en el suelo de tierra, al lado del jergón donde yacía el cuerpo muerto del niño.

Pechvarry pensó que también el hechicero estaba muerto. La mujer de Pechvarry lloraba y él estaba perplejo, y no sabía qué hacer. Mas la bruja, que tenía de oídas algún conocimiento de lo que es la magia, y de los caminos que puede transitar un verdadero mago, se ocupó de que Ged, aunque frío y examine, no fuese tratado como un muerto sino como un hombre enfermo o en trance. Lo llevaron a su cabaña y le pidieron a una anciana que se quedase con él y observase si dormía para despertar o para siempre. El pequeño otak se había escondido en las vigas, como cada vez que entraban desconocidos. Allí estuvo un tiempo, mientras la lluvia tamborileaba contra las paredes y el fuego se extinguía. Por último, la mujer se puso a cabecear junto al fogón. Sólo entonces bajó el otak de su escondite y fue hasta el lecho donde yacía Ged, rígido e inmóvil. Empezó a lamerle las manos y las muñecas, con su lengua seca y cobriza, larga y pacientemente. Luego, echado junto a él, le lamió la mejilla estropeada, los ojos cerrados. Y poco a poco, bajo esa caricia suave, Ged despertó. Despertó sin saber de dónde había venido, ni dónde esta a ni qué era esa tenue luminosidad grisácea que lo envolvía: la luz de un nuevo amanecer del mundo. Entonces el otak se acurrucó como siempre contra el hombro de Ged y se quedó dormido.

Con el tiempo, cada vez que Ged evocaba aquella noche, sabía que si nadie lo hubiese tocado mientras así yacía, con el espíritu ausente, si nadie lo hubiese llamado de una u otra manera, nunca hubiera podido volver. Había sido sólo la muda sabiduría instintiva de la bestia, que lame a un compañero herido para reconfortarlo; y sin embargo Ged creía descubrir en esa sabiduría algo semejante a su propio poder, al de raíces tan profundas como la hechicería misma. supo a partir de entonces que el hombre sabio es aquel que jamás se aparta de las otras criaturas, tengan o no el don de la palabra, y con el correr de los años se esforzó por aprender todo lo que es posible aprender, en silencio, de la mirada de las bestias, del vuelo de los pájaros, de los lentos y majestuosos movimientos de los árboles.

Había regresado ileso, y por primera vez, de esa travesía que sólo un hechicero puede hacer con los ojos abiertos, y que ni el más grande de los magos puede emprender sin peligro. Pero al llegar había encontrado dolor y temor. El dolor era por su amigo Pechivarry, el temor por él mismo. Ahora sabía por qué el Archimago se había resistido a dejarlo partir y qué le había ensombrecido y oscurecido la visión cuando trataba de predecir el futuro. Porque era la oscuridad misma lo que lo había esperado allá, criatura innominada, el ser que

no pertenecía a es mundo, la sombra que él había liberado o creado, junto al muro fronterizo, entre la muerte y la vida había estado esperándolo todos estos años. Y al fin lo había encontrado. Ahora lo seguiría siempre, trataría de acercarse a él una y otra vez para quitarle fuerza, consumirle la vida, y vestirse con su carne.

Poco tiempo después volvió a verla en sueños como un oso sin cara ni cabeza. Rondaba alrededor de la casa, le pareció, tanteando a ciegas las paredes. No había vuelto a tener esos sueños desde los días en que había estado al cuidado del Maestro de Hierbas, curándose de las heridas de la sombra. Cuando despertó, débil y tiritando de frío, sintió dolor en las cicatrices de la cara y el hombro.

Comenzó una mala época. Ahora, cada vez que soñaba con la sombra o simplemente pensaba en ella, el horror era siempre el mismo: la cordura y el poder lo abandonaban, y se sentía estúpido e indefenso. Se maldecía a sí mismo, pero no le servía de nada. Pensó en buscar alguna protección, y no la había: la criatura no era de carne y hueso, ni tampoco un espíritu; era una cosa innominada, y no tenía otra existencia que la que él mismo le había dado; un poder terrible que escapa a las leyes del mundo el sol. Todo cuanto salía de ella era que una fuerza la atraía hacia él, y que trataría de manifestarse a través de él, puesto que él la había creado. Pero en qué forma podía aparecer, ya que no tema aún forma propia, y cómo llegaría y cúando, eso Ged no lo sabía.

Levantó alrededor de la casa y la isla tantas barreras mágicas como pudo, pero esas murallas de hechizos tienen que ser renovadas constantemente, y pronto comprendió que si se dedicaba a ellos por entero, nunca podría ayudar a los aldeanos. ¿Qué haría, cercado entre dos enemigos, si un dragón venía de Pendor?

Volvió a soñar, pero esta vez la sombra estaba en el suelo dentro de la cabaña, junto a la puerta, y reptaba hacia él en la penumbra, y susurraba palabras que él no entendía. Despertó aterrorizado e hizo que la luz fatua se desplazara por el cuarto, iluminando todos los rincones hasta cerciorarse de que no había allí ninguna sombra. Puso entonces algunos leños sobre las ascuas, y sentado a la luz de las llamas meditó largamente, escuchando el viento del otoño que tamborileaba en el techado de paja y gemía entre los grandes árboles desnudos. Una cólera antigua había despertado en su corazón. No podía soportar esa desesperada espera, atrapado en una pequeña isla y musitando sortilegios inútiles de resguardo y protección. Pero tampoco podía irse y escapar de la trampa: hacerlo sería traicionar la confianza de los isleños y abandonarlos indefensos a la inminente amenaza del dragón. La alternativa era obvia.

A la mañana siguiente bajó al amarradero de Baja Torninga, buscó entre los pescadores al jefe isleño, y le dijo:

—He de marcharme. Estoy en peligro y vosotros conmigo. Es preciso que me aleje. Solicito, pues, que me permitas ir ahora y acabar con los dragones de Pendor, de ese modo podré marcharme, cumplida ya a tarea que me habéis confiado. Si fracaso, también habría fracasado enfrentándolos aquí; y si ése ha de ser el desenlace, más vale conocerlo ahora que después.

El isleño lo miró, boquiabierto.

—Señor Gavilán —dijo—, ¡son nueve los dragones!

—Ocho de ellos todavía jóvenes, dicen.

—Pero el viejo…

—Te lo aseguro, es menester que me aleje. Mas primero, con vuestra licencia, iré a liberaros del peligro de los dragones, si puedo hacerlo.

—Como tú quieras, Señor —dijo el hombre, apesadumbrado, y todos los que escuchaban hablaron de la locura o temeridad del joven hechicero, y lo vieron partir con tristeza persuadidos de que nunca más volverían a saber de él. Algunos insinuaban que sólo se proponía regresar por la costa de Hosk al Mar Interior, dejándolos en la estacada; otros, Pechvarry entre ellos, sostenían que se había vuelto loco y que iba en busca de la muerte.

A lo largo de cuatro generaciones todos los navíos habían evitado acercarse a las costas de la Isla de Pendor. Ningún mago había ido allí a combatir contra el dragón, porque ninguna ruta marítima pasaba por la isla, y los antiguos Señores de Pendor, que habían sido piratas, traficantes de esclavos y guerreros odiados por todos los pueblos suroccidentales de Terrarnar. Por esta razón, nadie había ido al Señor de Pendor después de que el dragón, del oeste, cayera de improviso sobre él y sus hombres mientras estaban de festín en la torre, y los asara con el fuego de sus fauces y persiguiera a los aldeanos hasta que todos se arrojaron dando alaridos a las aguas del mar. Jamás reivindicada, la Isla de Pendor había quedado en poder del dragón, que ahora guardaba las osamentas y las torres, y las joyas robadas a los príncipes de las costas de Pa1n y Hosk, muertos hacía siglos.

Toda esta historia la conocía Ged, y sabía más aún, pues desde el día en que llegara a Baja Torninga no había dejado de pensar en todo lo que había aprendido acerca de dragones. Y mientras guiaba la pequeña embarcación hacia el oeste —no a remo ni utilizando los conocimientos de marinería que le enseñara Pechvarry, sino navegando como hechicero con el viento de magia en el velamen y un sortilegio en la proa y en la quilla para no perder el rumbo— oteaba el horizonte esperando a que la Isla asomara sobre las aguas del mar. Ganar tiempo era lo que necesitaba, y por eso recurría al viento de la magia, pues más temía lo que había dejado atrás que lo que esperaba adelante. Pero a medida que pasaban las horas, la impaciencia y el

miedo se le trasformaron en una especie de furia satisfecha. Al menos corría hacia este peligro por propia voluntad, y cuanto mas se acercaba más tenía la certeza de que esta vez, aunque acaso sólo en ese tiempo que precede a la muerte, era un hombre libre. La sombra no se atrevería a seguirlo al interior de las de un dragón. Las olas se encrespaban con espumas blancas sobre las aguas grises, y el viento norte retorcía las nubes bajas y sombrías. Impulsado por el viento mágico, siguió adelante, y al fin avistó las rocas de Pendor, las calles muertas y las torres derruidas consumidas por el fuego.

A la entrada del puerto, una bahía curva y no muy profunda, Ged aplacó el viento mágico y dejó que la barca se meciera en las olas. Y desafió al dragón:

—¡Usurpador de Pendor, sal a defender tu tesoro!

La voz de Ged se perdió en el estrépito de las rompientes que se estrellaban sobre las playas cenicientas; pero los dragones tienen el oído fino. Ya uno salía aleteando de las ruinas sin techo de la ciudad, como un enorme murciélago negro, las alas delgadas y el lomo erizado de espinas, elevándose en círculos en el viento del norte, y volaba hacia Ged . A la vista de esa criatura que era un mito entre las gentes de pueblo, Ged sintió que se le henchía el corazón; se echó a reír y gritó:

—¡Ve y dile al viejo que salga, gusano volador!

Porque éste era uno de los cachorros, echado al mundo años atrás por una dragona del Confín del Poniente, que había puesto los enormes huevos coriáceos, como se dice que acostumbran a hacerlo las dragonas, en una de as estancias asoleadas de la ruinosa torre, y luego había remontado el vuelo otra vez, dejando que el viejo dragón de Pendor cuidara de la prole cuando salieran del cascarón arrastrándose como lagartos venenosos.

El joven dragón no respondió. No era un ejemplar grande, no más largo quizá que un navío de cuarenta remos, y flaco como un gusano pese a la envergadura de las negras alas membranosas. No tenía aún ni el tamaño ni la malicia de un dragón adulto. Raudo como una flecha, abriendo las largas mandíbulas erizadas de dientes, se lanzó desde el aire sobre Ged y la frágil barquilla. Ged sólo tuvo que paralizarle las alas y los miembros con un poderoso sortilegio, y arrojarlo al mar como si fuese una piedra. Y las aguas lo engulleron y se cerraron sobre él.

Dos dragones semejantes al primero echaron a volar desde la base de la torre más alta. Lo mismo que el anterior, se lanzaron sobre Ged, y de la misma manera Ged los paralizó arrojándolos al mar. Y aún no había levantado ni una sola vez su vara de hechicero.

Pasó un rato, y otros tres se lanzaron contra él desde la isla. Uno de ellos era mucho más grande, y el fuego le brotaba de las fauces en

llamas encrespadas. Dos se abatieron sobre él con un trepidante batir de alas, pero el más grande se acercaba en círculos desde atrás, dispuesto a consumirlo a él y a la barca, con su aliento de fuego. Dos venían del norte y uno del sur, y ningún sortilegio hubiera podido inmovilizar a los tres a la vez. Al darse cuenta, Ged urdió en ese mismo instante un sortilegio de trasformación, y en un abrir y cerrar de ojos volaba ya desde la barca convertido en dragón de fuego.

Desplegando unas alas enormes unas garras largas y erizadas, salió al encuentro de los más pequeños, y los consumió con el fuego de las fauces; se volvió entonces al tercero, más grande que él y como él armado de llamas. Por encima de las olas grises, girando en el viento, combatieron a dentelladas, golpes y zarpazos, hasta quedar envueltos en una densa humareda enrojecida por las llamaradas que brotaban de las bocas. De improviso, Ged se elevó en el aire, y el otro lo persiguió. En pleno vuelo, Ged-dragón se detuvo, desplegó las alas y, ahuecándolas como un halcón, cayó sobre su adversario, clavándole las arras en la garganta y los flancos. En medio de un horrendo batir de alas negras, unos goterones de sangre negra cayeron en el mar. El dragón de Pendor consiguió liberarse, y volando apenas, casi tocando el agua, llegó a la isla y fue a esconderse como un gusano en algún foso de la ciudad en ruinas.

Ged recobró al instante la forma humana y el sitio que ocupaba en la barca, pues era muy peligroso conservar esa forma de dragón más tiempo que el necesario. Tenía las manos negras de la sangre del gusano, y algunas quemaduras en la cabeza, mas poco le importaba eso ahora. Esperó sólo hasta que hubo recobrado el aliento y entonces gritó:

—Seis he visto y cinco he matado, mas se dice que son nueve. ¡Salid, gusanos!

Durante un largo rato ninguna criatura se movió en la isla ni se oyó voz alguna, sólo el estruendo de las olas contra la orilla. De pronto advirtió Ged que la torre más alta cambiaba lentamente de forma, que en un costado aparecía una protuberancia, como si le estuviese creciendo un brazo. Ged temía a la magia dragontina, porque los dragones viejos son muy ladinos y poderosos, y poseen artes semejantes y muy distintas a las de los hombres: un momento más, y se dio cuenta de que no se trataba de un ardid del dragón. Lo que había tomado por una arte de la torre era el hombro del dragón de Pendor, que se desenroscaba y erguía lentamente.

Cuando estuvo de pie, la cabeza cubierta de escamas, coronada de púas y provista de una triple lengua, se levantó por encima de la torre en ruinas; las patas delanteras erizadas de garras y zarpas se apoyaban abajo, en los escombros al pie de la ciudad. Las escamas de un negro grisáceo reflejaban la luz del día como piedras talladas. Ged

contemplaba sobrecogido de horror a aquella bestia enjuta como un lebrel y enorme como una montaña. Ningún cantar, ninguna leyenda hubiese podido prepararlo para una visión semejante. A punto estuvo de mirarlo de frente y quedar atrapado, pues no hay quien pueda mirar a un dragón a los ojos. Esquivó la mirada verde y viscosa clavada en él, y alzó la vara, que ahora parecía una astilla, una ramita frágil.

—Ocho hijos tenía, pequeño hechicero —tronó la voz seca del dragón—. Cinco han muerto, uno agoniza. ¡Basta! Matándolos uno a uno no te adueñarás del tesoro.

—No quiero tu tesoro.

Un humo amarillo brotó, sibilante, de los ollares del dragón: era risa.

—¿No te gustaría bajar a tierra y echarle una mirada, pequeño hechicero? Vale la pena.

—No, dragón.

Los aliados de los dragones son el viento y el fuego, y no combaten de buen grado sobre los mare Esa había sido hasta entonces la ventaja de Ged, y la conservaba; pero la pequeña franja de agua de mar que ahora lo separaba de las zarpas grises, ya no parecía una ventaja.

Y era difícil desviar la mirada de aquellos ojos verdes, vigilantes.

—Eres un hechicero muy joven —dijo el dragón—. Yo no sabía que los hombres adquirieran los poderes a una edad tan temprana. —Hablaba, lo mismo que Ged, en el Habla Antigua, pues ésa es la lengua que aun hablan los dragones. Y aunque el Habla Antigua obliga al hombre a decir la verdad, no ocurre lo mismo con los dragones. Es la lengua que hablan desde pequeños, y pueden mentir en ella, tergiversando las palabras, para fines tortuosos, atrapando al oyente incauto en un laberinto de espejos-palabras, cada uno de los cuales refleja la verdad y no conduce a ninguna parte. De ese peligro, habían advertido a Ged más de una vez, y ahora, cuando el dragón hablaba, él escuchaba atentamente, desconfiado y escéptico. Mas las palabras parecían claras y llanas: —¿Es a pedir mi ayuda a lo que has venido, pequeño hechicero?

—No, dragón.

—Sin embargo yo podría ayudarte. Pronto necesitarás ayuda, contra eso que te acecha en la oscuridad.

Ged quedó mudo de asombro.

—¿Qué es esa cosa que te acecha? Dime qué nombre tiene.

—Si yo lo supiera… —Ged calló de golpe.

El humo amarillo trepó en volutas por encima de la larga cabeza del dragón, desde los ollares que eran dos redondos fosos de fuego.

.-Sí supieras qué nombre tiene, conseguirías dominarla, pequeño

hechicero. Quizá pueda decírtelo, cuando la vea de cerca. Vendrá por aquí, te lo aseguro, si te quedas un tiempo en mi isla. Irá a donde tú vayas. Si no quieres que te alcance, tienes que escapar y escapar y escapar. Y aun entonces siempre irá detrás de ti. ¿Te gustaría saber cómo se llama?

Ged no respondió. No podía imaginar cómo habría llegado a enterarse el dragón de la sombra que él había liberado ni cómo podía conocer el nombre de esa sombra. El Archimago había dicho que era una sombra anónima. Pero los dragones tienen su propia sabiduría; y son una raza más antigua que la del hombre. Pocos hombres pueden adivinar lo que sabe un dragón, y de qué modo ha llegado a saberlo, y esos pocos son los Señores de Dragones. De una sola cosa estaba seguro Ged: aunque el dragón dijese la verdad, aunque pudiera revelarle a Ged la naturaleza y el nombre de la cosa-sombra, y darle así poder sobre ella, aun entonces, incluso si lo que decía era cierto, lo hacía sólo para conseguir sus propios fines.

—No suele suceder —dijo Ged— que los dragones pidan favores a los hombres.

—Pero es muy común —respondió el dragón— que los gatos jueguen con los ratones antes de darles muerte.

—Pero yo no he venido aquí a jugar, ni a que jueguen conmigo. He venido a cerrar un trato.

Cual una filosa espada, pero cinco veces más larga que una espada, la cola se arqueó como un escorpión sobre el lomo acorazado, por encima de la torre. El dragón habló con sequedad:

—Yo no cierro tratos. Yo tomo. ¿Qué tienes para ofrecer que yo no pueda tomar cuando se me antoje?

—Seguridad. Tu seguridad. jura que nunca volarás al oeste de Pendor, y yo juraré irme sin hacerte daño.

Un ruido fragoroso brotó de las fauces del dragón, como un desprendimiento de piedras en montañas lejanas. Las llamas danzaron a lo largo de la lengua trífida. Se irguió todavía más, alzándose sobre las ruinas.

—¡Tú me ofreces seguridad! ¡Tú me amenazas! ¿Con qué?

—Con tu nombre, Yevaud.

La voz de Ged tembló al pronunciar el nombre, pero sonó alta y clara. Al oírlo, el viejo dragón quedó inmóvil, como petrificado. Pasó un minuto, otro; y al fin Ged sonrió en la frágil barquichuela.

Había decidido aventurarse en esta empresa mortal apoyándose en una sospecha. Por lo que había leído de Roke en las viejas historias de dragones, era posible que este dragón de Pendor fuese el mismo que asolara el oeste de Osskil en tiempos de Elfarran y Morred, y que luego fuera desterrado de Osskil por Elt, un hechicero muy versado en materia de nombres. La sospecha había sido cierta.

—Estamos en pie de igualdad, Yevaud. Tú tienes fuerza, yo tengo tu nombre. ¿Aceptas el trato?

El dragón seguía sin responder.

Largos años ociosos había morado el dragón en la isla donde yacían diseminados los petos de oro y las esmeraldas entre polvo, ladrillos y osamentas; había visto cómo la prole de lagartos negros jugaba entre las casas derruidas y probaba las alas en los acantilados junto al mar; había dormido largamente al sol, sin que ninguna voz, ningún navío viniese a despertarlo. Y ahora se había puesto viejo, y le costaba salir de aquella pesada modorra y enfrentarse a este mago-niño, este enemigo frágil, cuya vara acobardaba a Yevaud, el viejo dragón.

—Puedes elegir nueve piedras de mi tesoro —dijo al fin, y la voz le silbó y rechinó en las largas mandíbulas—. Las mejores; escoge las que quieras. ¡Y luego vete!

—No quiero tus piedras, Yevaud.

—¿Qué se ha hecho de la codicia de los hombres? En los días de antaño, los hombres del Norte adoraban las piedras brillantes… Sé lo que buscas, hechicero. También puedo ofrecerte seguridad, porque sé cómo salvarte Hay un horror que te persigue. Te diré su nombre.

El corazón de Ged dio un salto; apretó con fuerza la vara, y tan inmóvil como el dragón, luchó un momento con una esperanza súbita, inquietante.

No era su propia vida lo que había ido a proponer. Un poder, y sólo uno, podía darle dominio sobre el dragón. Dejó de lado la esperanza e hizo lo que tenía que hacer.

—No es eso lo que pido, Yevaud.

Cuando pronunció el nombre, Yevaud, fue como si tuviera a la criatura sujeta con una cuerda delgada y fina que le apretaba la garganta. Sentía, en la mirada del dragón, siempre clavada en él, la secreta y antigua malicia y la experiencia de los hombres; veía las garras aceradas, tan largas cada una como un antebrazo humano; el caparazón duro como la piedra, y el fuego encrespado que acechaba en las fauces del dragón; y el lazo seguía apretando, apretando.

Habló otra vez:

—¡Yevaud! jura por tu nombre que ni tú ni tus hijos iréis jamás al Archipiélago.

Las llamas saltaron de pronto, brillantes y crepitantes, de las mandíbulas del dragón. Al fin dijo:

—¡Lo juro por mi nombre!

Un silencio se extendió sobre la isla, y Yevaud agachó la enorme cabeza.

Cuando la volvió a levantar, el hechicero había desaparecido, y el velamen de la barca era un punto blanco que se alejaba sobre las olas

del este hacia las islas enjoyadas y prosperas de los mares interiores. Enfurecido, el viejo dragón de Pendor se elevó en contorsiones destrozando la torre, y batió las alas que cubrían todo el ancho de la ruinosa ciudad. Pero estaba atado por su juramento y ni entonces ni nunca voló al Archipiélago.

Cazado

Tan pronto como Pendor desapareció detrás de él bajo el horizonte de las aguas Ged, mirando al este, sintió que el temor a la sombra le volvía otra vez al corazón; y era difícil salir del peligro real de los dragones para. enfrentarse otra vez a ese horror informe, innomínado. Detuvo el viento de la magia y continuó navegando con el viento del mundo, pues ya no tenía prisa. Tampoco lo guiaba ningún propósito claro. Tenía que huir, había dicho el dragón. Sí, pero ¿a dónde? A Roke, pensó allí al menos estaría protegido y podría escuchar el consejo de los sabios.

Antes, sin embargo tendría que volver a Baja Torninga a contarles la historia a los isleños. Cuando se supo que había regresado, luego de una ausencia de cinco días;, los isleños, y la mitad de las gentes del puerto acudieron corriendo y remando, y reunidos en círculo alrededor de él lo escucharon y lo miraron con asombro. Ged contó la aventura y uno de los hombres dijo:

—Sí, mas ¿quién ha sido testigo de ese portento? Dragones muertos, dragones domesticados. Pero si lo que él…

—¡Calla! —dijo con aspereza el jefe isleño, pues sabía, como casi todos, que un hechicero puede tener modos sutiles de decir la verdad, y también de callar la verdad, pero si dice algo es siempre tal como él lo dice. Ésa es la gran maestría de los hechiceros. Y todos se admiraron y sintieron que ya no tenían miedo y se alejaron. Agrupados alrededor del joven hechicero le pedían que contara de nuevo la historia y otros isleños llegaban y le pedían que la volviera a contar. Al caer la noche, ya no tenía necesidad de contarla. Ellos podían hacerlo por él, y mejor que él. Los trovadores de las aldeas ya habían adaptado la historia a una antigua tonada, y cantaban la Canción del Gavilán. Y hubo fuegos de artificio no sólo en las islas de Baja Torninga sino también en los burgos del sur y el este. Los pescadores se anunciaban la buena nueva de barca en barca, de isla en isla. ¡El mal ha sido exterminado y los dragones nunca vendrán de Pendor!

Esa noche, esa única noche, fue de verdadera alegría para Ged. Ninguna sombra podría atravesar la lumbre de esas fogatas de acción de gracias que ardían en todas las playas y colinas, ni las rondas de risueños bailarines. que giraban alrededor, cantándole alabanzas y agitando las antorchas en la borrascosa noche otoñal, y sembrando al viento grandes pavesas brillantes y efímeras.

Al día siguiente se encontró con Pechvarry, quien le dijo:

—Ignoraba que fueras tan poderoso, mi Señor.

Había miedo en estas palabras, por haberse atrevido a ser amigo

de Ged, pero también había reproche. Ged, que había dado muerte a varios dragones no había salvado al hijo de Pechvarry, Entonces Ged volvió a sentir la desazón y la impaciencia que lo habían llevado a Pendor, y que lo llevaban ahora a marcharse de Baja Torninga. Al día siguiente, pese a que los isleños se habrían sentido felices de tenerlo allí toda la vida, para alabarlo y enorgullecerse, abandonó la casa de la colina sin otro equipaje que los libros, la vara y el otak encaramado en el hombro.

Partió a bordo de una barca de remos con un par de jóvenes pescadores de Baja Torninga que querían tener el honor de ser los barqueros de Ged. En los sitios por donde pasaban, entre la profusión de las barcas y navíos que surcan sin cesar los canales orientales de las Noventa Islas, bajo las ventanas y balcones de las casas que se asoman a las aguas, más allá de los embarcaderos de Nesh, las praderas lluviosas de Dromgan y las malolientes barracas de pescado de Gui, siempre y en todas partes los ecos de la hazaña de Ged lo habían precedido. Y silbaban la Canción del Gavilán, lo invitaban a pasar la noche y a contar la historia le los dragones. Cuando llegó por fin a Serd, el capitán del navío a quien solicitó pasaje para Roke se inclinó ante él mientras respondía:

—¡Un privilegio para mí, Señor Hechicero, y un honor para mi navío!

Así, Ged dejó atrás las Noventa Islas; pero ni bien la nave hubo zarpado del Puerto Interior de Serd e izado la vela, un fuerte viento del este empezó a castigarla, aunque el cielo invernal estaba claro y la mañana parecía apacible. De Serd a Roke había sólo treinta millas, y continuaron navegando; y cuando el viento arreció, continuaron navegando. El pequeño navío, como casi todos los mercantes del Mar Interior, llevaba la alta vela de cuchillo que se puede cambiar de una banda a otra para capear el viento, y el capitán era un hombre de mar avezado y orgulloso. Así pues, virando ora al norte ora al sur, pudieron mantener el rumbo hacia el este. Las nubes y la lluvia llegaron en alas del viento, un vendaval en rachas, y pareció que la nave iba a zozobrar.

—Señor Gavilán —le dijo el capitán al joven hechicero, que ocupaba el sitio de honor, sentado junto a él en la popa, aunque poca dignidad podía mantener bajo ese viento y esa lluvia que los calaba hasta los huesos a través de los empapados capotes—. Señor Gavilán, ¿podrías por ventura decirle una palabra al viento?

—¿A qué distancia estamos de Roke?

—A más de la mitad del camino. Pero desde hace una hora no hemos avanzado nada, Señor.

Ged le habló al viento. Sopló menos. fuerte y durante un rato navegaron sin problemas. De pronto unas grandes ráfagas llegaron

silbando desde el sur, y el navío fue empujado otra vez hacia el este. Las nubes estallaban y hervían en el cielo, y el capitán rugió de furia:

—Esta galerna de locos sopla de todos lados a la vez. Sólo un viento mágico mantendría el rumbo, Señor.

A Ged se le ensombreció el semblante al oír esto; mas, como el navío y sus hombres estaban en peligro por causa de él, levantó el viento de la magia. El navío enfiló en seguida en línea recta hacia el este, y el capitán recobró el buen humor. Pero poco a poco, aunque Ged mantenía el sortilegio, el viento mágico fue amainando y debilitándose. Por último, el navío pareció detenerse un momento sobre las olas, con la vela caída, en medio del tumulto de la lluvia y el vendaval. De pronto, con un restallido atronador, la botavara barrió la cubierta y el navío saltó como un gato asustado y se lanzó rumbo al norte.

Ged se aferró a uno de los puntales, pues la nave iba casi escorada, y gritó:

—¡Regresa a Serd, capitán!

El capitán lanzó un juramento y gritó que no lo haría:

—Un hechicero a bordo, yo el mejor hombre de mar del Gremio, y esta nave la más dócil que he tripulado jamás… ¿volver a puerto?

Pero cuando la nave empezó a girar otra vez como si la quilla hubiese quedado atrapada en un torbellino, también él se aferró a la ro a de popa ara no caer al mar y Ged le dijo:

—Déjame en Serd y ve a donde quieras. No es contra tu barco que sopla el viento, sino contra mí.

—¿Contra ti, un hechicero de Roke?

—¿Nunca has oído hablar del viento de Roke, capitán?

—Algo he oído, sí, el viento que mantiene los poderes maléficos fuera de la Isla de los Sabios, mas ¿qué tiene eso que ver contigo, con un Domador de Dragones?

—Es un asunto entre yo y mi sombra —respondió Ged, lacónico como ha de serlo un hechicero, y no habló más mientras con viento en popa y bajo un cielo que se despejaba, surcaban veloces el mar de regreso a Serd.

Sentía un peso y un temor en el corazón mientras subía alejándose de. los muelles de Serd. Los días se.acortaban con la proximidad del invierno, y pronto cayó la tarde. La desazón de Ged siempre se agravaba con el crepúsculo, cada bocacalle le parecía una amenaza y tenía que esforzarse para no volver la cabeza por encima del hombro a espiar si algo lo seguía. Fue a la Taberna del Mar de Serd, donde ,viajeros y mercaderes comían juntos, y donde podían dormir en la larga galería encabriada: así son de hospitalarias las prósperas islas del Mar Interior.

Apartó un trozo de carne de la cena, y luego, junto al hogar,

animó al otak a que saliera del pliegue de la capucha, donde había estado acurrucado el día entero, trató de hacerle comer, mientras lo acariciaba y le susurraba: — Hoeg, Hoeg, pequeño mío, el silencioso… —Pero el animal no quiso comer y fue a esconderse en el bolsillo. Por esa señal, por su propia incertidumbre, por el aspecto mismo de la oscuridad en los rincones de la gran sala, supo que la sombra no estaba muy lejos.

Nadie lo conocía en ese lugar: eran todos viajeros, gente de otras islas, que no habían oído la Canción del Gavilán Nadie le habló. Eligió al fin un jergón y se echó en él, pero allí, en la gran sala encabriada, en medio de desconocidos que dormían, permaneció toda la noche con los ojos abiertos. Y mientras velaba trataba de elegir un camino, de decidir a dónde iría y qué haría; pero cada elección, cada plan tropezaba con un presentimiento fatídico. En cualquiera de los caminos que pudiera tomar allí lo esperaría la Sombra. Sólo Roke estaba libre de ella: pero no podía ir a Roke, pues unos sortilegios altos e intrincados guardaban la isla. Que el viento de Roke se hubiese levantado contra él probaba que aquella cosa estaba quizá muy cerca.

Y la cosa era incorporea, y ciega a la luz del sol, una criatura venida de un reino sin luz, sin lugar ni tiempo Lo seguía a tientas a través de los días y los mares del mundo luminoso, y sólo cobraba forma en sueños y en la sombra.

No tenía aún sustancia ni ser que la luz pudiera iluminar; así canta la Gesta de Hode: «La luz del alba hace la tierra y los océanos, de la oscuridad saca las formas y empuja los sueños al reino de las tinieblas». Pero si la sombra llegaba a alcanzarlo, podría absorber ese poder que él tenía, quitarle el eso y el calor y la vida del cuerpo, y la voluntad que lo anima.

Ése era el destino que él veía esperándolo en cada senda. Y sabía que la sombra podía arrastrarlo con algún ardid a ese terrible destino, pues se fortalecía a medida que se acercaba, y acaso tuviera ya fuerzas suficientes para servirse de potestades y hombres malignos, mostrarle a Ged falsos portentos o hablarle con la voz de un extraño. Era posible que en uno de esos hombres que dormían ahora en la Casa del Mar, en este o aquel rincón de la larga galería, acechara la criatura tenebrosa, encontrando apoyo en un alma oscura, y esperando y vigilando y alimentándose ya de la debilidad, la incertidumbre y el miedo de Ged.

No, no podía soportarlo. Tenía que confiar en la buena fortuna, huir a donde la suerte quisiera llevarlo. Se levantó poco antes del alba, y a la luz ya mortecina de las estrellas echó a andar de prisa hacia los muelles de Serd, resuelto a embarcar en el primer navío preparado para partir y que quisiera llevarlo. Una galera estaba cargando aceite de turbifia y zarparía a la salida del sol hacia el Gran Puerto de Havnor. Ged le habló al capitán. Una vara de hechicero sirve de

pasaporte y paga a la vez en la mayoría de las naves. Lo aceptaron a bordo complacidos y antes de una hora la nave se echó a la mar.

Cuando los cuarenta largos remos se levantaron para iniciar la travesía, Ged sintió que también se le levantaba el ánimo, y en los golpes de tambor que acompañaban a los remos creyó oír una música vivaz y alentadora.

Ignoraba aún, sin embargo, qué haría cuando llegase a Havnor, a dónde podría huir desde allí. El norte era una dirección tan buena como cualquier tra. Al fin y al cabo él era del norte; y quizá encontrase en Havnor una nave que lo llevara a Gont, donde vería a Ogión. O quizá encontrase un navío que partiera hacia los Confines, tan lejos que la sombra no podría seguirlo. Más allá de esas confusas ideas no tenía planes, y no veía alternativa posible. Sólo huir, huir.

Impulsada por aquellos cuarenta remos la nave recorrió ciento cincuenta millas de mar invernal antes de que se pusiera el sol del segundo día. Atracaron en el puerto de Orrimy, en la costa occidental de la gran isla de Hosk, pues las galeras mercantes del Mar Interior nunca se alejan de las costas y siempre que es posible pasan la noche en algún muelle. Ged bajó a tierra, pues aún era de día, y anduvo de un lado a otro por las empinadas calles de la ciudad portuaria, sin rumbo y preocupado.

Orrimy es un burgo antiguo, construido de piedra maciza y ladrillo, y rodeado de murallas, para protegerlo de los señores del interior de la Isla de Hosk; los depósitos portuarios parecen ciudadelas, y hasta las casas de los mercaderes son torres fortificadas. Pero para Ged, mientras vagabundeaba por las calles aquellas mansiones imponentes eran como velos de seda que apenas alcanzaban a esconder una desierta oscuridad; y las gentes con las que se cruzaba, ocupadas en sus menesteres, no le parecían hombres reales sino sombras, sombras sin voz. A la caída del sol bajó otra vez al muelle, y también allí, bajo el gran resplandor purpúreo y al viento del atardecer, el mar y a tierra le parecieron lóbregos y silenciosos.

—¿A dónde vas, Señor Hechicero?

Con estas palabras alguien lo interpeló bruscamente desde atrás. Al volverse, vio un hombre vestido de gris que llevaba en la mano un cayado de madera que no era una vara de hechicero. La cara del desconocido, entre los pliegues de la capucha, se ocultaba a la luz crepuscular, pero Ged sintió que los ojos invisibles escrutaban los suyos. Retrocediendo un paso, levantó la vara de tejo entre él y el desconocido.

Con voz mansa el hombre le preguntó:

—¿Qué temes?

—Lo que me sigue y está siempre detrás de mí.

—Ah. Pero yo no soy tu sombra.

Ged guardó silencio. Sabía que ese hombre, quienquiera que fuese, no era lo que él temía: no era una sombra, ni un espectro ni un gebbet. En medio de aquel árido silencio y aquella oscuridad que habían caído sobre el mundo, él al menos conservaba una voz, y algo de sustancia. El hombre se bajó la capucha. Tenía una cabeza calva y con muchas cicatrices y una cara arrugada. Aunque los años no se le habían notado en la voz, el hombre parecía viejo.

—No te conozco —dijo el hombre de gris—, pero se me ocurre que este encuentro no ha sido casual. Oí una vez la historia de un hombre joven, que tenía la cara cubierta de cicatrices, y que atravesando el país de las sombras alcanzó un gran poder, y aun llegó a reinar sobre los hombres. Ignoro si ésa es tu historia. Mas te diré que si es una espada lo que necesitas para combatir a las sombras, ve a la Corte del Terrenón. Un cayado de tejo no te servirá de mucho.

Mientras escuchaba, había a la vez esperanza y recelo en la mente de Ged. Un hombre ducho en artes mágicas aprende pronto que los encuentros casuales son en verdad muy raros, ya traigan bien o mal.

—¿En qué país queda la Corte del Terrenón?

—En Osskil.

Al oír ese nombre Ged vio por un instante, en un la chispazo de memoria, un cuervo negro sobre hierba verde, el cuervo lo miraba de soslayo con ojos que parecían guijarros pulidos, y hablaba con él. Pero Ged había olvidado las palabras del cuervo.

—Ese país tiene un nombre un poco siniestro —dijo Ged, escrutando el rostro del hombre gris, tratando de adivinar quién sería. Había algo en él que hacía pensar en un brujo, hasta en un hechicero; y sin embargo, pese a la desenvoltura con que hablaba a Ged, tenía un aspecto extraño y abatido, casi el aspecto de un enfermo, un prisionero, o un esclavo.

—Tú eres de Roke —replicó el hombre—. Los hechiceros de Roke siempre dan nombres siniestros a la magia obrada por otros.

—¿Quién eres tú?

—Un viajero; trabajo para un mercader de Osskil, y estoy aquí por negocios —dijo el hombre de gris. Y como Ged no le hiciera más preguntas, se despidió con un pacífico buenas noches y se fue por las callejuelas estrechas y escalonadas que subían de los muelles.

.Ged se volvió, indeciso, sin saber si prestar o no atención a la señal, y miró hacia el norte. La luz del ocaso moría rápidamente alejándose las colinas y de los vientos del mar. Caía la tarde gris, con la noche a los talones.

Decidiéndose de pronto, Ged echó a correr a lo largo de los muelles hacia un pescador que en ese momento plegaba las redes, y lo interpeló:

—¿Sabes de alguna nave que esté por partir rumbo al norte… A

Semel o las Enlades?

—Esa galera, allá, es de Osskil; puede que haga escala en las Enlades.

Con la misma prisa corrió Ged hasta el enorme navío que le señalara el pescador, una galera de sesenta remos, larga y enjuta como una serpiente, la proa tallada y decorada con incrustaciones de loto marino, las escalameras pintadas de rojo y en cada una la runa de Sifl trazada en negro. Una nave tétrica, parecía, y veloz, y dispuesta a hacerse a la mar, con toda la tripulación a bordo. Ged buscó al capitán y le solicitó pasaje hasta Osskil.

—Tienes con qué pagar.

—Tengo alguna habilidad con los vientos.

—También yo soy mago de nubes y vientos. ¿No tienes nada para dar? ¿Ningún dinero?

En Bajá Torninga le habían pagado como mejor pudieron con piezas de marfil, que los mercaderes del Archipiélago usaban como moneda. Ged había aceptado sólo diez, aunque los aldeanos querían darle más. Se las ofreció al osskillano, pero el hombre meneó la cabeza.

—Nosotros no usamos esas piezas. Si no tienes con qué pagar, no tengo sitio para ti a bordo.

—¿Necesitáis brazos? He remado en una galera.

—Eso sí, nos faltan dos hombres. Búscate un banco, entonces —dijo el capitán, y se desentendió de él.

Así pues, poniendo la vara y la bolsa de libros debajo del banco, Ged se convirtió durante diez crueles días de invierno en remero de esa nave norteña. Partieron de Orrimy al despuntar el alba, y ese día Ged pensó que no podría hacer el trabajo. Tenía el brazo izquierdo debilitado or las viejas heridas del hombro, y toda la práctica le remo en los canales de Baja Torninga no lo habían preparado para el esfuerzo continuo y agotador de empujar, empujar, y empujar el largo remo de la galera al compás del tambor. Cada turno duraba dos o tres horas, y entonces un relevo ocupaba los bancos, pero a los músculos de Ged el tiempo de descanso sólo les bastaba para ponerse rígidos, y ya era hora de volver los remos. El segundo día fue peor aún; pero pasadas esas primeras jornadas pronto se acostumbró a la dura faena.

No había entre los tripulantes de esta nave la misma camaradería que Ged había conocido a bordo del Sombra, cuando viajara por primera vez a Roke. Los marineros que tripulan las naves andradianas y gontescas están asociados y trabajan juntos por un beneficio en común, en tanto que los mercantes de Osskil emplean esclavos y siervos, o contratan hombres para remar, a quienes pagan con pequeñas monedas de oro. El oro es muy apreciado en Osskil. Pero allí entre los osskilianos no es propicio a la camaradería, lo mismo que

entre los dragones, para quienes el oro tiene también tiene un alto valor. Como la mitad de los tripulantes eran presidiarios, condenados a trabajar, los oficiales de la nave actuaban como amos de esclavos y en verdad como amos crueles.jamás rozaban con el látigo la espalda de un remero que trabajara por una paga o por el precio del aje; mas poca amistad puede haber en una tripulación en la que algunos son azotados y otros no.

Los compañeros de Ged se comunicaban poco entre ellos, y menos aun con él. Oriundos casi todos de Osskil, no hablaban la lengua hárdica del Archipiélago. sino un dialecto propio; eran hombres hoscos, pálidos de tez, de largos y negros mostachos caídos y cabellos lacios. Kelub el rojo, llamaban a Ged. Aunque sabían que era un mago, mas que consideración mostraban una cauta malevolencia. Tampoco Ged estaba con ánimo de hacer amigos. Hasta cuando trabajaba en el banco, absorto en el poderoso movimiento de los remos, un remero entre sesenta en un navío que surcaba veloz los mares desiertos y grises, se sentía expuesto, indefenso. Cuando a la caída de la noche tocaban algún puerto extraño y él se envolvía en su capa para dormir, aun exhausto como estaba, no dejaba de soñar, y despertaba, y soñaba otra vez: sueños malos, que no recordaba nunca, y que sin embargo parecían rondar por la nave y por entre los hombres así de cada uno de ellos; y Ged desconfiaba.

Todos los osskilianos libres llevaban un cuchillo largo en la cintura, y un mediodía, mientras los remeros de Ged compartían el almuerzo, uno de ellos le preguntó:

—¿Eres esclavo o perjuro, Kelub? Ni lo uno ni lo otro.

—¿Por qué no un cuchillo, entonces? ¿Miedo de pelear? —dijo el hombre, Skior, con sorna.

—No.

—¿Tu perrito pelea por ti?

—Otak —dijo otro que escuchaba—. No un perro, un otak— y dijo algo en osskillano que hizo que Skior frunciera el ceño y volviera la cara. Y en el momento mismo en que se volvía, Ged notó un cambio en su rostro, vio que las facciones se le movían y reordenaban, como si por un instante algo lo hubiese transformado, se hubiese servido de él para echar una mirada de reojo a Ged. Pero en seguida lo vio otra vez, de frente, el rostro normal, y Ged se dijo que era su propio miedo lo que había visto, su propio miedo reflejado en los ojos del otro. Sin embargo esa noche, anclados en el puerto de Esen, Ged soñó, y Skior se le apareció en sueños. Después de eso evitó al hombre todo lo posible y le pareció que Skior también lo evitaba, y ya no hubo más palabras entre ellos.

Las montañas de Haynor, coronadas de nieve y empañadas por las primeras brumas invernales, desaparecieron en la lejanía hacia el sur.

Dejaron atrás el estuario del Mar de Ea, donde en tiempos lejanos Elfarran pereciera ahogada, y las Enlades. Permanecieron dos días en el puerto de Berila, la Ciudad de Marfil, que se alza blanca sobre la bahía del oeste de Enlad, la isla de los mitos. Como en todos los puer tos que tocaban, los tripulantes no bajaron a tierra. Luego, cuando asomó un sol rojo, remaron hacia el Mar de Osskil, y alcanzaron los vientos del noreste, que soplan día y noche desde el vasto piélago del Confín del Septentrión. Después de navegar dos días, desde Berila por aquellas aguas hostiles, llegaron con la carga a salvo al puerto de Neshum, la ciudad mercantil de Osskil Oriental.

Ged vio una costa baja azotada por un viento lluvioso, una ciudad gris apeñuscada detrás de la escollera, y detrás de la ciudad las colinas desnudas bajo un cielo ensombrecido por la nieve. Muy lejos estaban ahora de los soles del Mar Interior.

Los estibadores del gremio marítimo de Neshum subieron a bordo para descargar las mercancías: oro, plata, joyas, sedas finas y tapices del sur, todos los tesoros que codician y acumulan los Señores de Osskil; y los hombres de la tripulación que no eran esclavos abandonaron la nave. Ged le habló en el muelle a uno de estos hombres. Hasta ese momento había evitado decir a dónde iba, pues no confiaba en ellos, pero ahora, a solas y a pie en un país extraño, necesitaba que alguien lo guiase. El hombre siguió caminando, impaciente, respondiendo que no sabía, pero Skior, que había escuchado la pregunta, le dijo:

—¿La Corte del Terrenón? En los Paramos de Keksemt. Yo voy por ese camino.

No era Skior el compañero que Ged hubiera preferido, pero como no conocía el camino ni la lengua, poco podía elegir. Tampoco importaba mucho, pensó, ya que no era él quien había decidido ese viaje. Algo lo había llevado, y ahora lo seguía llevando. Se echó la capucha sobre la cabeza, recogió el cayado y el saco y siguió al osskiliano a través de las calles de la ciudad y cuesta arriba hacia las colinas nevadas. El pequeño otak no iba en el hombro de Ged; como siempre que hacía frío se le había escondido bajo la capa, en el bolsillo de la túnica, de piel de cordero. Las colinas se prolongaban en páramos ondulados hasta donde alcanzaba la vista. Ged y Skior caminaban en silencio y el silencio del invierno pesaba sobre la tierra.

—¿Estamos lejos todavía? —Preguntó Ged después de haber recorrido varios kilómetros, sin ver ninguna aldea o granja alrededor, y recordando que no llevaban víveres. Skior se levantó el capuchón y volvió la cabeza un momento.

—No lejos —dijo.

Tenía una cara horrible, pálida, ruda y cruel, pero Ged no temía a ningún hombre, aunque quizá temiera el lugar al que ese hombre

podía conducirlo. Asintió en silencio y prosiguieron la marcha. El sendero era apenas un rastro en el desierto de nieve fina matorrales sin hojas. De tanto en tanto otras h as lo cruzaban o se alejaban de él. Ahora que el humo de las chimeneas de Neshum había desaparecido detrás de las colinas en el lóbrego atardecer, no había nada que indicase a dónde tenían que ir, o de dónde venían; sólo el viento, que soplaba siempre del este. Al cabo de varias horas de marcha, Ged creyó ver sobre las lejanas colinas del nordeste, hacia donde el sendero parecía llevarlos, una pequeñísima mancha contra el cielo, blanca, como un diente. Mas la luz del corto día boreal empezaba a extinguirse, y en la siguiente elevación del terreno trató de ver qué era aquello: torre, árbol o alguna otra cosa.

—¿Es allí adonde vamos? —preguntó, señalando.

Skior no respondió; siguió avanzando sobre la nieve, embozado en la puntiaguda capucha osskiliana orlada de pieles. Ged caminaba junto a él. Habían andado mucho, y el paso regular de la marcha y la fatiga de los días y las noches del barco empezaban a adormecerlo. Le parecía que había caminado eternamente y que seguiría caminando eternamente, al lado de aquel ser silencioso, por un mundo de silencio que la noche invadía. Avanzaba como en un largo, largo sueño, que no llevaba a ninguna parte.

El otak se agitó en el bolsillo, y una pequeña ola de temor despertó y se agitó también en la mente de Ged. Se obligó a hablar.

—La noche cae y continúa nevando. ¿Cúanto falta aún, Skior?

Tras un momento de silencio el otro respondió, sin volverse:

—No lejos.

Pero la voz de Skior no sonó como una voz humana, sino como la de una bestia, ronca y sin labios, que intenta hablar.

Ged se detuvo de golpe. Alrededor se extendían desiertas las colinas a la postrera luz del atardecer. Los copos de nieve giraban en pequeños torbellinos.

—¡Skior! —gritó Ged, y el otro se detuvo y se volvió. Bajo la capucha puntiaguda no había ningún rostro.

Antes que Ged pudiera pronunciar un sortilegio o recurrir a sus propios poderes, el gebbet habló, diciendo con voz ronca:

—¡Ged!

Era tarde ya para que el joven hechicero obrara una transformación:, encerrado allí en sí mismo, tenía que enfrentarse al gebbet sin ninguna defensa. Tampoco podía pedir ayuda, en esa tierra extraña donde no conocía nada ni nadie, y nada ni nadie acudirían. Estaba solo, y entre él y su enemigo sólo se interponía la vara de tejo que sostenía en la mano derecha.

La cosa que se había apoderado de la carne de Skior y le había devorado la mente hizo que el cuerpo avanzara un paso hacia Ged,

extendiendo los brazos, tanteando a ciegas. Fuera de sí, horrorizado, Ged blandió en alto la vara y la abatió sobre la capucha que escondía el rostro-sombra. Bajo el golpe feroz, capa y capucha se hundieron casi hasta el suelo, como si no envolvieran nada más que al viento, y luego entre sacudidas y contorsiones, se irguieron otra vez. El cuerpo de un gebbet ha sido vaciado de sustancia propia y es algo así como una cáscara o vapor de forma humana, una carne irreal que envuelve a una sombra real. Así, agitándose y ondulando, como impulsado por el viento, la sombra extendió los brazos y se lanzó sobre Ged, tratando de aferrarse a él como aquella primera vez en el Collado de Roke; si lo conseguía se desprendería de la envoltura de Skior y entraría en Ged, lo devoraría por dentro y se adueñaría de él, pues no deseaba otra cosa. Ged la golpeó otra vez con la vara y la derribó, pero la sombra volvió a levantarse. Y Ged golpeó de nuevo, antes de soltar el cayado que ardía en llamas, quemándole la mano. Retrocedió unos pasos y luego, de pronto, dio media vuelta y echó a correr.

Corría y el gebbet lo seguía a un paso de distancia, incapaz de darle alcance pero sin perder terreno. Ged nunca volvió la cabeza; corría y corría por aquel enorme desierto crepuscular donde no había ningún posible escondite. Una vez el gebbet volvió a llamarlo con voz ronca y sibilante, dominando ya los poderes mágicos de Ged. No obstante no tenía ningún poder sobre el cuerpo del mago y no pudo obligarlo a detenerse. Ged corría.

La noche se espesaba en torno del cazador y la presa y la nieve soplaba en ráfagas finas sobre el sendero ya invisible para Ged. La sangre le martilleaba los ojos, el aire le quemaba la garganta, y en realidad ya no corría, avanzaba vacilante, tambaleándose: y sin embargo el infatigable perseguidor parecía incapaz de alcanzarlo, siempre a un paso detrás de él. Había empezado a llamarlo con murmullos y susurros y Ged supo que ese murmullo había estado siempre allí, en el umbral del oído, pero que ahora lo oía, ahora tenía que ceder, tenía que darse por vencido, y detenerse. Sin embargo no se detuvo, y siguió trepando con esfuerzo, penosamente, por una pendiente oscura, interminable. Le pareció ver una luz en algún lugar delante de él, y creyó oír una voz más arriba, en alguna parte, que lo llamaba:

—¡Ven! ¡Ven!

Trató de responder pero no tenía voz. La luz pálida apareció delante de él más clara y definida, alumbrando un portal. Ged no distinguía las paredes, pero veía las puertas. Ante ellas se detuvo, y el gebbet, aferrándose a la capa, buscó a tientas los flancos del hechicero, tratando de sujetarlo desde atrás. Con el último aliento que le quedaba, Ged se precipitó hacia la débil luz de la puerta. Pensó en volverse para cerrarle el paso al gebbet, pero las piernas no lo

sostuvieron. Se tambaleó, buscando un apoyo., Unas luces le aparecieron ante los ojos, enceguecedoras. Sintió que caía y que algo lo sostenía al mismo tiempo. Pero la mente exhausta de Ged se hundió en las tinieblas.

El Vuelo del Halcón

Ged despertó, y durante un largo rato sólo supo que era agradable despertar, pues no había esperado despertar otra vez, y era maravilloso ver la luz, la vasta y simple luz del día alrededor. Tenía la sensación de flotar en esa luz, o de navegar en una barca a la deriva en aguas apacibles. Al fin se dio cuenta de que estaba acostado en una cama, mas no una cama como los jergones en que siempre había dormido. Estaba montada sobre una armazón sostenida por cuatro altas patas talladas, y los colchones eran grandes sacos de seda rellenos de pluma, y por eso él pensaba ue estaba flotando. Y de lo alto del lecho colgaba un dosel de seda carmesí para proteger de las corrientes a quien allí durmiera. A ambos lados del lecho el cortinado estaba recogido y Ged pudo ver que se encontraba en una alcoba con paredes y suelo de piedra. Por tres altas ventanas veía el páramo, desnudo y pardusco, moteado de nieve aquí y allá a la pálida luz del sol del invierno. La estancia debía de estar situada a gran altura, pues miraba a una vasta extensión de tierra.

Un cobertor de raso resbaló a un costado cuando Ged se incorporó, descubriendo que estaba vestido con una túnica de brocado de plata y seda, como un señor. junto al lecho, sobre una silla, lo esperaban un par de botas de cuero flexible y una capa forrada con piel de pellawi. Permaneció un rato sentado, sereno y atontado a la vez, como bajo el efecto de un encantamiento; de pronto se levantó y buscó la vara. Pero no la tenía.

La mano derecha, aunque recubierta de bálsamos y vendajes, tenía la palma y los dedos quemados. Y ahora le dolía, y también todo el cuerpo.

Otra vez permaneció un momento inmóvil, de pie. Luego llamó en voz queda y sin esperanza: —Hoeg… Hoeg… —pues la pequeña criatura de insobornable lealtad también había desaparecido, la pequeña alma silenciosa que una vez lo rescatara del dominio de la muerte. ¿Había estado aún con él en la víspera, cuando escapaba? ¿Y había sido la víspera, o muchas noches atrás? No lo sabía. Todo le parecía borroso y oscuro, el gebbet, la vara en llamas, la fuga, los murmullos, el portal. No recordaba nada claramente, ni siquiera ahora. Murmuró una vez más el nombre del otak, pero sin esperanza de que le respondiera, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Una pequeña campana sono a lo lejos, y una segunda tintineó justo del otro lado de la pared de la alcoba. Una puerta se abrió a espaldas de Ged, y entro una mujer.

—Bienvenido, Gavilán —dijo, sonriendo.

Era joven y alta, y estaba vestida de blanco y plata; una red de

plata le coronaba los cabellos que caían como una cascada de aguas negras.

Ged se inclinó en una tiesa reverencia.

—No te acuerdas de mí, parece.

—¿Acordarme de ti, Señora?

Sólo una vez había visto a una mujer hermosa y con atavíos adecuados: la Dama de O que había asistido con su Señor a la fiesta del Retorno del Sol en Roke. Ella había sido como la llama leve y vivaz de una bujía, pero esta mujer era como la blanca luna nueva.

—Pensé que no me recordarías —dijo ella, sonriendo—. Pero, aunque tengas poca memoria, eres bienvenido aquí, como un viejo amigo.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Ged, todavía tieso y torpe de lengua. Le costaba hablarle a esa mujer, y también le costaba dejar de mirarla. Las ropas principescas con que estaba vestido le eran extrañas, las piedras que pisaba no eran el suelo familiar, hasta el aire que respiraba le parecía distinto; él no era él, no el Ged que siempre había sido.

—Esta fortaleza es la Corte del Terrenón. Mi Señor, cuyo nombre es Benderesk, es soberano de esta comarca desde el confín de los Páramos de Keksemt, al,norte, hasta las Montañas de Os, y es él quien guarda la piedra preciosa llamada Terrenón. En cuanto a mí, aquí en Osskil me llaman Serret, que en la lengua del país significa Plata. Y en cuanto a ti, lo sé, a veces te llaman Gavilán, y te invistieron hechicero en la Isla de los Sabios.

Ged se miró la mano quemada y dijo:

—No sé qué soy yo. En otro tiempo tenía poder. Pero creo que lo he perdido.

—¡No! No lo has perdido, o acaso sólo para recobrarlo multiplicado diez veces. Aquí estás protegido de lo que te persiguió hasta esta corte, amigo mío. Hay murallas poderosas alrededor de esta torre, y no todas son de piedra. Aquí podrás descansar, recobrarte. Y quizá encuentres aquí, además, una fuerza diferente, y una vara que no se consuma en cenizas mientras la tienes en la mano. Al fin y al cabo, un camino nefasto puede conducir a un fin venturoso. Y ahora ven conmigo, quiero mostrarte nuestro dominio.

Tan dulcemente hablaba la mujer, que Ged apenas oía las palabras, y se dejó llevar sólo por la voz. La siguió. La alcoba de Ged estaba en verdad a gran altura en aquella torre que se elevaba como un diente acerado sobre la cresta de la colina. Descendiendo por una marmórea escalera de caracol fue detrás de Serret a través de ricos salones y aposentos, cuyas altas ventanas, orientadas hacia el norte, el sur, el este y el oeste, dominaban el monótono paisaje de las colinas bajas que se extendían sin casas ni árboles bajo el pálido sol de un

cielo invernal. Sólo hacia el norte, en lontananza, algunos pequeños picos blancos se recortaban contra el azul, y en el horizonte austral podían adivinarse los reflejos espejeantes del mar.

Las puertas eran abiertas por sirvientes que se hacían a un lado para dar paso a Ged y la dama, osskillanos todos ellos, de rostros pálidos y hoscos.

También ella era clara de tez, pero hablaba bien la lengua hárdica, y hasta con el acento de Gont, le pareció a Ged. Un poco más tarde, ese día, le presentó a su esposo Benderesk, Señor del Terrenón Tres veces mayor que ella, esquelético, de una palidez cadavérica y mirada turbia, el Señor Benderesk recibió a Ged con una fría y recelosa cortesía, invitándolo a permanecer como huésped del torreón todo el tiempo que quisiera. Después de eso, poco más tuvo que decir: nada le preguntó a Ged acerca de sus viajes o del enemigo que había estado persiguiéndolo. Tampoco se lo había preguntado la Dama Serret.

Si eso era extraño, extraño era también aquel lugar, y no menos extraño que él estuviese allí. Nada aparecía del todo claro en la mente de Ged. No lo terminaba de entender. El azar lo había conducido a esa fortaleza, y sin embargo el azar era mero designio; o, si había llegado allí por algún designio, ese designio era obra del mero azar. Había partido rumbo o al norte: un desconocido en Orrirny le había aconsejado que viniese aquí, en busca de ayuda; un navío osskillano había estado esperándolo y Skior lo había guiado. ¿Cuánto de todo esto era obra de la sombra que lo perseguía? ¿Y si él y la sombra, presa y cazador, hubiesen sido atraídos allí por otra potestad, él tras el señuelo y ella tras él, adueñándose de Skior, llegado el momento, para utilizarlo como arma? Así tenía que ser porque la sombra, como había dicho Serret, jamás podría entrar en la Corte del Terrenón. Desde que despertara allá en la torre, Ged no había advertido ningún signo, ninguna amenaza de la insidiosa presencia. Pero ¿qué lo había conducido entonces hasta allí? Porque ése no era un sitio al que uno llega por casualidad; aun con la mente confusa, Ged empezaba a darse cuenta. Ningún extranjero llamaría a esos portales. La torre se alzaba solitaria y remota, de espaldas al camino que descendía a Neshum, el poblado más próximo. Nadie entraba en el castillo, nadie salía de él. Las altas ventanas daban a la desolación.

Ese era el mundo que contemplaba Ged, día tras día, desde las ventanas de la alta alcoba de la torre, solo, abatido y perplejo y temblando de frío. Siempre hacía frío en la torre, a pesar de las alfombras y tapices, de las espesas y ornamentadas colgaduras, a pesar de las ricas vestiduras forradas de pieles y de las grandes chimeneas de mármol. Era un frío que penetraba en los huesos y se aposentaba en la médula, y no había modo de expulsarlo. Y en el corazón de Ged

se aposentaba a la vez una vergüenza fría que tampoco podía expulsar, pues continuaba pensando en cómo había enfrentado al enemigo, se había dejado derrotar por él, y había escapado. Imaginaba a todos los Maestros de Roke reunidos, Gensher el Archimago entre ellos, con la cara sombría, y Nemmerl, Ogión, y hasta la bruja que le había enseñado el primer sortilegio: todos estaban allí y lo miraban, y Ged sabía que había defraudado la confianza que habían puesto en él. Y él imploraba, diciendo: «Si no hubiese huido, la sombra se hubiera apoderado de mí: ya tenía toda la fuerza de Skior y parte de la mía, y yo no podía luchar con ella, pues sabía mi nombre. Tuve que huir. Un gebbet-hechicero hubiera sido una potestad terrible al servicio del mal y de la ruina. Tuve que huir». Pero nadie le respondía. Y mientras tanto miraba caer la nieve, fina e incesante, sobre los páramos desolados al pie de la alta torre, y sentía en él aquel frío entumecedor y creciente, hasta que no le quedaba otra sensación que la de una especie de fatiga.

Muchos días pasó así, a solas con su desgracia. Las raras veces que salía de la alcoba, estaba tieso y taciturno. La belleza de la Dama del Castillo le turbaba el corazón, y en esa Corte rica, decorosa, ordenada y extraña, se sentía un cabrerizo nato y de por vida.

Lo dejaban solo cuando él quería estar solo, y cuando ya estaba cansado de cavilar y miraba caer la nieve interminable, Serret iba a menudo a hacerle compañía en uno de los salones de paredes curvas, más abajo en la torre, entre los tapices ornamentados y a la luz de las llamas del hogar. No había alegría en a Dama del Castillo: jamás se reía, pero sonreía con frecuencia, y una de esas sonrisas bastaba casi para que Ged se sintiera mejor. Junto a ella Ged empezó a dejar de lado el recelo y la vergüenza, y pronto se encontraron todos los días para conversar, larga y apaciblemente, un poco aparte de las doncellas que siempre acompañaban a Serret, junto a la chimenea o a las ventanas de las altas salas de la torre.

El viejo señor estaba casi siempre recluido en sus aposentos, saliendo por las mañanas para pasearse de arriba abajo por los nevados patios interiores del castillo, como un viejo brujo que ha estado cociendo filtros y pócimas mágicas toda la noche. Cuando se reunía con Ged y Serret para la cena, permanecía silencioso y cabizbajo, y de vez en cuando miraba a su mujer con ojos duros, codiciosos. En esos momentos Ged sentía piedad por ella. Era como un ciervo blanco encerrado en una jaula, como una avecilla blanca con las alas cortadas, como un anillo de plata en el dedo de un hombre viejo. Era una de las joyas del tesoro de Benderesk. Cuando el Señor del Castillo se retiraba, Ged se quedaba con ella, tratando de alegrar la soledad de la Dama, como ella había alegrado la de él.

—¿Qué gema es esa que da nombre a vuestra corte? —le

preguntó una noche mientras conversaban de sobremesa frente a los platos y cálices de oro vacíos, en el cavernoso salón comedor, a la luz de los candelabros.

—¿No te han hablado de ella? Es famosa.

—No. Sólo sé que los Señores de Osskil tienen grandes tesoros.

—Ah, es la más resplandeciente de las gemas. Ven, ¿te gustaría verla?

La Dama sonrió, con un aire de picardía y audacia, como. si estuviera un poco asustada de lo que hacía y salió del comedor. Ged fue detrás de ella y juntos cruzaron los estrechos corredores de la torre y descendieron por una escalera subterránea hasta una puerta aherrojada que él nunca había visto. La Dama abrió con una llave de plata, y miró a Ged con la misma sonrisa, como si lo desafiara a seguirla. Del otro lado de la puerta había un pasadizo corto y una segunda puerta, que Serret abrió con una llave de oro, y luego una tercera puerta, y ésta la abrió con una de las Grandes Palabras que desatan. Detrás de esa última puerta el candil ilumino un cuarto pequeño, como una celda, una mazmorra; suelo, paredes, techo: todo piedra tosca y desnuda.

—¿La ves? —preguintó Serret.

Ged miró alrededor del cuarto y su ojo de hechicero se detuvo en una piedra del suelo. Era tosca como todas las demás, y como ellas exudaba humedad, una pesada piedra de pavimento informe y en bruto. Pero Ged notó el poder de la piedra como si ella le hablara en voz alta. Y el aliento se le quedó en la garganta y durante un instante se sintió enfermo Aquella piedra era la piedra fundamental de la torre, y la celda era el centro, el corazón; y hacía frío allí, un frío cruel, glacial; nada podría calentar jamás aquel cuarto pequeño. Era algo que se remontaba a tiempos muy lejanos: un espíritu viejo y terrible estaba aprisionado en ese bloque de piedra. Ged inmóvil, no había contestado ni sí ni no. Al cabo de un momento, Serret, echándole una mirada rápida y curiosa, señaló la piedra:

—Aquí tienes el Terrenón. Te extraña que guardemos una joya tan preciosa en más profunda y secreta de nuestras cámaras?

Ged, pensativo y en guardia, tampoco esta vez respondió. Casi hubiera dicho que ella estaba probándolo; pero era posible que ella nada supiera de la naturaleza de la piedra, y por eso hablaba de ella con tanta volubilidad. No sabía bastante como para tenerle miedo.

—Dime qué poderes tiene —dijo Ged al fin.

—Fue hecha antes de que Segoy alzara las islas del mundo en el Mar Abierto. Fue hecha junto con el mundo, y perdurará hasta el fin del mundo. El tiempo no es nada para ella. Si pones la mano sobre ella y le haces una pregunta, te responderá, de acuerdo con el poder que haya en ti. Tiene una voz, si sabes escucharla. Hablará de las cosas

que han sido, son y serán. Predijo tu venida mucho antes de que tú llegaras a esta comarca. ¿Quieres hacerle una pregunta ahora?

—No.

—Te contestará.

—No tengo nada que preguntar.

—Podría decirte —murmuró Serret con una voz dulce— cómo derrotar a tu enemigo.

Ged no despegó los labios.

—¿Le tienes miedo a la piedra? —preguntó ella como si no pudiera creerlo; y él respondió:

—Sí.

En el frío y el silencio de muerte de aquella celda defendida por muros y muros de sortilegios y piedra, y a la luz del único candil que llevaba en la mano, Serret lo observó una vez más con ojos centelleantes.

—Gavilán —dijo—, tú no tienes miedo.

—No, pero no quiero hablar con ese espíritu —respondió Ged, y mirándola de frente agregó con una grave temeridad—: Ese espíritu, mi Señora, está aprisionado en una piedra, y la piedra está ahí condenada por un sortilegio de atadura y ceguera, y un encantamiento de reclusión y guardia, y las triples murallas de una fortaleza en un páramo desolado y baldío, y está ahí no porque sea preciosa sino porque puede hacer mucho daño. Ignoro lo que te han dicho cuando viniste. Mas tú que eres joven y de corazón tierno, sería mejor que no la tocaras, y que ni siquiera la miraras. No te procurará ningún bien.

—La he tocado. Le he hablado y la he oído hablar. No me ha causado ningún mal.

La Dama dio media vuelta y regresaron por las puertas y pasadizos, y al llegar a la ancha escalera de la torre, a la luz de las antorchas, Serret sopló la llama del candil. Se separaron con pocas palabras.

Poco durmió Ged esa noche. No era el pensamiento de la sombra lo que lo mantenía despierto; ese pensamiento había sido casi desplazado or la imagen pertinaz, insistente de aquella piedra, la piedra fundamental de la torre, y por la visión del rostro de Serret, a la vez claro y sombrío, a la luz del candil. No podía olvidar aquellos ojos clavados en él y trataba de decidir qué expresión habían mostrado cuando él se negó a tocar la piedra. ¿Era desdén o dolor? Cuando por fin se acostó y se durmió, las sábanas de seda estaban frías como el hielo, y se despertaba una y otra vez en la oscuridad, siempre pensando en la piedra y en los ojos de Serret.

Al otro día la encontró en el curvo salón de mármol gris, iluminado ahora por la luz declinante del sol, y en el que ella acostumbraba a pasar las tardes jugando con las doncellas o hilando

en la rueca. Le dijo:

—Dama Serret, he sido descortés. Te pido perdón.

—No… —respondió ella con aire pensativo, y repitió: —No… — Despidió a las doncellas que la acompañaban y cuando quedaron solos se volvió a Ged.— Mi huésped, mi amigo —le dijo—, tú eres muy clarividente pero acaso no veas todo lo que hay que ver. En Gont, en Roke, se enseña alta hechicería. Mas no toda la hechicería. Esto es Osskil, el País ,de los Cuervos: no es una comarca hárdica; no está por los magos, ni ellos saben mucho de ella. Acontecen cosas aquí que escapan al saber de los Maestros del Sur, y que no aparecen en las listas de Nombres. Uno teme siempre lo que ignora. Mas aquí, en la Corte M Terrenón, no tienes nada que temer. Por cierto, un hombre más débil podría tener miedo. Tú no. Tú eres el que ha nacido con el poder de dominar lo que está en el cuarto secreto. Lo sé. Y por eso estás ahora aqui.

—No entiendo.

—No entiendes porque mi señor Benderesk no te ha hablado con franqueza. Yo seré franca contigo. Ven, siéntate a mi lado.

Ged fue a sentarse junto a ella en el alféizar bajo guarnecido de cojines mullidos. La luz de la e moribunda los envolvía en un frío resplandor; abajo, en los páramos que ya se hundían en las sombras, la nieve de la noche pasada era un palio blanco y opaco sobre la tierra.

Serret habló en voz queda:

—Benderesk es Señor y Heredero del Terrenón, pero no puede utilizarla, no consigue que ella le obedezca. Tampoco yo puedo, sola o con él. Ni él ni yo tenemos el don y el poder necesarios. Tú sí, tú tienes las dos cosas.

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Por la Piedra misma! Te he dicho ya que habló de tu venida. Conoce a su amo. Ha estado esperando tu llegada. Te esperaba desde antes que tú nacieras, esperaba a aquel capaz de dominarla. Y aquél que consiga que el Terrenón responda y obedezca, ese hombre tiene poder sobre su propio destino: la fuerza de aplastar a cualquier contendiente mortal o de otro mundo, y clarividencia, y sabiduría, riqueza y poder, ¡y será hacedor de hechicerías capaces de humillar al Archimago mismo! Lo mucho o poco que quieras tomar de todo eso es tuyo; basta con que lo pidas.

Una vez más la Dama lo miro con ojos extraños y brillantes, y Ged se echó a temblar como transido de frío. Sin embargo había temor en el rostro de Serret, como si necesitara ayuda y fuese demasiado orgullosa para pedirla. Ged no sabía qué pensar. Mientras hablaba, Serret había puesto una mano sobre la de él; suave, y ligera, clara y menuda, contrastaba con la oscura y vigorosa mano de Ged. Ged dijo, suplicó:

—¡Serret! No tengo ese poder que me atribuyes… Si alguna vez lo tuve, he renunciado a él. Yo no puedo ayudarte, no, no puedo hacer nada por ti. Pero sé una cosa. Las Antiguas Potestades de la Tierra no están para servir a los hombres. jamás han sido puestas en nuestras manos, y en nuestras manos sólo engendrarán dolor y ruina. Lo maligno sólo puede obrar el mal. Yo no fui atraído a este sitio, he sido empujado, y la fuerza que me ha empujado hasta aquí trabaja para destruirme. No puedo ayudarte.

—Aquel que renuncia a su poder se ve a veces recompensado por un poder mucho más alto —dijo ella, y le sonrió, como si los temores y escrúpulos de Ged fuesen cosas de niño—. Quizá yo sepa más que tú de lo que te trajo aquí. ¿No te interpeló un hombre en las calles de Orrirny? Era un mensajero, un servidor del Terrenón. También él fue hechicero en un tiempo, y dejó la vara para servir a un poder más grande que el de la magia . Y viniste a Osskil y en los páramos trataste de luchar contra una sombra con la ayuda de tu vara de madera; y a duras penas pudimos saIvarte pues esa cosa que te persigue es demasiado astuta, y ya se había apoderado de una gran parte de tu fuerza… Sólo la sombra puede luchar contra la sombra. Sólo la oscuridad puede derrotar a la oscuridad. ¡Escúchame, Gavilán! ¿Qué necesitas, entonces, para derrotar a esa sombra que te aguarda fuera de estas murallas?

—Necesito lo que no puedo saber. Qué nombre tiene.

—El Terrenón, que conoce todos los nacimientos, las muertes, y todas las existencias antes y después de la muerte, los no-nacidos y los no mortales, el mundo de la luz y el de la oscuridad, te dirá ese nombre.

—¿Y el precio?

—No hay precio. Te obedecerá, te servirá como esclavo.

Tembloroso, atormentado, Ged no respondió. Ahora Serret le aferraba las dos manos y lo miraba a la cara. El sol se había hundido en las brumas que velaban el horizonte, y hasta el aire parecía empañado; sólo el rostro de Serret resplandecía triunfante, mirando a Ged y viendo como le flaqueaba la voluntad. Le susurró quedamente:

—Serás el más poderoso de los hombres, un rey de reyes. Reinarás y yo reinaré contigo…

Ged se levantó, y bastó un solo paso para que viera más allá, en la curva de la larga pared de la sala, al Señor del Terrenón: de pie junto a la puerta, escuchaba con una vaga sonrisa en los labios. A Ged se le aclararon los ojos y la mente. Miró a Serret.

—Es la luz lo que triunfa sobre la oscuridad —dijo, tartamudeando—, la luz.

Mientras hablaba vio, con tanta claridad como si las palabras mismas fuesen la luz que lo alumbraba, de qué modo lo habían

arrastrado allí, con engaños, aprovechando el miedo que le tenía a la sombra para atraerlo; y una vez que le tuvieran allí nunca dejarían que se fuese. Lo habían salvado de la sombra, sí, pero porque no querían que la sombra se adueñara de él antes de que se hubiera convertido en esclavo de la Piedra. Una vez que el poder de la Piedra lo dominara, permitirían que la sombra entrara en la fortaleza porque un gebbet era mejor esclavo que un hombre. Si hubiese tocado la Piedra una sola vez, si le hubiese hablado, no habría habido salvación para él. Sin embargo, así como la sombra no había conseguido darle alcance y apoderarse de él, así tampoco la Piedra había podido utilizarlo… no del todo. Había estado a punto de ceder, pero no del todo No había consentido, y es muy difícil que el Mal tome posesión de un alma que no consiente.

De pie entre los dos que habían cedido, que habían consentido, miraba de uno a otro, mientras Benderesk avanzaba.

—Te lo dije, Serret —dijo el señor del Terrenón con voz seca—, te dije que se te escaparía de las manos. Serán locos tus hechiceros de Gont, pero son ladinos. Y tú también estás loca, mujer de Gont, si imaginas que nos engañarás a los dos, a él y a mi, que puedes dominamos a los dos con tu belleza, y utilizar el Terrenón para tus propios fines. Pero yo soy el Señor de la Piedra, y esto es lo que le hago a la esposa desleal: Ekabroe al oelwantar… —Era un sortilegio de transformación, y Benderesk había levantado. las largas manos para convertir a la temblorosa mujer en alguna cosa inmunda, una marrana, un perro, o una bruja vieja y babosa. Ged se adelantó y de un manotazo bajó las manos del señor, a la vez que pronunciaba una sola palabra. Y a pesar de que no tenía vara y se hallaba en tierra extranjera, en tierra maldita, en el dominio de las tinieblas, fue la voluntad de Ged la que prevaleció. Benderesk se había quedado inmóvil, los ojos turbios y coléricos clavaos en Serret.

—Ven —dijo ella con voz trémula—, Gavilán, ven pronto, antes que pueda llamar a los Servidores de la Piedra…

Y como en un eco, un murmullo recorrió la torre, a través de las piedras del suelo y de los muros, un murmullo seco y trepidante, como si la torre misma hablara.

Serret tomó la mano de Ged, y corriendo por pasadizos y salones bajó con él la larga espiral de la escalera. Salieron al patio del castillo, donde los reflejos plateados del sol vespertino flotaban aún sobre la nieve pisoteada y sucia. Tres de los servidores del castillo les cerraron el paso, hoscos e inquisitivos, como si sospecharan que aquellos dos planeaban algo contra el Señor.

—La noche cae, Señora —dijo uno, y otro—: No podéis salir a cabalgar en esta oscuridad.

—¡Fuera de mi camino, inmundicias! —gritó Serret, y dijo algo en

la sibilante lengua osskiliana. Los hombres se apartaron de ella y cayeron al suelo. Uno de ellos no dejaba de gritar.

—Tendremos que salir por la puerta, no hay otra forma. ¿La ves tú? ¿Podrás encontrarla, Gavilán?

Le tironeó del brazo, mas Ged aún vacilaba.

—¿Qué les hiciste, qué sortilegio es ése?

—Les he echado plomo hirviente en la médula de los huesos, van a morir. Pronto, te digo, de prisa: lanzará sobre nosotros a los Servidores de la Piedra, y yo no encuentro la puerta… está defendida por un gran sortilegio. ¡Pronto!

Ged no entendía lo que Serret trataba de decirle, pues para él la puerta encantada era tan visible como la arcada del patio. Traspuso la arcada guiando a Serret, cruzó la nieve inmaculada del patio, y pronunciando un conjuro de apertura, atravesó con ella el portal de la muralla de sortilegios.

Cuando traspusieron esa última puerta, fuera ya del crepúsculo plateado de la Corte del Terrenón, ella se transfiguró. No porque fuera menos hermosa en la penumbra lóbrega de los páramos, mas su belleza tenía ahora un toque de brujesca ferocidad; y Ged la reconoció al fin: era la hija del Señor de Re Albi, hija de una bruja de Osskil, la que tiempo atrás, en los prados verdes de la casa de Ogión, se burlara de él incitándolo a leer el sortilegio que había liberado a la sombra. Pero no se demoró en estos pensamientos, pues ahora miraba atentamente alrededor, buscan o a aquel enemigo, la sombra que sin duda estaría esperándolo en alguna parte, fuera de las murallas mágicas. Quizá fuese todavía el gebbet, vestido con la muerte de Skior o escondido entre las sombras crecientes de la noche, informe y dispuesto a apoderarse de él y a ocupar la carne viviente de Ged. Ged no la veía, la sentía cerca.

De pronto vio una cosa pequeña y oscura, enterrada en la nieve, a pocos pasos de la puerta. Se inclinó, y la levantó con cuidado del suelo. Era el otak, el suave y corto pelaje cubierto de cuajarones de sangre y el cuerpecito menudo rígido, frío y sin peso.

—¡Transfórmate! ¡Transfórmate, ya llegan!… —gritó Serret aferrándole el brazo y señalando la torre que se alzaba a espaldas de ellos como un gigantesco diente blanco a la luz crepuscular. Unas criaturas negras salían reptando de las troneras cercanas al suelo, batían unas grandes alas y girando en círculos lentos se elevaban por encima de los muros y descendían hacia Ged y Serret, que esperaban inmóviles e indefensos en la ladera desnuda. El murmullo trepidante que habían escuchado dentro de la fortaleza era ahora mucho más fuerte, una queja, un estremecimiento de la tierra misma.

Una furia inconmensurable, un odio frenético contra todas las criaturas crueles y mortíferas que lo engañaban, le tendían celadas, lo

perseguían sin tregua, estalló en el corazón de Ged.

—¡Transfórmate! — gritó Serret, y ella misma habló en un susurro rápido, casi sin aliento, y se convirtió en una gaviota blanca, y echó a volar. Pero Ged se agachó, arrancó una brizna de hierba seca y frágil que asomaba en la nieve, en el mismo sitio en que yaciera el pequeño otak. La levantó y le habló en voz alta en el Habla Verdadera; y mientras hablaba, la brizna se alargó y espesó; y cuando Ged calló al fin, tenía en la mano una gran vara, una vara de hechicero. Ningún fuego rojo y maléfico se encendió o consumió a lo largo de la vara cuando las negras criaturas voladoras de la Corte del Terrenón se abatieron sobre Ged y él las golpeó; ardió, sí, con el fuego mágico que no quema, pero que ahuyenta la oscuridad.

Las criaturas volvieron al ataque: bestias torpes, engendros que venían de eras remotas, antes de que existieran el ave, el dragón o el hombre, olvidadas a lo largo de milenios por la luz del día, mas recordadas y convocadas por el poder maléfico e inmemorial de la Piedra. Lo cercaron, y como aves de rapiña se .abatieron sobre él. Ged sintió las garras que hendían el aire como guadañas todo alrededor, y el olor inmundo de las bestias. Se defendió y golpeó con furia feroz, atacándolas con la vara llameante nacida de su cólera y de una brizna de hierba.

Y de pronto todas a la vez, como cuervos aterrorizados por la carroña, se elevaron y se alejaron, silenciosas, sacudiendo las alas, en la dirección en que había desaparecido Serret, convertida en gaviota. Las grandes alas se movían lentamente, pero las criaturas eran rápidas, ya que cada aleteo las desplazaba a gran distancia por el aire.

Ninguna gaviota podría adelantarse durante mucho tiempo a ese vuelo sostenido, pesado.

Con tanta presteza como lo hiciera antaño en Roke, Ged tomó la forma de un gran halcón: no el halcón-gavilán del que llevaba el nombre, sino el Halcon Peregrino, veloz como una flecha, veloz como el pensamiento. Remontándose sobre alas listadas, aceradas y vigorosas, voló persiguiendo a los perseguidores. Ya el aire se oscurecía y algunas estrellas asomaban brillantes entre las nubes. Delante de él, a cierta distancia, volaba la hueste negra, ahora descendiendo hacia un unto, un punto en el aire. ,Más allá de la abominable bandada negra se extendía el mar, pálido al último resplandor ceniciento de la tarde. Directa y rápidamente el halcón-Ged se lanzó sobre ellas, y las criaturas de la Piedra se dispersaron como gotas cuando se arroja un guijarro al agua. Mas ya habían dado caza a la presa. Había sangre en el risco de una de aquellas criaturas y plumas blancas en a garras de otra, y ninguna gaviota volaba ahora delante de ellas rozando la espuma del mar pálido.

Y cuando ya, rápidos y torpes, adelantando y abriendo los picos

acerados, se precipitaban de nuevo sobre él, Ged se elevó con un solo movimiento y lanzó el grito del halcón, un grito de furia y desafío. Y sobrevolando como una flecha las playas bajas de Osskil, se remontó sobre las encrespadas olas del mar.

Las criaturas de la Piedra, graznando, volaron un momento en círculo, y luego, una por una, batiendo las pesadas alas, se alejaron tierra adentro, a través de los páramos. Las Antiguas Potestades jamás cruzarían las aguas del mar: cada una de ellas está ligada a una isla, un sitio, así sea caverna, piedra o manantial. Las negras emanaciones regresaban al castillo donde el Señor del Terrenón lloraría viéndolas volver, o quizá se reiría. Pero Ged, como una flecha infalible, como un pensamiento jamás olvidado, volaba y volaba, en alas de halcón con furia de halcón, sobre el Mar de Osskil, rumbo al levante, hacia los vientos del invierno, hacia la noche.

Ogión el Silencioso había regresado tarde a Re Albi de sus vagabundeos otoñales. Al filo de los años, se había vuelto más silencioso, más solitario que nunca. El nuevo Señor de Gont, que habitaba abajo en la ciudad, jamás había conseguido arrancarle una sola palabra, pese a que había escalado la montaña hasta el mismo Nido del Halcón, para que el mago lo ayudase a propósito de cierta aventura de piratería en las Andrades. Ogión, que hablaba con las arañas, y a quien se había visto saludando con cortesía a los árboles, rehusó decirle una sola palabra al Señor de la Isla, que se marchó muy descontento. Quizá también había cierto descontento o desazón en la mente del mago, pues había pasado todo el verano y el otoño solo, arriba en la montaña, y volvía tarde al hogar, cercano ya el Retorno del Sol.

Al día siguiente, se levantó ya entrada la mañana, y como quería beber una tisana de juncovivo, fue a buscar un poco de agua al arroyo que corría por la ladera, un poco más abajo. Las orillas del arroyo estaban escarchadas y unas flores de hielo estriaban el musgo marchito entre las rocas. Era pleno día, pero el sol no asomaría por detrás del espolón de la montaña antes de una hora; toda la vertiente occidental de Gont, desde las playas marinas hasta la cresta de la montaña, estaba sin sol, silenciosa y clara en la mañana de invierno. De pie junto al arroyo, el mago contemplaba las tierras en pendiente que descendían hacia el puerto y el inmenso piélago gris del mar cuando oyo por encima de él un batir de alas. Alzó los ojos y extendió un poco un brazo. Un gran halcón fue a posársele en la muñeca, aleteando con ruido. Y allí se quedó, como un ave de cetrería adiestrada, aunque no llevaba lonja rota, ni pihuelas m tampoco campanilla. Las garras se hundían con fuerza en la muñeca de Ogión; las alas listadas le temblaban; el ojo redondo, dorado, tenía una mirada opaca, extraviada.

—¿Eres mensajero o mensaje? —le dijo Ogión Con dulzura—. Ven conmigo… —Mientras hablaba, el halcón lo miraba. Ogión quedó un momento en silencio—. Yo a ti te he nombrado, una vez, creo —dijo , y se encaminó a la casa y entró, siempre con el ave en la muñeca. Hizo que el halcón se posara sobre el hogar, al calor del fuego, y le ofreció un poco de agua. El halcón no quiso beber. Entonces Ogión, muy tranquilo, empezó a componer un sortilegio, urdiendo la trama mágica más con las manos que con palabras. Cuando el sortilegio estuvo compuesto y tramado, dijo en voz baja: —Ged —sin mirar al halcón posado sobre el hogar. Esperó un momento, y. entonces se volvió, y se levantó, y fue hacia el joven que estaba de pie, tembloroso y con la mirada opaca delante del fuego.

Ged vestía pieles y sedas y plata, pero esas ropas de una extravagante riqueza estaban rotas y endurecidas por la sal marina y se mantenía en pie, flaco y encorvado, y los cabellos le caían sin vida alrededor de la cara marcada.

Ogión le quitó de los hombros la sucia capa principesca, lo condujo a la alcoba donde Ged durmiera antaño como aprendiz, hizo que se acostara en el jergón, y luego de musitar un sortilegio de sueño, lo dejó sólo. Ni una sola plalabra le había dicho a Ged, sabiendo que no había en él en ese momento ningún rastro de habla humana.

De joven, como todos los jóvenes, Ogión había pensado que era muy divertido adoptar por arte mágica cualquier forma que a uno se le antojase, hombre o bestia, árbol o nube, jugar a ser mil seres. Pero más tarde había conocido el precio de ese juego: el peligro de perder la pro ia identidad, de apartarse para siempre de la verdad. Cuanto más tiempo permanece un hombre en una forma que no es la suya, mayor es el riesgo. Todo aprendiz de mago conoce la historia del hechicero Bordger de Way, que se deleitaba en tomar la forma de un oso, y lo hizo tantísimas veces que al fin dejó de ser hombre y se transformó en oso; y en los bosques mató a su propio hijo, y fue cazado y muerto. Y nadie sabe cuántos de los delfines que saltan en las aguas del Mar Interior fueron en otros tiempos hombres, hombres sabios, que olvidaron su sabiduría y su nombre en la alegría de la mar turbulenta.

Ged había tomado la forma de un halcón en un momento de cólera y peligro, y cuando había huido de Osskil sólo había tenido un pensamiento: volar más rápido que la Piedra, más que la sombra, escapar para siempre de aquellos páramos glaciales y traicioneros, volver a casa. La furia y la ferocidad salvaje del halcón, comparables a las que él sentía, se habían adueñado de él, y la voluntad de volar era ahora la voluntad del halcón. De este modo había sobrevolado Enlade, posándose sólo una vez a beber en la laguna de un bosque solitario, pero en seguida había vuelto a volar, aterrorizado por la sombra que

venía detrás de él y así había cruzado el ancho aso de mar llamado las Fauces de Enlade, volando siempre, siempre hacia el este y el sur, con los contornos indistintos de las montañas de Oranea a la derecha y los más imprecisos aun de las montañas de Andrade a la izquierda, y sólo la extensión del mar delante de él, hasta que al fin apareció en la lejanía una ola inmóvil entre las olas, y cada vez más alta: la blanca cima de Gont. Durante ese largo vuelo a la luz del sol y las sombras de la noche, había usado las alas del halcón, y mirado con los ojos del halcón, olvidando sus propios pensamientos, hasta no conocer al fin nada más que lo que conoce el halcón: el hambre, el viento, el vuelo.

En ese vuelo había llegado al mejor de los puertos. Pocos había en Roke y sólo uno en Gont que pudieran devolverle la forma humana.

Despertó huraño y silencioso. Ogión tampoco le habló ese día, pero le dio carne y agua y dejó que Ged se sentara junto al fuego, encorvado, hosco y taciturno, como un gran halcón extenuado. Y cuando llegó la noche, Ged durmió. En la mañana del tercer día, cuando el mago estaba sentado junto al fuego contemplando las llamas, se le acercó y dijo:

—Maestro…

—Bienvenido, muchacho —dijo Ogión.

—He vuelto a ti tan insensato como me fui —dijo el joven, la voz áspera, grave. El mago le sonrió e invitándolo con un gesto a sentarse frente a él, del otro lado del hogar, se dispuso a preparar una tisana.

Estaba nevando, la primera nevada del invierno en las laderas bajas de la montaña de Gont. En la cabaña de Ogión, las ventanas y postigos estaban cerrados, pero se oía el golpe de los copos de nieve sobre el tejado, y la calma profunda de la nieve en toda la casa. Y así estuvieron largas horas sentados junto al fuego, mientras Ged narraba al viejo maestro lo que había ocurrido en los últimos años, desde que partiera de Gont a bordo del navío llamado Sombra.

Ogión no hizo ninguna pregunta, y cuando Ged terminó de hablar guardó silencio durante un largo rato, sereno, pensativo. Luego se levantó, puso sobre la mesa pan, queso y vino) y comieron juntos. Una vez terminada la comida y ordenado el cuarto, Ogión habló:

—Crueles cicatrices son las que tienes, muchacho —dijo.

—No tengo ningún poder contra esa cosa —respondió Ged.

Ogión sacudió la cabeza. Al cabo de un tiempo, volvió a hablar:

—Extraño —dijo—. Allá, en Osskil, tuviste poder suficiente. para vencer a un hechicero en su propio dominio. Tuviste poder suficiente para no caer en celadas y detener los ataques de los servidores de una Antigua Potestad de la Tierra. Y en Pendor para hacer frente y dominar a un dragón.

—Fue suerte lo que tuve en Osskil, no fuerza —respondió Ged, y otra vez se estremeció al pensar en aquel frío misterioso, mortal de la

Corte del Terrenón—. En cuanto al dragón, yo sabía cómo se llamaba. La cosa maligna, la sombra que me persigue, no tiene nombre.

—Todas las cosas tienen nombre —dijo Ogión, con tanta seguridad que Ged no se atrevió a repetir lo que había dicho el Archimago Gensher, que las fuerzas del mal como la que él había liberado no tenían nombre. El dragón de Pendor, en verdad, le había propuesto revelarle el nombre de la sombra, pero poco confiaba en la sinceridad de aquel ofrecimiento, ni creía tampoco en la promesa de Serret de que la Piedra le revelaría el nombre que necesitaba saber.

—Si la sombra tiene nombre —dijo al fin—, no creo que se detenga a decírmelo.-…

—No —respondió Ogión—. Pero tampoco tú te detuviste para decirle el tuyo. Y sin embargo ella lo sabía. En los páramos de Osskil te llamó por tu nombre, el nombre que yo te di. Es extraño, muy extraño…

Ogión calló, pensativo. Al cabo de un rato, Ged explicó:

—He venido aquí en busca de consejo, no de asilo, Maestro. No quiero atraer a esa sombra sobre ti, y si me quedase llegaría muy pronto. Una vez tú la echaste de este mismo cuarto…

—No; aquél no era más que! el presagio, la sombra de una sombra. Ahora no podría echarla. Sólo tú puedes hacerlo.

—Pero no tengo poder ante ella. Hay quizás algún lugar… —La voz se le apagó antes de concluir la pregunta.

—No hay ningún lugar donde puedas estar a salvo —dijo Ogión con dulzura—. No vuelvas a cambiar de forma, Ged. Lo que la sombra quiere es destruir tu ser verdadero. A punto estuvo de lograrlo, al inducirte a que tomaras la forma de un halcón. No, a dónde has de ir, lo ignoro. Pero alguna idea tengo de lo que te convendría hacer. Me es muy difícil decírtelo.

El silencio de Ged exigía la verdad, y Ogión dijo al fin:

—Tienes que regresar.

—¿Regresar?

—Si continúas así, si sigues huyendo, dondequiera que huyas siempre encontrarás el peligro y el mal, porque es ella la que te lleva, la que elige tu camino. Eres tú quien ha de elegir. Tienes que hostigar a quien te hostiga. Tienes que perseguir al cazador.

Ged callaba.

—En la fuente del río Ar —prosiguió el mago—, donde el torrente cae de la montaña hasta el océano, te di tu nombre. Un hombre puede saber a dónde va, mas nunca podrá saberlo si no regresa y vuelve a su origen, y atesora ese origen. Si no quiere ser una rama desgajada que va y viene y se hunde a merced de la corriente, entonces tendrá que ser el torrente mismo, todo él desde el nacimiento hasta la desembocadura en las aguas del mar. Tú, Ged, has vuelto a Gont, has

vuelto a mí. Vuélvete ahora, da la vuelta entera y busca la fuente misma, la fuente verdadera, y lo que está antes de la fuente. Sólo allí tendrás poder.

—¿Allí, Maestro? —dijo Ged con terror en la voz—. ¿Dónde?

Ogión no respondió.

—Si doy la vuelta —dijo Ged al cabo de un momento—, si como tú dices persigo al cazador, creo que la cacería no durará mucho. Todo cuanto la sombra desea es enfrentarme, cara a cara. Dos veces lo ha conseguido y dos me ha derrotado.

—La tercera es la de la magia —dijo Ogión.

Ged recorría el cuarto de arriba abajo, del hogar a la puerta, de la puerta al hogar.

—Y si me vence, si me derrota definitivamente —dijo, arguyendo tal vez con Ogión, tal vez consigo mismo—, se adueñará de mi saber y mi poder, y lo utilizará. Ahora sólo es peligrosa para mi. Pero si entra en mi y me posee, hará un mal enorme valiéndose de mí.

—Eso es cierto. Si te derrota.

—Y si huyo otra vez, volverá a encontrarme… Y en esa huida estoy consumiendo todas mis fuerzas. —Ged siguió yendo y viniendo por el cuarto un momento más. De pronto se volvió, y dijo arrodillándose a los pies del mago—: He acompañado a grandes hechiceros y he vivido en la Isla de los Sabios, mas tú, Ogión, eres mi verdadero maestro. —Hablaba con amor y con un júbilo sombrío.

—Bien —dijo Ogión—. Ahora lo sabes. Más vale tarde que nunca. Pero al final, tú serás mi maestro. —Se puso de pie, removió y atizó las ascuas en el hogar, y colgó la marmita sobre el fuego. En seguida, mientras se ponía el gabán de piel de cordero le dijo a Ged—: Tengo que llevar mis cabras al prado. Vigila el caldero.

Cuando regresó salpicado de nieve y pisoteando con fuerza, desprendiendo la nieve de las botas de piel de cabra, traía en la mano una rama de tejo larga y tosca. Durante todo el resto de la corta tarde, y después de la cena, trabajó en la vara a la luz de la lámpara, utilizando el cuchillo, la piedra de esmeril, y encantamientos. Muchas veces pasó las manos a lo largo de la madera como tratando de descubrir alguna imperfección. Ogión cantaba a menudo mientras trabajaba, Ged escuchaba todavía extenuado, y poco a poco el sueño empezaba a vencerlo, y de pronto se veía de niño en la cabaña de la bruja, en la aldea de Diez Alisos, una noche de nieve en la oscuridad, a la luz incierta de las llamas, y en el aire denso de humo, impregnado de la fragancia de las hierbas; y la mente de Ged flotaba a la deriva mientras escuchaba aquel largo canturreo que hablaba de sortilegios y de gestas de héroes en islas distantes, en tiempos remotos, en lucha contra potestades tenebrosas, vencedores o vencidos.

—Ya está —dijo Ogión, y le tendió a Ged la vara concluida—. El

Archimago te dio madera de tejo, una buena elección, y yo me atengo a ella. Esta vara estaba destinada a un arco largo, pero es mejor así. Buenas noches, hijo mío.

Ged no supo cómo darle las gracias y se retiró a la alcoba. Ogión lo siguió con la mirada y dijo, en voz demasiado baja para que Ged pudiese oírlo:

—Oh mi joven halcón, ¡vuela bien!

Cuando Ogión despertó, con el frío del alba, Ged había desaparecido. Sólo había dejado, a la manera de los hechiceros, trazado en runas de plata sobre la piedra del hogar, un mensaje que se desvaneció a medida que Ogión lo leía: «Maestro, salgo de caza».

La cacería

En la oscura madrugada de invierno, antes de la salida del sol, Ged se había puesto en marcha por el camino de Re Albi, y no era aún mediodía cuando llegó al Puerto de Gont. Ogión le había proporcionado un par de sobrecalzas gontescas, una buena camisa y un chaleco de cuero y lino para reemplazar las elegantes ropas osskilianas, pero Ged había pensado que en este viaje invernal le convenía conservar la capa principesca forrada de piel de pellawi. Así ataviado, con las manos vacías, excepto la vara oscura tan alta como él, llegó a los Portales, y los soldados que holgazaneaban apoyados de espaldas contra los dragones esculpidos, no necesitaron mirarlo dos veces para reconocer al hechicero. Apartaron las lanzas y lo dejaron entrar sin hacerle preguntas, y lo siguieron con la mirada calle abajo.

En los muelles y en la Casa de la Fraternidad del Mar, Ged preguntó si había algún navío que estuviera por zarpar hacia el norte o el oeste, con destino a Enlade, Andrad, Oranea. Todos le respondieron que ningún navío se haría a la mar desde el Puerto de Gont en una época tan próxima al Retorno del Sol, y en la Fraternidad del Mar le dijeron que ni siquiera las barcas de pesca saldrían de los Promontorios Fortificados con un tiempo tan incierto.

En la cantina de la Fraternidad del Mar le ofrecieron la comida, algo que un hechicero rara vez necesita pedir. Pasó un buen rato con ellos, los estibadores y los carpinteros de ribera y los maestros del vientos y nubes, escuchando con placer la conversación parsimoniosa de esos hombres de la mar, la lengua gontesca que farfullaban corno entre dientes. Ged hubiera querido quedarse allí en Gont y renunciar para siempre a la hechicería y a la aventura, olvidar todo poder y todo horror y vivir pacíficamente como un hombre cualquiera en la tierra natal, conocida y amada. Tal era su deseo, pero no su voluntad. No se quedó mucho tiempo en la Fraternidad del Mar. Luego de saber que ninguna nave saldría del puerto, echó a andar por la costa de la bahía hasta que llegó a la primera de las pequeñas aldeas del norte de la Ciudad de Gont, y allí, preguntando a los pescadores, dio al fin con uno que tenía una barca en venta.

El pescador era un hombre viejo y testarudo. La barca, de doce pies de largo, con tablas montadas unas sobre otras, estaba tan combada y rendida que a duras penas era apta para la mar, y sin embargo pidió por ella un alto precio: un sortilegio de protección en la mar para su propia barca, para él y para su hijo. Pues los pescadores gontescos no temen a nada, ni siquiera a los hechiceros, sólo al mar.

Ese sortilegio de protección marina que tanto aprecian en el

Archipiélago Septentrional jamás ha salvado a un hombre de la borrasca o del oleaje de una tempestad; pero echado por alguien que conoce los mares locales, las peculiaridades de una barca y el arte de la navegación, da al pescador una cierta seguridad cotidiana. Ged compuso el hechizo bien y con toda honestidad, trabajando toda la noche y el día siguiente, sin omitir nada, paciente y seguro pese a que durante todo ese tiempo el miedo le atenaceaba la mente y el pensamiento se le perdía por sendas oscuras, tratando de imaginar cómo, cuándo y dónde volvería a aparecersele la sombra. La tarea de componer, tramar y echar el sortilegio dejó a Ged muy fatigado. Pasó la noche en la cabaña del pescador, durmiendo en una hamaca de tripa de ballena, y se levantó al alba apestando a arenque seco, y bajó a la caleta al pie del Acantilado del Norte donde lo esperaba su nueva barca.

La empujó a las aguas tranquilas del embarcadero y al instante, con un murmullo lo sordo, la barca empezó a hacer agua. Ágil como un gato, Ged saltó a bordo y se puso a enderezar las tablas combadas, a reparar los espiches podridos, trabajando a la vez con herramientas y sortilegios, como solía hacerlo con Pechvarry en Baja Torninga. La gente de la aldea se había reunido en la playa, no demasiado cerca y miraba en silencio las manos ágiles de Ged, y escuchaba el canturreo con que le hablaba a la barca. También esta tarea la llevó a cabo con paciencia y a perfección, hasta que dispuso de una barca sólida y segura. Le colocó entonces a modo de mástil la vara que Ogión le había preparado, la aseguró con encantamientos y le puso de través una verga de madera resistente. Bajo esta verga tejió en el telar del viento una vela de sortilegios, una vela redonda, blanca como las nieves del Pico de Gont; y las mujeres la miraron y suspiraron de envidia. De pie junto al mástil, Ged alzó un viento de magia. La barca se deslizó sobre las aguas y ya en la bahía se volvió hacia los Promontorios Fortificados. Cuando los pescadores que lo observaban en silencio desde la orilla vieron como aquel bote de remos que siempre había hecho agua bogaba ahora a vela, rápido y sereno como un aguzanieves que echa a volar, prorrumpieron en vítores y se rieron y golpearon con los pies la arena de la playa barrida por el viento frío; y Ged, volviéndose un momento, los vio allí, aclamándolo, al pie de la mole dentada y sombría del Acantilado de Norte, donde los campos nevados de la montaña empezaban a trepar hacia las nubes.

Cruzó la bahía y entre los Promontorios Fortificados salió al Mar de Gont, rumbo al noroeste, a fin de pasar por el norte de Oranea, lo mismo que cuando había venido. No era un plan mi una estrategia pero rehaciendo en sentido contrario la ruta del halcón, desde Osskil, y a través de los días y los vientos, quizás encontrase a la sombra errante, o quizás ella le saliese directamente al paso. Pero a menos que

se hubiese retirado una vez más y para siempre al reino de los sueños, no podía dejar de ver a Ged que estaba buscándola a plena luz, en la mar abierta.

Era en la mar donde quería encontrarla, si tenía que encontrarla. No sabía muy bien por qué, pero la idea de tropezar con ella una vez más en tierra firme lo aterrorizaba. De la mar emergen monstruos y tempestades, mas no poderes maléficos: el mal pertenece a la tierra. Y en la comarca tenebrosa en donde Ged estuviera una vez, no hay mares ni ríos ni arroyos. La muerte es tierra seca. Aunque el mar fuese en sí mismo un peligro, ese cambio y esa inestabilidad le parecían a Ged una defensa, una esperanza. Y cuando encontrara por fin a la sombra, en el desenlace de esa loca aventura, quizá pudiera al menos aferrarse a ella, mientras ella se aferraba a él, y arrastrarlo con el peso de su cuerpo y el peso de su propia muerte a los tenebrosos abismos del mar, del que quizá nunca más volviera a emerger. De este modo la muerte acabaría con el mal que él había liberado en vida.

La barca surcaba una mar gruesa y turbulenta sobre la que pendían unas nubes flotantes y lúgubres como velos mortuorios. Ged no había levantado el viento mágico, y navegaba ahora con el viento del mundo, que soplaba con fuerza desde el noroeste; y cuando daba sustancia a la vela, tejida de sortilegios, a menudo con una palabra susurrada, la vela misma se tendía y giraba para atrapar el viento. De no haber recurrido a esa magia, le hubiera costado mantener el rumbo de la frágil barquilla en un mar tan borrascoso. Seguía adelante mirando con atención a los costados. La mujer del pescador le había dado dos hogazas de pan y un cántaro de agua, y al cabo de unas horas, cuando avistó por vez primera el Peñasco de Cameber, la única isla entre Gont y Oranea, comió y bebió, y pensó con gratitud en la silenciosa mujer gontesca. Dejando atrás el borroso contorno de la isla, viró ahora un poco más hacia el oeste, bajo una llovizna débil y espesa que en tierra hubiera podido ser una ligera nevada. No se oía otro ruido que los breves crujidos de la barca y el chapoteo de las olas en la proa. No se vela ninguna embarcación, ningún pájaro. Nada se movía excepto el agua eternamente móvil, y las nubes, parecidas a aquellas que habían flotado alrededor de él, creía recordar, cuando había volado como halcón hacia el este por ese mismo camino que ahora seguía hacia el oeste; entonces había mirado allá abajo el océano gris; ahora miraba allá arriba el aire gris.

Nada veía frente a él cuando miraba hacia adelante. Por último se levantó, aterido de frío, cansado de ese eterno espiar y otear y escudriñar el vacío lóbrego.

—Ven pues —murmuró—, ven aquí, ¿que esperas, Sombra?

Ninguna respuesta, ningún movimiento más oscuro entre las brumas y las olas oscuras. Y sin embargo, él sabía ahora, con una

certeza creciente, que la cosa no estaba lejos, y ya rastreaba a ciegas la estela fría de la barca. De pronto gritó:

—¡Aquí estoy, yo, Ged el Gavilán, y llamo a mi sombra!

La barca crujió, las olas cuchichearon, el viento silbó un instante sobre la vela blanca. Pasaban los minutos. Ged esperaba aún, una mano apoyada en el mástil de tejo, escudriñando la llovizna helada que en líneas lentas, dispersas, se desplazaba sobre el mar desde el norte. Pasaban los minutos. De pronto, a lo lejos, bajo la lluvia y sobre el agua, la vio venir.

Se había desprendido del cuerpo de Skior, el remero osskiliano, y ya no era aquel gebbet que lo había perseguido a través de los vientos y por encima de los mares. No tenía tampoco aquella forma de bestia que él había visto en el Collado de Roke, y en sueños. Y sin embargo, tenía una forma, aun a la luz del día. Persiguiendo a Ged, luchando con él en los páramos, había perdido parte de su poder: y el hecho de que Ged la llamara, de viva voz y a la luz del sol, le había dado o impuesto cierta forma, cierta apariencia humana. Y en verdad algo se parecía ahora a un hombre, aunque como sombra que era, no proyectaba ninguna sombra. Así avanzaba sobre el mar: salida de las Fauces de Enlade y hacia Gont, una forma indistinta, inconclusa, que caminaba con torpeza sobre las olas, escrutando el viento; y la lluvia fría soplaba atravesándola. Porque la luz del sol enceguecía a la sombra, y porque él la había llamado, Ged la vio antes de que ella pudiera verlo. La reconocía, así como ella lo reconocía a él, entre todos los seres, entre todas las sombras.

En la terrible soledad del mar invernal, de pie en la barca, Ged la vio, vio aquello que temía. Tuvo la impresión de que el viento alejaba a la sombra de la barca; pero el rolar de las olas le confundía la vista, y por momentos la sombra parecia estar más cerca. No podía saber si ella avanzaba o no. Lo había visto, ahora. Aunque no sentía otra cosa que horror, miedo a un posible contacto, a ese dolor negro y frío que le sorbía la vida, Ged esperó, inmóvil. De pronto, en un arranque, llamó de viva voz al súbito y recio viento de la magia, y la barca saltó sobre las olas grises hacia la cosa que flotaba en el viento.

En completo silencio, la sombra, vacilante, dio media vuelta y huyó.

Huyó hacia el norte, remontando el viento. Remontando el viento la siguió la barca de Ged, rapidez de sombra contra arte de magia, y la lluviosa galerna contra ellos dos. Y el joven azuzó a la barca, a la vela y al viento y a las olas, como azuza un cazador a los mastines cuando el lobo huye, e hinchó aquel velamen tejido de sortilegios con un viento que habría desgarrado cualquier otra vela y que lanzó a la barca sobre las olas como una ráfaga de espuma, más cerca, siempre más cerca de la cosa que huía.

De repente la sombra dio media vuelta, y pareció más vaga e indistinta, menos un hombre y más un poco de humo llevado por el viento. Se volvió otra vez y se alejó en la galerna, junto con el viento, como si fuera hacia Gont. Ged cambió el rumbo y la barca saltó como un delfín rolando en la súbita maniobra. Más veloz que antes la siguió, pero la sombra se hacía cada vez más informe, más inconsistente. La lluvia punzante, mezclada ahora con nieve y aguanieve, le golpeaba la espalda y la mejilla izquierda, y Ged ya no alcanzaba a ver a más de cien metros. La tempestad arreció y pronto la sombra se perdió de vista. Y sin embargo, Ged sabía por dónde había ido, como si siguiera el rastro de una alimaña sobre la nieve y no a un espectro fugitivo sobre las aguas. Y aunque el viento soplaba ora de popa, mantuvo en el velamen el canturreante viento mágico, y la espuma saltó en copos alrededor, y la barca se adelantó golpeando el agua.

Durante largo tiempo presa y cazador prosiguieron aquella loca, fantasmagórica carrera, y la tarde cayó rápidamente. Ged sabía que a la velocidad con que había navegado en las últimas horas tenía que estar al sur de Gont, alejándose de la isla y yendo hacia Spevy o Torheven, o quizá ya había dejado atrás esas islas y estaba acercándose al desnudo Confín. No lo sabía y no le importaba. Él era el cazador, el perseguidor, y el terror huía delante de él.

De pronto vio a la sombra, un instante, no muy lejos. El viento del mundo había amainado y la tormenta de aguanieve se había transformado en unas nieblas cada vez más densas, frías, rasgadas. Entre esas nieblas divisó a la sombra, que huía un poco hacia la derecha. Le habló a la vela y al viento, dio un golpe de timón, y la cacería continuó, aunque era otra vez una persecución a ciegas: la niebla se espesaba rápidamente deshaciéndose en burbujas y andrajos cuando tropezaba con el viento mágico, cerrándose alrededor de la barca en un palio indefinido, mortecino, que cegaba la luz. En el instante mismo en que se pronunciaba la primera palabra del hechizo que ahuyenta las neblinas, vio de nuevo a la sombra, siempre a la derecha, pero esta vez muy próxima, y marchando lentamente. La niebla flotaba en la vaguedad sin rostro de la cabeza, y sin embargo tenía el aspecto de un hombre, aunque deformado y cambiante; la sombra de un hombre. Ged viró la barca una vez, pensando que había dado por tierra al fin con la resistencia del enemigo; en ese mismo instante la sombra se desvaneció y lo que fue a dar por tierra fue la barca, al encallar y estrellarse contra el bajío rocoso que la niebla envolvente había ocultado. A punto de ser arrojado por la borda, Ged logró aferrarse al mástil-vara antes que la rompiente golpeara obra vez. Una ola enorme sacó a la barca del agua y la lanzó sobre una roca, como un hombre que levantara y aplastara un caracol.

La vara que Ogión había tallado era mágica y sólida. No se

rompió, y flotó en el agua como un tronco seco. Ged, siempre aferrado a ella, fue arrastrado por el reflujo a aguas más profundas, a salvo así, hasta la próxima ola, de estrellarse contra las rocas. Cegado por el salitre, sin aliento, trató de mantener a cabeza fuera del agua, de luchar contra el poderoso empuje del mar. Había una playa de arena un poco más allá de las rocas; la había visto un par de veces mientras nadaba alejándose de la rompiente. Esforzándose aún más y ayudado por el poder de la vara trató de acercarse a la orilla. No lo consiguió. El flujo y el reflujo de la marea lo sacudían de aquí para allá como un harapo, y las aguas profundas le sorbían rápidamente el calor del cuerpo, debilitándolo hasta que no pudo moverse. Había perdido de vista las rocas y la playa, y ya ni siquiera sabía para qué lado estaba mirando. Alrededor de él, de ajo de él, encima de él todo era un tumulto de agua que lo cegaba, lo estrangulaba, lo ahogaba.

Una ola se hinchó bajo la niebla desgarrada, lo envolvió y lo hizo rodar y rodar hasta arrojarlo como un trozo de madera sobre la arena.

Y allí quedó Ged abrazado siempre a la vara de tejo, acosado por las olas más débiles que en un precipitado reflujo trataban de arrastrarlo otra vez fuera de la arena, mientras la niebla se abría y se cerraba por encima de él. Poco después una lluvia de aguanieve empezó a golpearlo.

Por fin, después de mucho tiempo, Ged se movió. Se incorporó apoyándose sobre las rodillas y las manos, y se arrastró lentamente playa arriba, apartándose de la orilla del mar. Era ya de noche, pero susurró una palabra, y una pequeña luz fatua flotó alrededor de la vara. Guiado por esa luz, avanzó poco a poco hacia las dunas. Se sentía tan extenuado, tan des echo, tan transido de frío que ese arrastrarse por la arena mojada en la oscuridad sibilante, sacudida por el estruendo del mar, le pareció el trabajo más penoso de todos los que había hecho hasta entonces. Y una o dos veces le pareció que el ruido atronador del viento y el mar se extinguían, y que la arena mojada se convertía en polvo cuando la tocaba, y sintió detrás de él la mirada inmóvil de unas estrellas desconocidas; pero no levantó la cabeza, y siguió gateando, trepando, y al cabo de un rato oyó el jadeo de su propia respiración y sintió en la cara los latigazos inclementes del viento y la lluvia.

El movimiento le devolvió al fin un poco de calor, y cuando hubo trepado hasta las dunas, donde las ráfagas de viento y lluvia eran menos ásperas, consiguió ponerse de pie. Habló para que la vara diera más luz, pues el mundo era ahora completamente negro, y luego, apoyándose en la vara, siguió caminando, tambaleándose y deteniéndose, hasta recorrer cerca de un kilómetro tierra adentro. De pronto, desde la cresta de una duna oyó el ruido del mar, más fuerte, no detrás de él sino delante: las dunas descendían una vez más hacia

otra orilla. No se encontraba en una isla sino en un arrecife, un pequeño montículo de arena en medio del océano.

Estaba demasiado agotado para desesperar, pero algo así como un sollozo le brotó de la garganta y Ged se quedó allí largo rato Inmóvil, perplejo, sosteniéndose con la vara. Luego, tercamente, echó a andar otra vez, hacia la izquierda, así al menos tendría el viento detrás, y arrastrando los pies descendió paso a paso por la duna, tratando de encontrar entre las encorvadas matas de sargadilla, estriadas de escarcha, un hueco que pudiera brindarle algún abrígo. Al levantar la vara para ver qué había delante de él., vio en el borde más lejano del círculo de luz fatua un mortecino reflejo: una pared de troncos mojados por la lluvia.

Era una choza o una cabaña, pequeña y destartalada como si la hubiera construido un niño. Ged golpeó con la vara en la puerta baja. Siguió cerrada. La abrió de un empujón, y para entrar tuvo que doblarse casi en dos. Dentro de la cabaña no podía enderezarse del todo. Había brasas encendidas en el fogón, y en el débil resplandor rojizo Ged distinguió a un hombre de cabellos blancos y largos. que se encogía, presa de terror, contra la pared del fondo, y alguien más, no supo si hombre o mujer, que lo espiaba desde el suelo por entre un montón de trapos o cueros.

—No os haré daño —murmuró Ged.

No obtuvo respuesta. Miró a uno y luego al otro. Tenían los ojos en blanco de terror. Cuando Ged apoyó la vara en el suelo, el que yacía bajo el montón e trapos se escondió con un gemido. Ged se quitó la capa pesada de agua y hielo, se desnudó y fue a acurrucarse junto al fogón.

—Dadme algo con qué cubrirme —dijo. Estaba ronco y apenas si podía hablar, a causa del castañeteo de los dientes y e los largos temblores que le recorrían el cuerpo. Si lo oyeron, ninguno de los dos le respondió. Ged extendió la mano y sacó un trapo del montón que hacía las veces de lecho; quizás había sido una piel de cabra años atrás, pero ahora era todo andrajos y grasa negra. El que estaba escondido debajo del camastro-montón dejó escapar un gemido de terror, pero Ged no le hizo caso. Se restregó el cuerpo hasta secárselo y luego murmuró:

—¿Tienes leña? Carga un poco el fuego, abuelo. Vengo a ti en necesidad, no quiero hacerte ningún daño.

El viejo no se movió, lo observaba aterrorizado y estupefacto.

—¿Me entiendes? ¿No hablas hárdico? —Ged hizo una pausa y luego preguntó— ¿Kargo?

El viejo asintió, un solo movimiento de cabeza, brusco, seco, como una triste y vieja marioneta. Pero como ésa era la única palabra que Ged conocía de la lengua karga, allí acabó la conversación.

Encontró leña apilada contra una pared y él mismo alimentó el fogón y atizó las brasas, y luego, por medio de gestos, pidió agua, pues el agua salada que había tragado le había revuelto el estómago y ahora lo consumía la sed. Encogiéndose, el viejo le señaló una gran concha que contenía agua, y empujó hacia el fogón otra concha en la que había lonchas de pescado seco y ahumado. Así, cruzado de piernas junto al fuego, Ged bebió y comió un poco, y cuando hubo recobrado las fuerzas y el sentido de la realidad, se preguntó dónde estaba. Ni aun con el viento mágico podía haber navegado hasta los países kargos. Ese islote tenia que estar en el Confín, al este de Gont pero todavía al oeste de Karego-At. Parecía extraño que alguien pudiera vivir en un lugar tan pequeño, tan abandonado, un simple banco de arena; tal vez fueran náufragos; pero estaba demasiado extenuado para tratar de dilucidar ese misterio.

Acercó la capa al calor del fuego. La plateada piel de pellawi se secó rápidamente, y ni bien la lana que la recubría estuvo al menos tibia, Ged se envolvió en ella y se acostó junto al fogón.

—Dormid, buena gente —les dijo a sus silenciosos anfitriones, y apoyando la cabeza en el suelo de arena, se quedó dormido.

Tres noches pasó en la isla innominada, porque la primera mañana, cuando despertó, le dolían todos los músculos, y estaba afiebrado y enfermo. Todo ese día y la noche siguiente los pasó acostado al lado del fogón, como un leño que el mar había arrojado a la playa. Cuando despertó al día siguiente, tenía aún los miembros rígidos y doloridos, pero se sentía mejor. Se puso las ropas todavía con grumos de sal, pues no había agua dulce suficiente para lavarlas, y saliendo al viento de la mañana gris exploró el lugar al que había sido atraído por los ardides de la sombra.

Era un banco de arena rocoso de no más de un kilómetro de ancho y poco más de largo, rodeado de rocas y bajíos. Ningún árbol, ningún arbusto crecía allí, ninguna planta excepto la combada sargadilla. La cabaña estaba construida en un hueco de las dunas, y los dos viejos, el hombre y la mujer, vivían allí solos, en medio de la total desolación del mar desierto. Más que construida, estaba hecha de tablas y ramas secas, encontradas a orillas del mar. El agua provenía de un pequeño pozo salobre cercano a la cabaña; se alimentaban de pescados y moluscos, frescos o secos, y de algas. Los cueros andrajosos ue había en la cabaña, así como un pequeño surtido de agujas y anzuelos de hueso, y los tendones que utilizaban como líneas para pescar y como hurgones para despabilar el fuego, no provenían de cabras, como Ged había pensado al principio, sino de focas de piel manchada; y en verdad en lugares como ese se reunían las focas para tener cría en el verano. Pero nadie más va a un sitio semejante. Los dos viejos temían a Ged no porque lo creyeran un espíritu, ni porque

fuera un hechicero: le temían porque era un hombre. Se habían olvidado de que había en el mundo otros seres humanos.

El hosco terror del viejo era constante. Cuando le parecía que Ged se acercaba demasiado, retrocedía de un salto, espiándolo a hurtadillas por detrás de la mata de delo, canosa y sucia. Al principio, la mujer lloriqueaba y se escondía bajo su montón de andrajos cada vez que Ged se movía, pero durante las largas horas que había pasado en la cabaña oscura, dormitando y delirando de fiebre, la había visto agacharse junto a él y mirarlo con ojos extraños, con una mirada vacía y a la vez anhelante; y poco después ella le había traído un poco de agua. Cuando Ged se había sentado para tomar la concha de las manos de la mujer, ella se había asustado y la había dejado caer, derramando toda el agua, y luego se había, echado a llorar, y se había enjugado las lágrimas con los largos cabellos cenicientos.

Ahora lo observaba mientras él trabajaba en la playa, tallando maderos traídos por la corriente y tablas de su propia barca que la marea había arrojado a la orilla, para hacer una nueva barca, con la ayuda de la tosca azuela de piedra del vicio y de un sortilegio de atar. No se trataba de una reparación, ni de la construcción de una barca, pues no contaba con madera suficiente, y le faltaban muchas cosas, que sólo podía obtener por medios mágicos. Sin embargo la vieja no observaba tanto su obra maravillosa como lo observaba a él, con esa misma expresión anhelante en los ojos. Al cabo de un rato se marchó, y un momento después volvió con un regalo: un puñado de mejillones que había juntado en las rocas. Ged los comió allí mismo, tal como ella los había traído, crudos y empapados en agua de mar, y le dio las gracias. Como si de pronto hubiese cobrado ánimo, la vieja fue a la cabaña y cuando volvió traía algo otra vez, un paquete envuelto en un trapo.

Tímidamente, sin apartar un solo instante los ojos del rostro de Ged, desenvolvió su tesoro y lo levantó para que él lo viera.

Era un vestidito de niña, de brocado de seda, enteramente recamado, rígido, de perlas diminutas, sucio de sal y amarillo por los años. En el pequeño corpiño las perlas trazaban una figura que Ged conocía: la doble fecha de los Hermanos de Dios del Imperio Kargo, y sobre ella una corona real.

La vieja, arrugada, sucia, toscamente vestida con un saco de piel de foca mal cosido, señaló primero el pequeño vestido de seda y luego se señaló a sí misma, y sonrió: una sonrisa dulce, inexpresiva, como la de un bebé. De algún bolsillo secreto cosido a la falda del vestido, extrajo un objeto pequeño y se lo tendió a Ged. Era un trocito de metal oscuro, quizás el resto de una joya, el semicírculo de un anillo roto. Ged lo miró, pero ella le indicó que se quedara con él, y no quedó satisfecha hasta que él lo tomó; entonces ella sacudió la cabeza

y volvió a sonreír: le había hecho un regalo. El vestido lo envolvió otra vez con mucho cuidado en el harapo grasiento, y arrastrando los pies volvió a la cabaña a esconder su tesoro.

Ged se deslizó el anillo en el bolsillo de la túnica casi con el mismo cuidado. Sospechaba ahora que quizás aquellos dos desdichados eran hijos de una familia real del Imperio Kargo; un tirano o un usurpador que temía derramar sangre real los había desterrado a una isleta innominada, para que vivieran o perecieran lejos de Karego-At. Él sería acaso, en ese entonces, un niño de ocho o diez años y ella una preciosa y saludable princesita, con vestido de seda y perlas; y habían v vivido y sobrevivido solos, cuarenta, cuarenta y cinco años, en un peñasco en medio del océano, príncipe y princesa de la Desolación.

Pero la verdad de esta sospecha no la conoció hasta años más tarde, cuando la búsqueda del Anillo de Erreth-Akbé lo llevó a las Comarcas Kargas, y a las Tumbas de Atuán.

La tercera noche de Ged en la isla terminó en un amanecer pálido y sereno. Era el día del Retorno del Sol, el día más corto del año. La pequeña barca de madera y magia, de resaca y sortilegios, estaba ya pronta. Había intentado explicar a los viejos que podía llevarlos a cualquier isla, a Gont o Spevy o las Toriclas, hasta los hubiera desembarcado en una playa solitaria de Karego-At si ellos se lo hubiesen pedido, pese a que las aguas kargas no eran lugar seguro para un archipielagiano. Pero no querían abandonar aquella isla desolada. La vieja parecía no comprender lo que Ged trataba de decir con palabras y gestos: el viejo comprendía, y rehusaba. Todo el recuerdo que tenía de otras tierras y otros hombres era una pesadilla infantil, una pesadilla de sangre, de gigantes y gritos. Ged leía todo eso en el rostro arrugado, mientras el viejo meneaba y volvía a menear la cabeza.

De modo que esa mañana Ged llenó un odre de piel de foca con agua del pozo, y como no podía agradecer a los viejos el fuego y la comida, y no tenía ningún regalo que pudiera darle a la vieja, hizo lo que pudo y echó un sortilegio en aquel insalubre surtidor de agua salada. El agua brotó de la arena dulce y límpida come, la de cualquier manantial de montaña en las alturas de Gont. Y nunca dejó de manar. Y es por eso que ese lugar de dunas y rocas ha sido incluido en los mapas y tiene un nombre: los navegantes lo llaman la Isla del Manantial. Pero la cabaña ha desaparecido, y las tempestades de numerosos inviernos no han dejado ningún rastro de los dos seres que allí vivieron y que allí murieron solos.

Permanecieron encerrados en la cabaña, como si temieran mirar, cuando Ged botó la barca en la punta arenosa del sur de la isla. Dejó que el viento del mundo, que soplaba constante desde el norte,

hinchara el velamen de lienzo mágico, y la barca se deslizó veloz sobre las aguas.

Extraña era por cierto aquella travesía, aquella búsqueda a través de los mares, pues como bien lo sabía Ged, aunque él era el cazador no sólo ignoraba qué presa perseguía sino también en qué región de toda Terramar podría encontrarla. Tenía que dejarse guiar por la intuición, por corazonadas, por la suerte, como si la presa fuese el cazador. Confundido Ged por las sombras impalpables, confundida la sombra por la luz del día y las cosas sólidas, ninguno veía el ser del otro. Ged sabía al menos que él era ahora el cazador, ya no la presa. Pues la sombra, después de haberle atraído con ardides al arrecife, hubiera podido echarse sobre él mientras yacía medio muerto en la playa mientras gateaba a ciegas por las dunas en la oscuridad, Izad, en el corazón de la tormenta; sin embargo, no había aprovechado esa oportunidad. Lo había atraído a una celada y había partido al instante, en fuga precipitada: ahora no se atrevía a enfrentarlo. En eso veía Ged que Ogión había dicho la verdad: mientras él la enfrentase, la sombra no podría destruirlo. Tenía pues que continuar enfrentándola, persiguiéndola, aunque el rastro ya se hubiera enfriado en la helada inmensidad de los mares , aunque no tuviese nada que lo guiara salvo el azar de, que el viento del mundo soplara hacia el sur, y una vaga sospecha, un presentimiento de que el sur, o quizás el este, era el rumbo adecuado.

No había caído aún la noche cuando vio a lo lejos y a la izquierda la línea larga y borrosa de una costa, una tierra extensa, probablemente Karego-At. Cruzaba ahora las rutas marítimas de ese bárbaro pueblo de hombres blancos. Mirando con atención, por si aparecía a la vista alguna galera o un galeón kargo, recordó, mientras navegaba en el bermejo atardecer, aquella mañana de su infancia en la aldea de Diez Alisos los guerreros empenachados, el fuego, la bruma… Y al pensar en ese día vio de pronto, con un sobresalto en el corazón, de qué modo la sombra había querido engañarlo con la misma estratagema que él había utilizado antes, levantando aquella niebla alrededor en pleno mar, como si la hubiese traído desde el pasado, para que no viera el peligro y así llevarlo engañado a la muerte.

Continuó navegando hacia el sureste, y cuando la noche cayó en la orilla oriental del mundo, la línea de tierra se hundió y desapareció. Los últimos resplandores del poniente iluminaban aún las crestas de espuma con un brillo rojizo, pero los huecos entre las olas eran pozos de oscuridad. Ged cantó en voz alta el Villancico del Invierno, y los cantos que recordaba de la Gesta del Joven Rey, pues eso es lo que se canta en la fiesta del Retorno del Sol. La voz de Ged era clara, pero no tenía ninguna resonancia en el vasto silencio del mar. Pronto llegó la

noche, y con ella llegaron las estrellas.

Durante toda esa noche, la más larga del año, Ged permaneció en vela, observando las estrellas, viendo cómo aparecían a la izquierda de él, surcaban el cielo y se hundían a la derecha en lejanas aguas negras. Mientras, el largo viento del invierno lo llevaba siempre hacia el sur, sobre un mar invisible. De vez en cuando dormía. un momento, para despertarse de golpe, con un sobresalto. Esa barca en que navegaba no era una barca, más de la mitad era magia y sortilegio, y el resto tablas viejas y madera de resaca: si se descuidaba por un momento los hechizos de forma y atadura que la sostenían, pronto se desarmaría y se dispersaría flotando a la deriva como un pequeño despojo. Y la vela, tejida de magia y aire, no resistiría mucho tiempo contra el viento si él se dormía: ella misma se transformaría en un soplo de viento. Los sortilegios de Ged eran eficaces y poderosos, pero cuando la materia sobre la que obran tales sortilegios es escasa, el poder que los mantiene ha de ser renovado constantemente: por esa causa Ged no durmió aquella noche. Más seguro y más rápido habría sido atravesar aquellas extensiones como halcón o delfín, pero Ogión le había aconsejado no cambiar de forma, y él conocía el valor de los consejos de Ogión. Siguió pues navegando rumbo al sur, bajo las estrellas que iban hacia el oeste, y la noche fue larga y lenta, hasta que el primer día del año nuevo brilló sobre todo el mar.

Poco después de la salida del sol vio tierra adelante, pero poco o nada avanzaba la barca. El viento del mundo había cesado en el amanecer. Levantó hasta la vela un ligero viento de magia, que lo condujera hacia esa orilla. Desde que la había visto allá a lo lejos, el miedo había vuelto a dominarlo, un terror insondable que lo empujaba a dar media vuelta, a huir. Y siguió detrás de ese miedo como el cazador sigue una pista, la huella ancha y pesada de las zarpas de un oso, que en cualquier momento puede abalanzarse sobre él desde la espesura. Porque ahora estaba cerca: lo sabía.

Era una tierra muy extraña en verdad la que veía asomar sobre el mar a medida que iba aproximándose. Lo que de lejos parecía ser la muralla escarpada de una sola montaña, estaba dividido en varios riscos largos y abruptos, una serie de islas quizás, entre las que el mar penetraba formando estrechos y canales. En Roke, en la Torre del Maestro de Nombres, Ged había estudiado largamente numerosos mapas y cartas de navegación, pero casi todas eran del Archipiélago y de los mares interiores. Ahora estaba más allá, en el Confín del Levante, e ignoraba qué isla podía ser aquélla. Aunque esto no le preocupaba. Era miedo lo que lo esperaba allí delante, un miedo que lo acechaba escondido entre las laderas y los bosques de la isla, y directamente hacia él enfiló Ged la barca.

Ahora los negros acantilados erizados de bosques se cernían altos,

sombríos y amenazantes, y la espuma de las olas que rompían contra los promontorios rocosos rebotaba y salpicaba con violencia la vela, mientras el viento de magia empujaba la barca entre dos grandes cabos separados por un brazo de mar, un estrecho no más ancho que el largo de dos galeras y que penetraba en las profundidades de la isla. El mar, confinado en el estrecho, se agitaba hostigando las orillas escarpadas. No había playas, pues los acantilados caían a pique, y ensombrecían las aguas con el reflejo frío de las cimas. Era una mañana sin viento, y muy silenciosa.

Ya la sombra lo había hecho caer en una trampa en los páramos de Osskil y en otra arrastrándolo en la niebla hacia las rocas. ¿Habría ahora una tercera trampa? ¿Era él quien la había seguido hasta allí, o lo había atraído ella, a otra celada?

Ged lo ignoraba. Sólo conocía dos cosas: aquel miedo atormentador y la necesidad de seguir adelante y llevar a cabo lo que se había propuesto: perseguir al mal sin sosiego, acorralarlo, ir detrás del terror hasta su fuente misma. Timoneaba la barca con infinita cautela, escrutando atrás y adelante, y de arriba abajo, los acantilados que lo flanqueaban. Había dejado atrás, en alta mar, la luz del nuevo día. Allí todo era oscuridad. Cuando volvía la cabeza, la entrada del estrecho entre los promontorios le parecía una puerta ancha y lejana brillantemente iluminada. Los acantilados eran cada vez más altos a medida que se aproximaban al corazón de los montes, y el brazo de mar cada vez más estrecho. Ged escrutaba delante de él la grieta oscura, y a derecha e izquierda las enormes laderas cavernosas, desmoronadas, de donde colgaban árboles contrahechos, con la mitad de las raíces al aire. Nada se movía. Ahora estaba llegando al final del pasadizo, una mole de roca desnuda y rugosa, que las últimas olas, aprisionadas entre las dos orillas de un canal no más ancho que un arroyo, lamían débilmente. Las piedras despeñadas, los troncos podridos y las raíces de los árboles contrahechos dejaban un espacio a duras penas suficiente para maniobrar. Una trampa: una trampa siniestra bajo las raíces de la montaña silenciosa, y Ged había caído en esa trampa. Nada se movía, ni delante de él ni por encima de él. Todo estaba mortalmente quieto. No podía seguir.

Hizo que la barca diera media vuelta, maniobrando con prudencia y utilizando sortilegios y un remo improvisado para evitar que chocase debajo del agua contra las rocas o se enredase en las raíces y ramas, largas y enroscadas como tentáculos. Estaba ya de proa hacia la salida, y se disponía a levantar un viento que lo llevase por el canal en sentido contrario, cuando de pronto las palabras del sortilegio se le helaron en los labios, y se le enfrió el corazón. Volvió la cabeza por encima del hombro. La sombra estaba allí, en la barca, detrás de él.

La pérdida de un solo instante hubiera sido la pérdida de Ged,

pero no titubeó, y se precipitó para asir y retener aquella cosa que flotaba y temblaba, allí al alcance del brazo. Ninguna magia lo ayudaría ahora; sólo con su carne, con su vida podía luchar contra la no-vida. No pronunció una sola palabra, pero atacó, y la barca se hundió y cabeceó con la violencia de Ged. Y un dolor le corrió desde los brazos al pecho, quitándole el aliento, y un frío glacial lo atravesó, y lo encegueció; pero en las manos que sujetaban a la sombra no había nada… sólo oscuridad, aire.

Tropezó, y se aferró al mástil para detener la caída, y la luz le volvió a los ojos como un rayo. Vio a la sombra que se alejaba, temblorosa y encogida, y que luego se extendía por encima de él, por encima de la vela apenas un instante. De pronto, como una negra bocanada de humo al viento, se replegó y huyó, informe, a ras del agua, hacia la puerta Iluminada entre los promontorios.

Ged cayó de rodillas. La pequeña barca hecha de sortilegios y remiendos volvió a cabecear, se meció un momento, y luego bogó a la deriva, llevada por las olas. Ged, que seguía acurrucado, aturdido y con la mente en blanco, tratando sólo de respirar, sintió de pronto bajo las manos un chorro de agua fría, y comprendió que tenía que ocuparse de la barca pues los sortilegios que la mantenían unida se estaban debilitando. Se levantó, y sosteniéndose en la vara que hacía las veces de mástil, volvió a tramar lo mejor que pudo el sortilegio de atadura. Estaba exhausto y transido de frío; sentía un dolor lacerante en las manos y los brazos y no había en él ningún poder. Hubiera deseado echarse allí, en ese oscuro paraje en que se unían el mar y la montaña, y dormir, dormir acunado por el movimiento incesante de las olas.

No sabía si ese agotamiento súbito era algún maleficio que le había echado la sombra al huir, o consecuencia del frío espeluznante del contacto con ella; o si no era más que hambre, o necesidad de dormir y de recuperar las energías perdidas; pero luchó contra ese cansancio, se esforzó por levantar un ligero viento de magia que hinchara la vela y por seguir navegando en el oscuro brazo de mar por donde había huido la sombra.

Ya no había terror. Ya no había alegría. Ahora él no era ni el cazador ni la presa. La aventura ya no era un episodio de caza. Por tercera vez la sombra y él se habían encontrado y se habían tocado: por su propia voluntad él había corrido detrás de ella, había tratado de echarle las manos encima y atraparla. No había podido retenerla, pero había forjado un vínculo entre ellos, un lazo indestructible. Ya ni siquiera era necesario que la persiguiera, que le siguiera la pista, que la acorralara; ni de nada le valdría a ella, además, que tratara de huir de él. Para ellos no había escapatoria. Cuando llegaran al lugar preciso y a la hora de encontrarse por última vez, se encontrarían.

Pero hasta ese momento, y en cualquier otra parte que no fuese ese lugar, no habría para Ged paz ni sosiego, de día y de noche, en mar y en tierra. Ahora sabía, y era cruel saberlo, que su tarea nunca había consistido en tratar de deshacer lo que había hecho sino en terminar lo que había empezado.

Salió al fin del canal entre los acantilados negros, y el vasto cielo de la mañana resplandecía sobre el mar, y un viento de bonanza soplaba del norte.

Bebió el agua que le quedaba en el odre de piel de foca y bordeando la costa más occidental desembocó en un ancho estrecho que separaba el promontorio de una segunda isla, más hacia el oeste. Entonces, recordando las cartas de navegación del Confín del Levante, reconoció el paraje. Eran las Manos, un par de islas solitarias cuyos montes se extienden como dedos que apuntaran hacia el norte, señalando a los países Kargos. Continuó navegando entre las Manos, y cuando unas nubes de borrasca empezaron a oscurecer la tarde, recaló en la costa sur de la isla occidental. Había divisado allí, no lejos de la orilla, una pequeña aldea y un río que descendía turbulento para volcarse en el océano; y poco le importaba que lo acogieran bien o mal, con tal de conseguir un poco de agua, el calor de un fuego, y dormir.

Los aldeanos eran gentes rústicas y tímidas, y aunque les impresionaba la vara de hechicero, y no les gustaban las caras extrañas, se mostraron hospitalarios con alguien que llegaba solo del océano, y antes de una tempestad. Le ofrecieron carne y bebida en abundancia, y el calor del fuego y la compañía reconfortante de las voces humanas que hablaban su misma lengua hárdica. Y más aún, le dieron agua caliente para que se quitara el frío y la sal del mar, y una cama para dormir.

Iffish

Tres días pasó Ged en aquella aldea de la Mano Oeste, recobrando fuerzas y aprontando una barca hecha no de sortilegios y despojos marinos sino de buena madera espichada y calafateada, con un mástil sólido y una vela verdadera, en la que podría navegar más tranquilo y dormir cuando necesitara hacerlo. Como la mayoría de las embarcaciones del Norte y de los Confines, era una barca de planchas montadas y remachadas una sobre otra para asegurar la resistencia M casco en una mar arbolada; era una barca fuerte y bien construida. Ged reforzó el maderamen con encantamientos profundamente entramados porque pensaba que quizá tuviera que navegar muy lejos. Podía llevar dos o tres tripulantes, y el viejo que era su dueño decía que él y sus hermanos habían navegado con mal tiempo en mar gruesa y que la barca se había comportado como era de esperar.

A diferencia del astuto pescador de Gont, este viejo, maravillado y atemorizado por los poderes mágicos de Ged, le había regalado la barca de buena gana. Pero Ged se la pagó en moneda de mago, curándole las cataratas que estaban a punto de dejarlo ciego. Y el viejo le dijo entonces, feliz:

—Nosotros la llamábamos Chorlito Blanco, mas tú llámala Miralejos, y píntale ojos, uno a cada lado de la proa y mi gratitud vigilará por ti desde esa madera ciega y te protegerá de arrecifes y rocas. Porque había olvidado cuánta luz hay en el mundo, hasta que tú me la devolviste.

Otros trabajos hizo también Ged mientras permaneció en aquella aldea, al pie de los escarpados bosques de la Mano, recuperando sus poderes. Aquellos aldeanos eran como los que había conocido de niño en el Valle Septentrional de Gont, aunque más pobres todavía. Se sentía con ellos como en su propia casa, como jamás se sentiría en los castillos de los ricos, y sin tener que hacer preguntas conocía bien cuáles eran las amargas necesidades de esas gentes. Echó pues encantamientos de cura y protección sobre los niños inválidos y enfermizos y sortilegios de crecimiento sobre los descarnados rebaños de cabras y ovejas de los aldeanos; trazó la runa Simn en los usos y telares, los remos de embarcaciones y las herramientas de bronce y piedra que le llevaban, para que trabajaran bien, y sobre los techos de tronco de las cabañas, la runa Pirr, que protege la casa y a sus habitantes del fuego, el viento y la locura.

Cuando la barca Miralejos estuvo pronta y bien aprovisionada de agua y pescado seco, Ged se quedó un día más para enseñar al joven trovador de la aldea la Gesta de Morred y el Lay Havnoriano. Rara vez algún navío del Archipiélago hacía escala en las Islas: los cantares

compuestos cien años atrás eran nuevos para aquellos aldeanos, que deseaban oír las hazañas de los héroes. De haber estado libre de lo que pesaba sobre él, Ged se habría quedado allí de buen grado una semana o un mes, para cantarles lo que sabía, para que los grandes cantares pudieran conocerse en otras tierras. Pero no estaba libre, y a la mañana siguiente izó la vela y zarpó en línea recta rumbo al sur a través de los vastos mares del Confín. Porque rumbo al sur había huido la sombra. No necesitaba para saberlo echar un encantamiento de busca: lo sabía con tanta certeza como si estuviera unido a la sombra por una cuerda larga y fina que se desenroscaba y en roscaba entre ellos, por muchas millas y mares y tierras que pudieran separarlos. Continuó navegando, sin prisa y sin esperanza, y el viento del invierno lo empujó hacia el sur.

Un día y una noche navegó por el mar solitario, y al segundo día llegó a una isla pequeña, que según le dijeron se llamaba Vemish. En el pequeño puerto las gentes lo miraban con desconfianza y pronto acudió el hechicero de la aldea. Observó a Ged con ojos penetrantes, y luego se inclinó y dijo en un tono de voz que era a la vez lisonjero y pomposo:

—¡Señor Hechicero! Perdona mi temeridad y hónranos aceptando lo que puedas necesitar en el viaje: víveres, agua, lienzo de velas, cabos… Mi hija lleva en este momento a tu barca un par de gallinas recién asadas… Me parece prudente, sin embargo, que prosi gas tu camino tan pronto como lo creas oportuno, Las gentes de aquí están atemorizadas. No hace mucho, en verdad anteayer, se vio a alguien que atravesaba esta humilde isla a pie —y de norte a sur, mas no se vio barca alguna que llegara con él a bordo, ni barca que partiera con él, y al parecer no proyectaba ninguna sombra. Quienes lo han visto me dicen que tenía cierta semejanza contigo.

Al oír eso, Ged saludó con una inclinación de cabeza, dio media vuelta, regresó al puerto de Vemish y sin volver los ojos se hizo a la mar. Nada ganaría con asustar a los isleños o con granjearse la enemistad de su hechicero. Prefería dormir otra vez en el mar, y reflexionar sobre la noticia que le había dado, que era una dolorosa sorpresa.

Acabó el día y la noche transcurrió con una lluvia fría que murmuró sobre el mar durante las horas de oscuridad y el amanecer gris. La barca Miralejos seguía navegando, siempre llevada por el viento norte. Pasado el mediodía, la lluvia y la bruma se disiparon y de tanto en tanto brilló el sol; hacia el atardecer de ese mismo día Ged divisó a proa las bajas colinas azules de una gran isla, iluminada por el sol vacilante del invierno. El humo de las chimeneas trepaba lento y azul por encima de los techos de pizarra arrebujados entre las colinas, un paisaje reconfortante en medio de la vasta monotonía del mar.

Ged siguió hasta el puerto a una flotilla de pesca, y remontando las calles del poblado a la luz dorada del crepúsculo invernal, dio con una posada, El Harrekki donde el fuego del hogar, la cerveza liviana y unas costillas de camero le calentaron el alma y el cuerpo. Había otros viajeros sentados a las mesas de la taberna, dos o tres mercaderes del Confín Este, pero la mayor parte de los parroquianos eran lugareños que iban en busca de buena cerveza, noticias y conversación. No eran tímidos y rústicos como los humildes pescadores de las Manos; eran verdadera gente de ciudad, alerta y reposada. Sin duda reconocieron en Ged al hechicero, mas nadie dijo una sola palabra excepto el posadero, quien en medio de la conversación (y era por cierto un hombre muy locuaz) mencionó que ese burgo, Ismay, tenía la suerte de compartir con otros burgos de la isla el inestimable tesoro de un hechicero consumado, de la Escuela de Roke, que había recibido la vara de manos del Archimago en persona, y que si bien por el momento estaba ausente, vivía en Ismay, en una casa solariega, de modo que no les hacía falta ningún otro practicante de las Altas Artes.

—Como bien dicen, dos regidores en la misma ciudad terminan a los palos. ¿No es así, Señor? —dijo el posadero con una sonrisa maliciosa.

Así fue informado Ged de que si era un hechicero trashumante, que buscaba ganarse la vida obrando sortilegios, allí no lo necesitaban. Despedido de Vemish sin miramientos, y ahora de aquí con frases algo más circunspectas, recordaba con extrañeza lo que le habían contado de la cordialidad de las gentes de este Confín del Levante. Porque esta isla era Iffish, donde había nacido su amigo Algarrobo. No parecía tan hospitalaria como él había dicho.

Eran caras amables sin duda las que veía alrededor. Sin embargo, era también evidente que adivinaban la verdad, que algo lo separaba, lo aislaba de ellos, que sobre él pesaba una maldición y que iba en pos de una cosa siniestra. En aquel salón Iluminado por las llamas, la presencia de Ged era como una ráfaga de viento frío , como un pájaro negro que una tempestad había traído de tierras extrañas. Cuanto antes se fuera, llevando a cuestas aquel destino maldito, tanto mejor sería para las gentes del burgo.

—Estoy de paso —dijo—. Sólo me quedaré aquí un día o dos. — La voz de Ged parecía desolada. Por una vez, el posadero no replicó, echó una mirada de soslayo al gran báculo de tejo apoyado en un rincón y llenó el pinchel de Ged de cerveza rubia hasta que la espuma se derramó por los bordes.

Ged sabia que no podía pasar en Ismay más que esa sola noche. Allí no era bienvenido, ni en ninguna otra parte. Tenía que continuar, seguir hasta el final. Pero ya no podía soportar la soledad del mar desierto y helado, el silencio. sin voces. Resolvió quedarse en Ismay

un día, y partir al siguiente. Así, pues, durmió hasta tarde esa mañana; cuando despertó caía una ligera nevada y salió a caminar sin rumbo por las callejas y callejones del pueblo, observando a la gente ocupada en sus menesteres. Miró a los niños que arrebujados en capas de pieles construían castillos de nieve y modelaban hombrecillos de nieve; oyó cotillear a las comadres de acera a acera, desde las puertas abiertas de las casas; se detuvo a observar el trabajo del forjador de bronce, ayudado por un aprendiz que con la cara enrojecida y sudorosa bombeaba las lar as mangas del fuelle. Por las ventanas ,de las casas , iluminadas por dentro con un oro rojizo en el atardecer de ese corto día, vio a las mujeres atareadas en los telares, volviendo de tanto en tanto la cabeza para hablar o sonreír a un hijo o un esposo, allí, al calor del hogar. Todo eso vio Ged desde fuera: él era un ser aparte, aislado; no quería admitir que estaba triste, pero sentía un peso en el corazón. Cayó la noche, y Ged seguía errando por las calles, sin ganas de volver a la posada. Oyó a un hombre y una muchacha que iban calle abajo conversando alegremente; pasaron delante de él y se encaminaron a la plaza del pueblo. Ged se volvió con brusquedad; conocía la voz de aquel hombre.

Siguió a la pareja a la luz distante de las linternas, en el crepúsculo moribundo, y les dio alcance. La muchacha dio un paso atrás, pero el hombre miró a Ged un momento y blandiendo el báculo que llevaba lo sostuvo entre ellos como una barrera destinada a protegerlos de una amenaza, de un maleficio. Y eso era más de lo que Ged podía soportar. La voz le tembló un poco cuando dijo:

—Pensé que me reconocerías, Algarrobo.

No obstante, Algarrobo todavía vaciló un momento.

—Claro que te reconozco —dijo al fin y bajó el báculo y tomó la mano de Ged y lo abrazó—. ¡Claro que te reconozco! ¡Bienvenido, amigo mío, bienvenido! Triste acogida te he brindado, como si fueras un espectro de otros tiempos… yo, que he estado esperando tu venida, yo que te he buscado…

—¿Así que eres tú el hechicero de que tanto se enorgullecen en Ismay? Me preguntaba…

—Oh, sí, soy el hechicero; pero escúchame, déjame que te explique por qué no te reconocí, muchacho. Tal vez te he buscado con demasiada ansiedad. Hace tres días… ¿estabas aquí hace tres días, en Iffish ?

—Llegué ayer.

—Hace tres días, en Quor, la aldea que está allá arriba, en las colinas, te vi por la calle; es decir, vi una imagen de ti, o una imitación de ti, o quizá simplemente un hombre que se te parece. Caminaba delante de mí, saliendo de la aldea, y en el momento mismo en que lo vi tornó por un recodo del sendero. Lo llamé y no me

respondió, traté de seguirlo y no encontré a nadie, ni rastros de pisadas, aunque el suelo estaba escarchado. Fue muy extraño. Y ahora al verte aparecer así, de entre las sombras, pensé que era víctima de la misma ilusión. Perdóname, Ged. —Dijo en voz muy baja el nombre verdadero de Ged, para que la muchacha que esperaba detrás, a unos pocos pasos, no pudiera oírlo.

También Ged habló en voz baja al decir el nombre verdadero de su amigo:

—No importa, Estarriol. Pero éste soy yo, en persona, y me alegro de verte…

Algarrobo notó quizá algo más que simple alegría en la voz de su amigo. No había soltado todavía el hombro de Ged, y dijo ahora, en el Habla Verdadera:

—Atribulado has venido a mí, Ged, y desde las sombras, pero tu venida es alegría para mí. —Luego siguió hablando en hárdico con un marcado acento de los Confines— Ven, ven con nosotros a casa, volvamos, ¡ya es hora de que dejemos esta oscuridad! Esta es mi hermana, la más joven de la familia, más bonita que yo como ves, pero menos inteligente. Se llama Milenrama. Milenrama, éste es Gavilán, mi amigo y el mejor de nosotros.

—Señor Hechicero —saludó la muchacha e inclinó recatadamente la cabeza y se cubrió lo ojos con las manos en prueba de respeto, como era costumbre en las mujeres del Confín del Levante. Los ojos de Milenrama, cuando no estaban escondidos, eran claros, tímidos y curiosos. Podía tener unos catorce años, y era oscura de tez, como Algarrobo, pero más esbelta y grácil. De la manga le colgaba, con alas y garras, un dragón no más grande que la mano de ella.

Echaron a andar calle bajo en la penumbra, Géd dijo entonces:

—En Gont se dice que las mujeres gontescas son valientes, mas nunca he visto allí a una doncella con un dragón como brazalete.

Milenrama se rió, y respondió en seguida:

—Esto no es más que un harreki. ¿No tenéis harrekis en Gont? — Turbada, escondió un momento los ojos.

—No, ni tampoco dragones. ¿No es un dragón la criatura?

—Un dragón muy pequeño, que vive en las encinas y come avispas, gusanos y huevos de gorrión… no crece más que esto. Oh, señor, mi hermano me ha hablado a menudo del animalito que tenías, la pequeña bestia salvaje, el otak… ¿lo tienes aún?

—No. Ya no lo tengo.

Algarrobo se volvió a él como si fuera a preguntarle algo, pero se contuvo y no dijo nada hasta mucho más tarde, cuando los dos estuvieron sentados y solos junto al hogar de piedra de la casa de Algarrobo.

Pese a ser el maestro hechicero de toda la isla de Iffish, Algarrobo

residía en Ismay, el pequeño burgo en que había nacido, junto con un hermano y una hermana más jóvenes. El padre había sido marino mercante de cierta fortuna, y en la casa sólida y amplia abundaban los tesoros domésticos: altas alacenas y arcones cargados de piezas de alfarería, telas finas y vasijas de bronce. En la sala principal uno de los rincones estaba ocupado por una gran arpa taoniana, y otro por el alto telar con incrustaciones de marfil en el que Milenrama tejía sus tapices. Algarrobo, pese a sus costumbres y modales sencillos y apacibles, era un hechicero poderoso en la región, y todo un señor en su propia morada. Allí vivían también dos criados viejos, que habían prosperado a la par de la casa, y el hermano, un muchacho alegre, y Milenrama, diligente y silenciosa como un pececito, que sirvió la cena a los dos amigos, comió con ellos, escuchando la conversación, y luego, terminada la cena, escapó a la alcoba. Todo era paz en aquella morada, tranquilidad y bienestar; y Ged, mirando en torno de la habitación a la luz de las llamas, dijo:

—Así es como tendría que vivir un hombre —y suspiró.

—Sí, es una buena manera —dijo Algarrobo—. Hay otras. Ahora, amigo mío, cuéntame si puedes qué te ha pasado para bien o para mal, desde que hablamos la última vez, hace dos años. Y dime qué viaje es ése en el que estás empeñado, pues bien veo que no te quedarás mucho tiempo con nosotros.

Ged se lo dijo, y cuando hubo terminado, Algarrobo permaneció largo rato en silencio, pensativo.

—Yo iré contigo —dijo al fin.

—No.

—Yo creo que sí.

—No, Estarriol. Esta carga, esta maldición no son tuyas. Emprendí a solas esta aventura maldita, y a solas la he de concluir. No quiero que otros sufran por ella, y tú menos que nadie, tú que en el comienzo mismo trataste de que mi mano no hiciera el signo fatal. Estarriol…

—Siempre te ha dominado el orgullo —dijo Algarrobo, sonriendo, como si hablaran de un tema poco importante para los dos—. Ahora, reflexiona: es tu búsqueda, no cabe duda, pero si fracasaras, ¿no tendría que estar alguien allí contigo, para poner en guardia al Archipiélago? Porque en ese caso la sombra seria una potestad aterradora. Y si tú la derrotas, ¿no tendría que estar alguien allí que pudiera contarlo en el Archipiélago, para que la gesta se conociera y se cantase? Sé que no puedo ayudarte de ninguna manera; sin embargo, pienso que tengo que ir contigo.

Ged no supo cómo negarse a la súplica de Algarrobo, pero le dijo:

—No tendría que haberme quedado hoy. Yo lo sabía pero me quedé.

—Los hechiceros no se encuentran casualmente, muchacho —dijo

Algarrobo—. Y después de todo, como tú mismo has dicho, yo estaba contigo al comienzo del viaje. Es justo por lo tanto que siga contigo hasta el final. —Agregó leña al fuego, y durante un rato contemplaron en silencio las llamas.

—Hay alguien de quien nada he sabido desde aquella noche en el Collado de Roke, y no he tenido el coraje de preguntar a nadie en la Escuela qué ha sido de él: me refiero a Jaspe.

—Nunca obtuvo su vara. Se marchó de Roke ese mismo verano y fue a la Isla de 0, para ser hechicero en la corte del Señor, en O-tokné. No sé más de él.

Callaron una vez más, contemplando el fuego, y disfrutando (pues la noche era glacial) del calor de las llamas en la cara y en las piernas; sentados bajo la gran campana de la chimenea, teman los pies casi entre las brasas.

Ged dijo al fin, en voz muy queda:

—Hay una cosa que temo, Estarriol, y más la temeré si tú me acompañas. Allí, en las Manos, en un brazo sin salida del canal, me topé con la sombra, la tuve a mi alcance y la atrapé… traté de atraparla. Y entre mis dedos no había nada, nada que yo pudiera retener. No pude vencerla. Huyó, y yo fui detrás de ella. Pero esto puede ocurrir otra vez, y otra vez. No tengo poder sobre esa cosa. Quizás el fin de esta aventura no sea la muerte ni el triunfo: nada que cantar; ningún final. Tal vez tenga que pasarme la vida corriendo de mar en mar y de isla en isla en una búsqueda vana e interminable: la persecución de una sombra.

—¡Atrás! —exclamó Algarrobo, mientras con la mano izquierda hacía el signo que ahuyenta el mal que se ha nombrado. Y Ged, a pesar de sus negros. pensamientos, no pudo menos que sonreír, porque ése era un conjuro más de niños que de hechiceros; jamás perdería Algarrobo esa ingenuidad aldeana. Y sin embargo era astuto y sagaz, y siempre iba al fondo mismo de un problema. Le dijo a Ged — Esa es una idea siniestra y equivocada, espero. Se me ocurre, en cambio, que llegaré a ver el final de lo que he visto al comienzo. De algún modo conocerás por fin la naturaleza de esa cosa, su ausencia, sabrás qué es y podrás atraparla, doblegarla y vencerla. Aunque ése es el enigma: qué es… Hay una cosa que me preocupa, que no entiendo del todo. Se diría que la sombra se muestra ahora con tu apariencia, o al menos con una forma que se asemeja a la tuya: así la vieron en Vemish y así la vi yo aquí, en Iffish. ¿Cómo es posible y por qué nunca se apareció así en el Archipiélago?

—Hay un viejo dicho: Las leyes cambian en los Confines.

—Es verdad, y un dicho muy cierto, te lo digo yo. Hay sortilegios excelentes, entre los que aprendí en Roke, que aquí no tienen ningún poder, o surten el efecto contrario. Y hay otros comunes aquí, y que

nunca aprendí en Roke. Cada comarca tiene sus propios poderes, y cuanto más te alejes de las Tierras Interiores, más difícil es entenderlos, y dominarlos. Pero no creo que sólo eso explique el cambio de la sombra.

—Yo tampoco creo que cuando dejé de huir para volverme contra ella, el hecho mismo de que empeñara mi voluntad en perseguirla, le dio apariencia y forma, aunque también impidió que me quitara fuerzas. Todos mis actos se repiten en ella como un eco: es mi criatura.

—En Osskil te nombró, y no pudiste volver tu magia contra ella. ¿Por qué no hizo lo mismo en las Manos?

—No lo sé. Tal vez sólo de mi debilidad saque fuerzas para hablar. Habla casi con mi propia lengua; porque, ¿cómo sabía mi nombre? Me he devanado los sesos con esa pregunta, a través de todos los mares desde que partí de Gont, y nunca encontré la respuesta. Quizá no pueda hablar con su propia forma; quizá sólo pueda hablar con una lengua prestada, como un gebbet. No lo sé.

—Tendrás que cuidarte entonces si vuelves a encontrarla en forma de gebbet.

—No creo —replicó Ged, extendiendo las mano sobre las ascuas rojas, como estremecido de súbito por un frío interior No creo que vuelva a encontrarla en esa forma Ahora está ligada a mí, como yo lo estoy a ella. No puede librarse de mí y dedicarse a perseguir a otro hombre y extraerle la voluntad y el ser, como hizo con Skior. A mí puede poseerme. Si alguna vez yo me debilito, si trato de escapar, de romper el lazo, me poseerá. Y sin embargo, cuando la tuve entre mis manos y la sujeté con todas las fuerzas que me quedaban, se transformó en una nube de vapor, se me escapó… Y volverá a hacerlo, y sin embargo no puede escapar de mí, porque siempre la encontraré. Estoy atado a esa criatura repulsiva y cruel, y lo estaré eternamente, a menos que llegue a conocer la palabra capaz de dominarla: su nombre.

—¿Hay nombres en los reinos de las sombras? —preguntó Algarrobo, pensativo.

—Gensher el Archimago decía que no. Mi maestro, Ogión, no opina lo mismo.

—Infinitas son las controversias de los magos —sentenció Algarrobo con una sonrisa un tanto sombría.

—En Osskil, la mujer que servía a las Antiguas Potestades me juró que la Piedra me diría el nombre de la sombra, pero no confío mucho en eso. Y sin embargo, también hubo un dragón que me propuso un trueque: ese nombre por el suyo, para desembarazarse de mí; y lo he pensado mucho tiempo: en las cosas que los magos discuten, quizá los dragones sean sabios.

—Sabios pero malévolos. Pero ¿qué dragón es ése? No me dijiste que habías hablado con dragones desde la última vez que nos vimos.

Conversaron hasta tarde aquella noche, y aunque volvían sin cesar al amargo tema de la búsqueda que le esperaba a Ged, el placer de estar juntos era más fuerte que todo; pues los unía un amor acendrado y profundo, un sentimiento que ni el tiempo ni los azares podrían destruir. A la mañana siguiente Ged despertó bajo el techo de su amigo, y todavía soñoliento sintió un gran bienestar, como si estuviese al abrigo de todo daño, de toda amenaza. Un poco de ese sueño de paz lo acompañó durante todo el día, y él lo tomó no como un buen presagio, sino como un regalo. Le parecía que cuando partiera de esa casa ya no habría para él un refugio de paz, de modo que mientras durase ese breve sueño se sentiría feliz.

Obligado a atender ciertos asuntos antes de dejar Iffish, Algarrobo se había marchado a otras aldeas de la isla en compañía del aprendiz de hechicero que trabajaba con él. Ged se quedó en la casa con Milenrama y su hermano llamado Murre, menor que Algarrobo y mayor que ella. Parecía poco más que un chiquillo, pues no había en él ni una chispa de ese don o ese azote que es el poder mágico. Nunca había viajado más allá de Iffish, Tok y Holp, y tenía una vida fácil y sin problemas. Ged lo observaba con asombro y no sin cierta envidia, y exactamente de la misma manera miraba él a Ged: a los dos les parecía muy extraño que siendo tan distintos tuviesen los mismos años: diecinueve. Ged se maravillaba de que alguien que había vivido diecinueve años pudiera ser tan despreocupado. Admirando el rostro agraciado y alegre de Murre, se sentía esmirriado y tosco, sin sospechar ni por un momento que Murre le envidiaba hasta las cicatrices que le marcaban la cara, imaginando que eran huellas de unas garras de un dragón, la runa y el signo de un héroe.

Los dos jóvenes se trataban por lo tanto con cierta timidez, pero Milenrama, dueña y señora de su propia casa, pronto perdió el temor que había sentido al principio en presencia de Ged. El era muy amable con ella, y ella le hacía muchas preguntas, pues Algarrobo, decía, nunca le explicaría nada. Estuvo muy atareada esos días preparando galletas de trigo y otras provisiones de viaje como carne y pescado secos, hasta que Ged le dijo que ya bastaba, pues no tenía intención de navegar sin escalas hasta Selidor.

—¿Dónde queda Selidor?

—Muy, muy lejos, en el Confín del Poniente, donde los dragones son tan comunes como los ratones.

—En ese caso, mejor harías en quedarte en el Levante, pues nuestros dragones son pequeños corno ratones. Aquí está vuestra carne; ¿estás seguro de que bastará? Escucha, hay algo que no entiendo: tú y mi hermano sois poderosos hechiceros, agitáis una

mano, murmuráis una palabra y es cosa hecha. ¿Cómo podéis tener hambre, entonces? Cuando llega a la hora de la cena en el mar, ¿por qué no dices pastel de carne», y el pastel de carne aparece, y os lo coméis?

—Bueno, podríamos hacerlo. Pero no nos atrae demasiado eso de comernos nuestras propias palabras. Al fin y al cabo «pastel-de-carne» no es más que una palabra… Podemos darle aroma, sabor y hasta consistencia, mas no deja de ser una palabra. Engaña al estómago, pero no da fuerzas al hambriento.

—Los hechiceros, entonces, no son cocineros —dijo Murre que estaba sentado frente a Ged, del otro lado del hogar, tallando la tapa de una caja de madera; era ebanista de oficio, aunque no muy aplicado.

—Los cocineros son hechiceros, por desgracia —dijo Milenrama, que estaba de rodillas mirando la última hornada de galletas, que empezaban a dorarse en los ladrillos del hogar—. Pero todavía no entiendo, Gavilán. He visto a mi hermano, y hasta al aprendiz, iluminar un sitio oscuro con una sola palabra ¡y la luz brilla, ilumina, no es una palabra sino una luz con la que puedes alumbrarte!

—Oh, sí —respondió Ged—. La luz es un poder. Un gran poder, que hace posible nuestra existencia, pero que existe por sí misma, más allá de nuestras necesidades. La luz del sol y la luz de las estrellas son tiempo, y el tiempo es luz. A la luz del sol, en los días y los años, la vida es. En un lugar oscuro, la vida puede llamar a la luz, nombrándola. Pero por lo, general cuando ves que un hechicero nombra o invoca, cuando hace aparecer algún objeto, no es lo mismo, no llama a un poder mayor que él, y lo que aparece es sólo una ilusión. Invocar una cosa que no está presente, llamarla pronunciando el verdadero nombre, es una gran maestría, y no hay que utilizarla en cuestiones menores. No para calmar el hambre. Milenrama, tu pequeño dragón te ha robado una galleta.

Tan pendiente había estado Milenrama de las palabras de Ged, mirándolo mientras hablaba, que no advirtió que el harrekki saltaba de la percha caliente en el gancho de la marmita y se llevaba una galleta de trigo más grande que él. Poniendo a la criatura escamosa sobre la rodilla, Milenrama lo alimentó con cortezas y migas, mientras pensaba en lo que Ged había dicho.

—De modo que si hicieses aparecer un verdadero pastel de carne, perturbarías eso que cita siempre mi hermano… no recuerdo el nombre…

—El Equilibrio —dijo Ged en tono grave, pues ella estaba muy seria.

—Sí. Pero cuando naufragaste, volviste a navegar en una barca tramada con sortilegios, y no hacía agua. ¿Era pura ilusión?

—Bueno, era en parte ilusión, porque no me gusta ver el mar a través de los agujeros de mi barca, y entonces los emparché, disfrazando las apariencias. Pero la solidez de la barca no era ilusoria, ni el resultado de una invocación; en eso intervino otra clase de arte, un sortilegio de atadura. La madera estaba unida en un todo, en una cosa íntegra, un bote. ¿Qué es un bote sino una cosa que no hace agua?

—A veces hacen agua, yo he tenido que achicar algunos —dijo Murre.

—Bueno, también el mío habría hecho agua, si no hubiese mantenido el sortilegio —dijo Ged, e inclinándose sobre los ladrillos tomó una galleta caliente y la hizo saltar entre las manos—. Yo también he robado una galleta.

—Y te has quemado los dedos. Y cuando estés muerto de hambre en la inmensidad del mar, y lejos de todas las islas, pensarás en esta galleta y dirás entonces: «¡Ah! si no hubiera robado esa galleta podría comérmela ahora»… Me comeré la de mi hermano, y como tú morirá de hambre.

—Así se mantiene el equilibrio —observó Ged mientras ella masticaba una galleta tostada a medias; la tentó la risa y se atragantó. Pero Milenrama recobró en seguida la compostura y le dijo a Ged: —Ojalá pudiera entender lo que hablas. Soy demasiado estúpida.

—Hermanita —dijo Ged—, soy yo quien no tiene talento para explicar. Si hubiera más tiempo…

—Habrá más tiempo —dijo Milenrama—. Y cuando mi hermano vuelva, tú vendrás con él, al menos una temporada, ¿verdad que sí?

—Si puedo —respondió Ged con dulzura.

Hubo un breve silencio; luego Milenrama pregunto mientras miraba cómo el harrekki trepaba de nuevo a la percha:

—Dime sólo esto, si no es un secreto: ¿qué otros poderes hay además de la luz?

—No es un secreto. Todos los poderes tienen un solo origen, y un solo fin, creo yo. Los años y las distancias, las estrellas y las bujías, el agua, el viento y la hechicería, la destreza de la mano de un hombre y la sabiduría de la raíz de un árbol: todo emerge al mismo tiempo. Mi nombre y el tuyo, y el nombre verdadero del sol, o el de un manantial de agua, o el de un niño aún no nacido, todos son sílabas de la Irán Palabra que la luz de las estrellas pronuncia lentamente. No hay otro poder. Ni otro nombre.

Murre interrumpió el trabajo y puso el cuchillo sobre la talla.

—¿Y la muerte? —preguntó.

La muchacha escuchó, inclinando la cabeza negra y brillante.

—Para que una palabra sea dicha —respondió Ged con voz pausada— tiene que haber silencio. Antes, y después. —De pronto se

incorporó—. No tengo derecho a hablar de estas cosas. La palabra que tenía que decir, la dije mal. Mejor será que calle; no hablaré otra vez. Quizá no hay otro poder que la oscuridad. —Y apartándose del fuego, salió de la caldeada cocina, recogió la capa y salió a la calle bajo la fría llovizna del invierno.

—Alguna maldición pesa sobre él —dijo Murre, siguiendo a Ged con una mirada temerosa.

—Yo creo que ese viaje está conduciéndolo a la muerte —dijo Milenrama—, de eso tiene miedo, y sin embargo sigue adelante. —Alzó la cabeza como si a través de las llamas rojas viera la estela de una barca solitaria que surcaba los mares invemales y se alejaba hacia mares desiertos. Por un momento, los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no habló.

Algarrobo regresó al día siguiente y se despidió de los notables de Ismay que no veían con buenos ojos que se hiciera a la mar en pleno invierno, en una búsqueda queda mortal que ni siquiera era suya; pero aunque lo abrumaron con reproches, nada podían hacer para que se quedara. Cansado al fin del acoso de aquellos ancianos, dijo Algarrobo:

—Vuestro soy, no sólo por parentesco y tradición, sino también por el compromiso que tengo con vosotros. Mas es tiempo de recordar que soy vuestro servidor, pero no vuestro sirviente. Cuando sea libre de volver, volveré. Hasta entonces, adiós.

Rayaba el alba en el Levante y la luz crecía pálida y gris desde el mar, cuando los dos jóvenes, izando al viento norte una recia vela parda, zarparon en Miralejos del puerto de Ismay. Milenrama, de pie en el muelle, los miró partir, como siempre despiden a sus hombres las esposas y hermanas en las costas de Terramar, sin agitar manos ni añuelos, sin llamarlos a voces: muy quietas y en silencio, embozadas en capas grises o pardas, mirando cómo la franja de agua se ensancha entre la barca y la costa.

El mar abierto

Ahora el puerto ya no se veía, y los ojos pintados de Miralejos, mojados por las olas, escrutaban mares cada vez más vastos, más desolados. Dos días y dos noches tardaron los compañeros en ir desde Iffish hasta la Isla de Soders, un centenar de millas de tiempo sucio y vientos contrarios. Allí hicieron una escala breve, apenas el tiempo de recargar uno de los odres y comprar una lona de vela alquitranada, que en la barca sin puente protegería de la lluvia y el agua marina las herramientas y provisiones. No se la habían procurado antes porque los hechiceros suelen subsanar esos problemas por medio de sortilegios, los más sencillos y comunes, y en verdad poca magia se requiere para ablandar el agua marina y ahorrarse la molestia de transportar agua dulce. Pero Ged se negaba al parecer a recurrir a sus artes, o a permitir que Algarrobo empleara las suyas. Se limitó a decir:
— Mejor no… —y su amigo acató esta decisión, sin discutirla ni hacer preguntas. Porque desde que el viento había henchido por primera vez la vela, los dos habían tenido un presentimiento sombrío, glacial como los vendavales del invierno. Habían dejado atrás el abrigo del puerto, la paz, la seguridad. El camino que recorrían ahora estaba sembrado de peligros; cualquier acto, cualquier movimiento podía tener consecuencias nefastas. En la aventura en que estaban embarcados, la más inocente de las palabras mágicas podía cambiar el azar, pertubar el equilibrio de] destino y de] poder, pues iban ahora hacia el centro mismo de ese equilibrio, hacia el lugar donde se encuentran la luz y las tinieblas. Y quienes andan por esos caminos cuidan mucho lo que dicen.

Nuevamente en el mar bordeando las costas de Soders, donde los prados blancos de nieve subían hasta perderse en cimas brumosas, Ged fue otra vez rumbo al sur, y pronto se internaron en aguas en las que jamás se aventuran los grandes mercantes del Archipiélago, las aguas fronterizas del Confín.

Algarrobo no preguntó cuál era el rumbo, sabiendo que esto dependía de Ged, y que iban a donde tenían que ir. Cuando la Isla de Soders se empequeñeció y palideció a popa, y las olas silbaron y chasquearon bajo la proa y sólo el inmenso piélago gris los rodeó hasta la orilla del cielo Ged preguntó:

—¿Qué tierras hay siguiendo este rumbo?

—Ninguna al sur de Soders. Al sureste hay que navegar mucho para encontrar poco: Pelimer, Kornay, Gosk y Astowell, también llamada Finislandia. Más allá, el Mar Abierto.

—¿Y en el suroeste?

—Rolamenv, una isla del Confín del Levante, y algunas isletas

pequeñas alrededor; luego nada hasta que te adentras en el Confín Austral: Rood Toom y la Isla de la Oreja, a donde no van los hombres.

—Nosotros sí, tal vez —dijo Ged con ironía.

—Yo preferiría que no —dijo Algarrobo—. Parece que es horrible, con abundancia de osamentas y de malos augurios. Dicen los navegantes que desde las aguas de la Isla de la Oreja y Sorr se ven estrellas que no se conocen en otras partes, a las que nunca se les dio nombre.

—Es verdad, en la nave que me llevó a Roke por primera vez había un marinero que hablaba de eso. Y contaba historias de los balseros, ese pueblo del extremo del Confín Austral que sólo pisan tierra una vez al año, cuando van a cortar los grandes troncos para sus balsas, y el resto del año, todos los días de todos los meses, flotan a la deriva en el océano, lejos de las tierras. Me gustaría ver esas aldeas flotantes.

—A mi no —dijo Algarrobo con una sonrisa-—. A mí dame tierra y gente de tierra; el mar en su sitio, yo en el mío.

—Me hubiera gustado conocer las ciudades del Archipiélago —dijo Ged mientras aguantaba el cabo de la vela, contemplando el vasto desierto gris que se extendía delante— Havnor en el corazón del mundo, y Ea donde nacieron los mitos, y Shelleth de las Fuentes en Way; todas las ciudades y todas las grandes tierras. Y también las pequeñas, las comarcas extrañas de los Confines Remotos. Navegar en línea recta hasta el paso de los Dragones, y seguir hacia el oeste. o al norte entre los témpanos de hielo, hasta Hogenlandia. Hay quienes dicen que es una comarca más grande que todo el Archipiélago, y otros que no son más que rocas y arrecifes helados. Nadie lo sabe. Me gustaría ver las ballenas de los mares septentrionales Pero no puedo. Tengo que ir a donde me lleva mi destino y dejar atrás las costas luminosas. Tuve mucha prisa y ahora no me queda tiempo. Cambié toda la luz del sol, y las ciudades y las tierras lejanas por un puñado de poder, por una sombra, por la oscuridad.

Así, a la manera dé los magos, Ged vertió en un canto temores y remordimientos: una breve endecha, cantada a *media voz, que no era sólo para él; y Algarrobo en respuesta recordó las palabras del héroe de la Gesta dte Erreth-Akbé:

—Ah, que yo vea una vez más las Ramas vivas del hogar de la tierra, las torres blancas de Havnor…

Y así continuaron navegando en el vasto desamparo del mar. Todo cuanto vieron ese día fue un cardumen de peces plateados que emigraba hacia el sur, pero no hubo delfines que saltaran de las aguas, ni gaviotas, ni golondrinas que volaran en el aire gris. Cuando las sombras cayeron en el este y los fuegos del poniente se encendieron, Algarrobo sacó las provisiones, las repartió, y dijo:

—La última cerveza. Bebo a la salud de quien puso el barril en la barca, para los hombres abrasados de sed en el frío de los mares: mi hermana Milenrama.

Ged olvidó por un momento sus lúgubres cavilaciones, dejó de escudriñar el mar, y brindó por Milenrama con más ardor, acaso, que el propio Algarrobo. Recordó la dulzura de la muchacha, a la vez sensata e infantil. Era tan distinta de todas las personas que había conocido. (¿Qué muchachas había conocido? Nunca lo había pensado.)

—Es corno un pez —dijo—, una cabrilla que nada en un arroyo cristalino… indefensa y sin embargo no la puedes atrapar.

Algarrobo lo miró a los ojos, sonriendo.

—Mago eres de nacimiento —dijo— porque el nombre verdadero de Milenrama es Kest. —Kest en el Habla Antigua es cabrilla; Ged lo sabía, y se le alegró el corazón. Pero un momento después dijo en voz baja—: No tendrías que haberme dicho el nombre, quizás.

Y Algarrobo, que no había hablado a la ligera, le respondió:

—Contigo ese nombre está tan seguro como el mío. Y además, tú lo sabías sin que yo te lo dijera…

El púrpura del oriente se diluyó en cenizas, y el gris ceniciento se disolvió en negro. En el mar y en el cielo todo era oscuridad. Envuelto en la capa de lana y pieles, Ged se acostó a dormir en el fondo de la barca. Algarrobo, aguantando el cabo de la vela, cantaba en voz baja el pasaje de la Gesta de Enlad que narra cómo el mago Morred el Blanco se hizo a la mar en un navío sin remos y al llegar a la Isla Soléa vio a Elfarran en los vergeles florecidos. Ged se durmió antes de que el canto hablara del triste fin de los amores de Morred, la muerte de Morred, la ruina de Enlad, las olas del mar, inmensas y crueles, anegando los huertos de Soléa. Alrededor de la media noche Ged despertó, y una vez más montó guardia mientras Algarrobo dormía. La pequeña barca surcaba un mar agitado, y huyendo del viento que soplaba en la vela, coma a ciegas a través de la noche. Pero la negra techumbre del cielo se había abierto, y poco antes del alba un perfil de luna brilló entre las orlas parduscas de las nubes vertiendo sobre el mar un débil resplandor.

—La luna menguante viaja hacia la noche oscura —murmuró Algarrobo, que despertó al amanecer, cuando durante un rato amainó el viento frío. Ged alzó los ojos y miró el arco de luz blanquecina, sobre las aguas que. palidecían en el Levante, pero no dijo nada. Esa noche oscura de la luna, la primera que sigue al Retorno del Sol, se llama la Tregua, y es el polo opuesto de los días estivales de la Luna y la Larga Danza. Es un período nefasto para los viajeros y los enfermos; jamás durante la Tregua se le da a un niño el verdadero nombre, ni se cantan las Gestas, ni se afilan herramientas o espadas, y no hay

promesas ni juramentos. Es el eje oscuro del año, cuando lo que se hace se hace mal.

A tres días de navegación desde Soders, siguiendo el rumbo de las aves marinas y de las algas flotantes, llegaron a Pelimer, una pequeña isla que se elevaba en una giba sobre las olas grises. Los habitantes hablaban en hárdico, pero a su manera, extraña incluso a los oídos de Algarrobo. Los jóvenes viajeros desembarcaron en busca de agua dulce, y cansados de tanto navegar, y al principio fueron bien recibidos, con asombro y excitación. En el burgo principal de la isla había un hechicero, pero estaba loco. No hablaba de otra cosa que de la enorme serpiente que devoraba los cimientos de Pelimer, y aseguraba que la isla flotaría muy pronto como una barca a la deriva y se deslizaría más allá de la orilla del mundo. Al principio, saludó cortésmente a los jóvenes hechiceros, pero mientras hablaba de la serpiente empezó a mirar de soslayo a Ged, y terminó por insultarlos en plena calle, llamándolos espías y servidores de la Serpiente Marina. Después de eso, los pelimerianos los miraron con desconfianza, pues aunque loco, el hombre era para ellos el hechicero del lugar. Así pues, Ged y Algarrobo no se quedaron mucho tiempo en la isla, y antes de que cayera la noche partieron otra vez, yendo siempre hacia el sur y el este.

En aquellos días y noches de navegación, Ged no habló nunca de la sombra, ni tampoco del motivo del viaje; y Algarrobo apenas llegó a balbucear una pregunta, mientras seguían siempre el mismo rumbo, alejándose de las islas conocidas de Terramar:

—¿ Estás seguro … ?

A lo que Ged sólo respondió:

—¿Está seguro el hierro de dónde está el imán?

Algarrobo asintió en silencio y en silencio siguieron navegando. De vez en cuando, sin embargo, hablaban de las artes y artificios con que los magos de tiempos remotos habían conseguido descubrir el nombre secreto de poderes y criaturas maléficos: de Nereguer de Paln, que se había enterado del nombre del Mago Negro escuchando a hurtadillas la conversación de unos dragones; de Morred, que había visto cómo unas gotas de lluvia escribían el nombre del enemigo en el polvo del campo de batalla, en los Llanos de Enlad. Hablaban de los sortilegios de busca, y de las invocaciones, y de las Preguntas Ciertas, que sólo el Maestro de las Formas puede hacer. Pero Ged terminaba a menudo recordando las palabras que había dicho Ogión en lo alto de la montaña, en un otoño lejano: «Para oír es preciso callar … » Y se encerraba en un silencio profundo, y cavilaba hora tras hora con los ojos siempre fijos en el mar, sentado a proa. A Algarrobo le parecía a veces que Ged, más allá de las olas y las millas y los días grises aún por venir, estaba viendo la cosa que perseguían y el término sombrío

del viaje.

Pasaron entre Kornay y Gosk en medio de nieblas y lluvias, y no vieron las islas. Sólo al día siguiente supieron que las habían dejado atrás, cuando avistaron unos riscos empinados, sobre los que revoloteaban en círculos numerosas bandadas de gaviotas, cuyo doliente graznido podía oírse desde lejos en el mar. Algarrobo dijo:

—Por lo que parece, ésa ha de ser AstoweIl. Finislandla. Al este y al sur de esta isla los mapas están en blanco.

—Sin embargo, quienes viven allí sabrán de tierras más lejanas —respondió Ged.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Algarrobo.

Pues Ged había hablado con agitación; y la respuesta fue también entrecortada y extraña.

—No allí —dijo, mirando hacia Astowell, y más allá de la isla, o a través de ella—. No allí. No en el mar, sino en tierra seca ¿ qué tierra? Más allá de las fuentes del mar, más allá el nacimiento, detrás de las puertas de la luz del día…

Calló, y cuando volvió a hablar lo hizo con su voz de siempre, como si se hubiera librado de pronto de un sortilegio o una visión, que apenas recordaba.

El puerto de AstoWell, un estuario entre dos promontorios rocosos, estaba en la costa septentrional de la isla, y todas las cabañas del burgo miraban al norte y al este; era como si la isla volviera siempre la cara, aunque desde tan lejos, hacia Terrarnar, hacia el mundo de los hombres.

Con revuelo y consternación fueron recibidos los forasteros, pues llegaban en una época del año en la que ningún navío desafiaba jamás los mares cercanos a la isla. Las mujeres se quedaron dentro de las cabañas de junco, espiando por la puerta, escondiendo a los niños pequeños detrás de las faldas, y retrocediendo temerosas a la oscuridad, cuando vieron que los recién llegados subían desde el puerto. Los hombres, macilentos y mal vestidos contra el frío, blandiendo cada uno un hacha de piedra o un cuchillo de hueso, se reunieron en un círculo solemne alrededor de Ged y Algarrobo. Pero una vez que se les pasó el miedo dieron la bienvenida a los forasteros, mientras los acosaban con interminables preguntas. Rara vez en verdad llegaba alguna nave a Astowell, ni siquiera desde Soders o Rolarneny, ya que nada tenían, ni siquiera madera, que pudieran trocar por bronce o adornos. Navegaban en botes de cañas, y muy temerario tenía que ser quien se aventurara a surcar los mares hasta Gosk o Komay en una de esas embarcaciones. Vivían en absoluta soledad allí, en la orilla de todos los mapas. No tenían bruja ni hechicero, y no apreciaron las varas de los jóvenes hechiceros por lo que eran en realidad, admirándolas sólo por la sustancia preciosa de

que estaban hechas, madera. El jefe isleño era muy anciano, y el único del pueblo que había visto antes a un hombre nacido en el Archipiélago. Ged, por lo tanto, era para ellos un ser maravilloso: los hombres llevaban a sus hijos pequeños a que vieran al archipelágico, así podrían acordarse de él en la vejez. Nunca habían oído hablar de Gont y sólo conocían de mientas Havnor y Ea, y lo tomaron por un Señor de Havnor. Ged trató de responder lo mejor que pudo a quienes preguntaban por una ciudad blanca que él jamás había visto. Pero a medida que caía la noche se sentía cada vez más intranquilo, y al fin se acercó a los hombres, cuando estaban reunidos en el albergue al calor maloliente del estiércol de cabra y los haces de retama negra que eran el único combustible que tenían, y les preguntó:

—¿Qué hay al este de vuestra tierra?

Los hombres callaron, algunos sonrientes, otros sombríos. El viejo Islano respondió:

—El mar.

—¿No hay tierras más allá?

—Esta es Finislandia. No hay tierras más allá. No hay más que agua hasta la orilla del mundo.

—Éstos son hombres sabios, padre —dijo un hombre más joven—, hombres de la mar, viajeros. Quizá ellos sepan de una tierra que nosotros ignoremos.

—No hay ninguna tierra al este de esta tierra —dijo el viejo, y miró a Ged largamente, y no le. habló más.

Esa noche los compañeros durmieron al calor humeante del albergue. Antes del alba Ged sacudió a su amigo, murmurando:

—Estarriol, despierta. No podemos quedamos. Tenemos que partir.

—¿Por qué tan temprano? —preguntó Algarrobo, aún no del todo despierto.

—No es temprano, es tarde. He sido demasiado lento. La sombra ha encontrado cómo escapar de mí, y condenarme. No puedo dejar que escape, y he de seguirla a donde vaya. Si la pierdo estoy perdido.

—¿Hacia dónde la seguiremos?

—Hacia el este. Ven. He llenado los odres.

Salieron del albergue mientras todos dormían aún en la aldea, excepto un bebé que lloró un momento en la oscuridad de una cabaña y volvió a dormirse. A la débil luz de las estrellas encontraron el camino que descendía al estuario, desataron a Miralejos de la punta de roca a la que estaba amarrada, y la empujaron hacia el agua negra. Así partieron de Astowell rumbo al este, por el Mar Abierto, en el primer día de la Tregua, antes de la salida del sol.

Ese día tuvieron cielos claros. El viento del mundo soplaba frío y en ráfagas desde el nordeste, pero Ged había levantado el viento de la

magia: su primer acto de magia desde que partiera de la Isla de las Manos. Navegaban veloces rumbo al este. Golpeada por olas enormes, humeantes a la luz del sol, la barca se estremecía, pero continuaba adelante, como lo prometiera el antiguo dueño, y respondía tan exactamente al viento de la magia como cualquier nave encantada del país de Roke.

Ged no habló en toda la mañana, excepto para renovar el viento de la magia o mantener el hechizo que reforzaba la vela, y Algarrobo echado en la popa, terminó de dormir, aunque intranquilo. A mediodía comieron. Ged repartió unas porciones escasas, y el augurio era evidente, pero los dos mascaron en silencio la ración de pescado salado y galleta de trigo.

Durante toda la tarde fueron hacia el este; siempre en el mismo rumbo, y con la misma velocidad. Una sola vez Ged rompió el silencio, diciendo:

—¿Estás de acuerdo con los que dicen que el mundo es todo mar más allá de los Confines Remotos, o con quienes imaginan otros Archipiélagos o vastas tierras ignotas en la otra cara del mundo?

—En este momento —respondió Algarrobo— estoy con los que piensan que el mundo tiene una sola cara, y que el que navegue demasiado lejos caerá al llegar al borde.

Ged no sonrió: no quedaba en él ninguna alegría.

—¿Quién sabe lo que un hombre podría encontrar allá? No nosotros, por cierto, que nunca nos alejaremos de nuestras costas y riberas.

—Algunos han querido saberlo, y nunca han regresado. Y jamás hemos visto un navío que llegara de tierras desconocidas.

Ged no respondió.

Todo aquel día y toda aquella noche el poderoso viento de la magia los empujó hacia el este sobre las olas tumultuosas del océano. Ged montó guardia desde el crepúsculo hasta el amanecer, pues la fuerza que lo atraía o lo impulsaba crecía aún más en la oscuridad. Miraba sin cesar hacia adelante, aunque en la noche sin luna veía tan poco como los ojos pintados en la proa ciega de la barca. Al alba, la fatiga le había agrisado el rostro y tenía el cuerpo tan acalambrado por el frío que a duras penas pudo estirarlo para descansar. Dijo en un murmullo:

—Mantén el viento mágico del este, Estarriol —y al instante se quedó dormido.

No hubo amanecer, y poco después llegó la lluvia del nordeste y azotó de costado la proa de la barca. No era una tempestad, sólo los vientos y las lluvias de] invierno, glaciales e interminables. Pronto todo cuanto había en la barca estuvo anegado, a pesar de la lona, y Algarrobo se sintió también calado hasta los huesos; y Ged tiritaba

mientras dormía. Compadecido de su amigo, y quizá de sí mismo, Algarrobo trató de desviar aquel viento incesante que traía la lluvia. Mas, aunque respetando la voluntad de Ged mantenía fuerte y constante el viento de la magia, su habilidad de maestro de nubes y vientos tenía allí escaso poder, tan lejos de las tierras; el viento del Mar Abierto no lo escuchó.

Esto despertó en él cierto temor, y empezó a preguntarse qué poderes de hechicería quedarían en él y en Ged si continuaban alejándose todavía más de las tierras destinadas a morada de los hombres.

Ged volvió a montar la guardia esa noche, y mantuvo la barca en rumbo hacia el este. Cuando llegó el día, el viento del mundo amainó un poco y el sol brilló con intermitencia; pero las olas eran tan altas que Miralejos tenía que empinarse y escalarlas como si fuesen colinas, y suspendida sobre la cresta, se zambullía de golpe y se empinaba para escalar otra ola, y otra y otra…

En la noche de ese día Algarrobo quebró un largo silencio.

—Amigo mío —dijo—, una vez hablaste como si supieras que al fin llegaremos a tierra. No pongo en duda tu visión, pero, ¿no podría tratarse de un ardid, de una celada de esa cosa que persigues, para atraerte mas allá de lo que un hombre puede ir por el océano? Porque nuestro poder podría desvirtuarse y debilitarse en mares extraños. Y una sombra no conoce la fatiga, no siente el hambre, no se ahoga.

Estaban sentados en la bancada, el uno al lado del otro , y sin embargo Ged miraba a su amigo como desde muy lejos, como a través de un ancho abismo. Tenía la mirada turbia y tardó en responder.

Dijo al fin:

—Estarriol, nos estamos acercando.

Y Estarriol, al oírlo, supo que decía la verdad. Y tuvo miedo. Pero posó la mano en el hombro de Ged y dijo simplemente:

—Bien, entonces; bueno. Está bien.

Una vez más Ged veló esa noche, pues no podía dormir en la oscuridad. Ni quiso dormir cuando despuntó el tercer día. Y siguieron deslizándose siempre ligeros sobre las aguas, a una velocidad terrible, sin tregua ni reposo. Y Algarrobo se preguntaba cómo era posible que el poder de Ged mantuviese hora tras hora tan fuerte el viento mágico, allá en el Mar Abierto, donde él sentía que el poder se le dispersaba y debilitaba. Y mientras navegaban, Algarrobo empezó a creer que Ged había dicho la verdad, que esa ruta los llevaría más allá de las fuentes del océano y por el este al otro lado de las puertas de la luz. Ged, desde la proa, miraba siempre la lejanía. Pero no era ya el océano lo que escrutaba ahora, o no el océano que veía Algarrobo, un piélago de aguas turbulentas que se extendía hasta el linde del cielo. Una visión oscura enturbiaba las pupilas de Ged, un velo se interponía entre sus

ojos y el mar gris y el cielo gris, y esa oscuridad se extendía, y el velo era cada vez más espeso. Algarrobo no veía nada parecido, excepto cuando miraba a Ged a los ojos: entonces también él veía un instante aquella sombra. Y navegaban y seguían navegando. Un mismo viento llevaba a los dos en una misma barca, mas era como si Algarrobo navegara hacia el este por los mares del mundo, en tanto que Ged penetraba a solas en una comarca en las que no había este ni oeste, donde no había naciente ni poniente para el sol o las estrellas.

De repente, Ged se puso de pie sobre la proa y habló en voz alta. El viento de la magia cesó. Miralejos se detuvo y como una rama seca rodó arriba y abajo sobre las aguas encrespadas. Y la vela pendió del mástil, floja e inmóvil, aunque el viento del mundo soplaba siempre con fuerza del oeste. Suspendida sobre las olas, la barca se sacudía siguiendo el vasto y lento movimiento, pero ya no avanzaba.

—Arría la vela —dijo Ged, y Algarrobo se apresuró mientras Ged soltaba los remos, los insertaba en los toletes y encorvaba la espalda para remar.

Algarrobo, que no veía alrededor nada más que olas revueltas, no comprendía por qué ahora continuaban a remo; pero nada dijo y esperó, y a poco advirtió que el viento del mundo empezaba a aquietarse, y que el empuje del agua decrecía. La barca se sacudía y empina a cada vez menos hasta que al fin pareció avanzar al vigoroso impulso de los remos de Ged Por aguas casi inmóviles, como en una bahía cercana. Y aunque Algarrobo no veía lo que Ged veía, cuando entre uno y otro golpe de los remos miraba por encima del hombro delante de la barca, aunque no veía unas pendientes tenebrosas bajo estrellas inmóviles, empezó a vislumbrar, con ojo de hechicero, una oscuridad que colmaba los huecos de las olas, todo alrededor de la barca, y vio que el oleaje descendía lento y perezoso, ahogado con arena.

Si era un sortilegio de ilusión, tenía poder inverosímil: hacer que el Mar Abierto pareciera tierra. Tratando de no perder la cordura y el coraje, Algarrobo pronunció el Sortilegio de Revelación, esperando ver, entre cada palabra lentamente pronunciada, algún cambio, un temblor de la ilusión en ese extraño y seco bajío del océano abisal. Pero no advirtió nada. Acaso el sortilegio, aunque afectara sólo la visión y no la magia que obraba en torno de ellos, no tuviese allí ningún poder. O quizá no era ilusión, y habían llegado al fin del mundo.

Ged remaba abstraído cada vez más lentamente, mirando por encima del hombro, abriéndose paso entre canales, bajíos y arrecifes que sólo él podía ver. La barca se estremecía cuando la quilla tocaba fondo. Bajo esa quilla se abría la insondable profundidad del mar, y sin embargo estaban en tierra, en tierra seca. Ged levantaba los remos

y la madera se deslizaba en los toletes con un crujido terrible, pues no se oía allí ningún otro ruido. Todos los ruidos del mar, del viento, de la barca y la vela se habían apagado, perdidos en un silencio vasto y profundo, acaso inmemorial. Y la barca estaba inmóvil. No soplaba una ráfaga de viento. El mar se había transformado en arena, en un arenal quieto y oscuro. Nada se movía en el cielo sombrío ni en aquel suelo seco, irreal, que se extendía hasta perderse de vista en una tiniebla impenetrable todo alrededor de la barca.

Ged se puso de pie y tomó la vara y saltó con ligereza por encima de la borda. A Algarrobo le pareció que lo veía caer y hundirse en el mar, el mar que tenía que estar allí, ajo ese velo seco que ocultaba el agua, el cielo y la luz. Pero no, el mar ya no estaba allí. Ged se alejaba de la barca y dejaba huellas de pies sobre la arena que crujía levemente.

Y la vara de Ged brilló entonces, no con una luz fatua sino con un resplandor claro y blanco, pronto tan radiante que le enrojeció los dedos.

Y Ged seguía avanzando, alejándose de la barca, pero en ninguna dirección. No había direcciones en esa comarca, no había norte ni sur, ni este ni oeste, sólo el allá y el lejos.

Para Algarrobo, que lo observaba, la luz de Ged era como una gran estrella que se desplazaba lentamente en la oscuridad. Y en torno de ella las tinieblas eran cada vez más densas, más negras, más compactas . También Ged veía eso, mirando siempre adelante, a través de la luz. Y un momento después vio aparecer en la orla lejana y pálida de la luz una sombra que avanzaba por la arena.

Al principio no tenía forma, pero a medida que se acercaba fue tomando el aspecto de un hombre. Un hombre viejo parecía, gris y siniestro, el que avanzaba hacia Ged; pero en el instante mismo en que Ged reconoció a su padre el forjador en aquella figura, vio que no era un hombre viejo sino un joven. Era Jaspe: el agraciado e insolente rostro de Jaspe, y la capa gris sujeta con el alfiler de plata y el paso medido. Y era de odio la mirada que clavó en Ged a través de la oscuridad del aire. Ged caminó más lentamente y alzó aún más la vara. El resplandor se avivó y en la figura que se aproximaba la apariencia de Jaspe se transformó en Pechvarry. Pero la cara de Pechvarry era abotagada y pálida como la de un ahogado, y extendía la mano de una manera rara, como si hiciera una señal. Tampoco esta vez Ged se detuvo, y siguió adelante, aunque ahora sólo los separaban unos pocos pasos. De pronto la cosa que estaba frente a él cambió por completo, extendiéndose a los lados como si desplegara unas alas enormes y finas, y se contorsionó, se hinchó y volvió a encogerse. Por un instante Ged vio en ella la cara blanca de Skior, y un par de ojos, turbios, velados, que se clavaban en él, y luego, bruscamente, una cara

aterradora que no conocía, hombre o monstruo, de labios convulsos y ojos que eran como fosos y se hundían en un abismo negro.

Ged alzó entonces la vara, bien alto, y el resplandor fue de pronto intolerable, de una blancura tan ardiente que dominó arrasó aquella antigua oscuridad. Bajo esa luz, toda forma humana se desprendió como una piel de la cosa que avanzaba hacia Ged. Se encogió y se contrajo, se ennegreció, mientras reptaba por la arena en cuatro cortas patas provistas de garras y zarpas. Mas todavía avanzaba, alzando hacia Ged un hocico ciego, informe, sin labios, sin orejas ni ojos. Y en el momento en que estuvieron frente a frente, a la blanquísima luz mágica de la vara, se hizo completamente negra, y se irguió. En silencio, hombre y sombra se encontraron cara a cara y se detuvieron.

En voz alta y clara, rompiendo aquel viejo silencio, Ged pronunció el nombre de la sombra, y en el mismo instante, habló la sombra, sin labios ni lengua, y dijo la misma palabra: —Ged. —Y las dos voces fueron una sola voz.

Ged soltó la vara, extendió los brazos y abrazó a la sombra, a la negra mitad que reptaba hacia él. Luz y oscuridad se encontraron, se fusionaron, se unieron.

A Algarrobo, que observaba aterrorizado desde lejos, a través de a arena y la oscura penumbra, le pareció que Ged había sido vencido, pues el resplandor deslumbrante decaía, se atenuaba. Furioso Y desesperado saltó a la arena para ayudar a Ged o perecer con él, y corrió hacia el resplandor mortecino que se apagaba en la noche en la árida comarca. Pero los pies se le hundían en la arena y luchó como si caminara por arenas movedizas, o por un caudaloso torrente, y de pronto, en medio de un estrépito ensordecedor, y de la gloria de la luz del día, y del impacable frío del invierno, y del áspero sabor de la sal, el mundo fue restaurado para él y se encontró vadeando un mar súbito, verdadero, viviente.

No lejos de allí la barca se balanceaba, vacía sobre las olas grises. Nada más veía Algarrobo sobre las aguas; las crestas espumosas de las olas le golpeaban ojos y lo enceguecían. No era buen nadador, y se debatió como pudo hasta la barca; subió a ella y mientras tosía y trataba de escurrir el agua que le chorreaba del pelo, miró en torno con desesperación, sin saber para qué lado tenía que mirar. Al fin descubrió algo oscuro en medio de las olas, allá a lo lejos, en lo que antes fuera arena y era ahora aguas turbulentas. Se abalanzó sobre los remos y remó vigorosamente hacia su amigo, y luego tomándolo por los brazos, lo ayudó y lo izó por la borda.

Ged estaba atontado, los ojos fijos como si no vieran nada, pero no parecía haber sufrido ningún daño. Con los dedos de la mano derecha apretaba la vara, ahora negra madera de tejo, extinguido ya todo resplandor. No dijo una sola palabra. Agotado y calado hasta los

huesos, temblando de frío, se acurrucó contra el mástil, sin hablarle a Algarrobo, que había levantado la vela y con la mano en el timón buscaba el viento del nordeste. Nada vio del mundo hasta el momento en que frente a la proa, en el cielo que se ensombrecía en el ocaso, entre largas nubes y en una bahía de clara luz azul, brilló la luna nueva: un anillo de marfil, un fino aro de cuerno, la luz reflejada del sol sobre el océano de la noche.

Ged alzó el rostro y miró en el horizonte la luna creciente, remota y luminosa.

Largamente contempló aquella luna, y al fin se puso en pie y se irguió, sosteniendo la vara con ambas manos, como si fuese una espada. Miró el cielo, el mar, la vela henchida por el viento, el rostro de su amigo.

—Estarriol —dijo—, mira, ya está. Ha concluido. —Se echó a reír. — La herida ha sanado. Estoy entero. Soy libre. —Y bajó la cabeza, y escondió el rostro entre los brazos, y lloró como un niño.

Hasta ese momento Algarrobo lo había observado con temor y ansiedad, pues no sabía con certeza qué había pasado en la comarca tenebrosa. No sabía si era Ged quien estaba con él en la embarcación y desde hacía horas no apartaba la mano del ancla, pronta para perforar el fondo del bote y hundirlo allí en pleno océano, antes que llevar a los puertos de Terramar una cosa maléfica que había tomado el aspecto y la forma de Ged. Ahora, viendo a su amigo, oyéndolo hablar, no tuvo más dudas. Y empezaba a vislumbrar la verdad, que Ged no había ganado ni perdido: al nombrar a la sombra de la muerte con su propio nombre se había convertido en un hombre entero que nunca sería poseído por otro poder, y que viviría sólo por la vida misma, y nunca al servicio de la ruina, el dolor, el odio o la oscuridad. En la Creación de Ea, que es de todos los cantares el más antiguo, se dice: “Sólo en el silencio la palabra., sólo en la oscuridad la luz, sólo en la muerte la vida; el vuelo del balcón brilla en el cielo vacío”.

Ese canto cantaba ahora Algarrobo en voz alta, mientras viraba la barca rumbo al oeste, al empuje del helado viento invernal que soplaba detrás de ellos desde la inmensidad del Mar Abierto.

Ocho días navegaron, y otros ocho, antes de que avistaran tierra. Varias veces tuvieron que llenar los odres de agua de mar endulzada por sortilegios; y pescaron, aunque poco, aun recurriendo a los sortilegios de pesca, pues los peces del Mar Abierto no conocen sus propios nombres y no oyen la voz de la magia. Cuando sólo les quedó para comer unas tiras de carne ahumada, Ged recordó lo que dijera Milenrama cuando él había hurtado la galleta: que se arrepentiría de ese robo cuando tuviera hambre en alta mar; y a pesar del hambre, el recuerdo fue grato. Pues Milenrama había dicho también que Ged y Algarrobo volverían.

En apenas tres días los había llevado al este el viento de la magia; dieciséis tuvieron que navegar de regreso hacia el oeste. jamás hombre alguno que haya viajado por el Mar Abierto ha regresado de tan lejos como los dos jóvenes hechiceros Estarriol y Ged, a bordo de una pequeña barca de pesca, en la Tregua del invierno. No tuvieron que enfrentar grandes tempestades ni les costó mantener el rumbo, guiados por la brújula y por la estrella Tolbegren. Navegando por una ruta un poco al norte de la que siguieran hacia el este, no volvieron por Astowell. Pasaron cerca de Toly y Sneg sin alcanzar a verlas y las primeras tierras que avistaron fueron las del cabo más meridional de Koppish, cuando por encima de las olas vieron unos acantilados de piedra que parecían una enorme fortaleza. Revoloteando en círculos sobre las rompientes, graznaban las gaviotas, y el humo de las chimeneas de los villorrios trepaba en volutas azules que se dispersaban en el viento.

Desde allí, la travesía hasta Iffish no fue larga. En un anochecer apacible y oscuro, antes de una nevada, Regaron al puerto de Ismay. Amarraron a Miralejos, la barca que los llevara en viaje de ida y vuelta hasta las costas del reino de la muerte, y remontando las callejas estrechas llegaron a la morada de Estarriol. Sentían el corazón ligero al entrar bajo ese techo, al calor y la luz del fuego que ardía en el hogar; y MiIenrama corrió a darles la bienvenida llorando de alegría.

Si Estarriol de Iffish cumplió su promesa y compuso un cantar de esa primera gran gesta de Ged, la obra se ha perdido. En el Confín del Levante se cuenta la leyenda de una barca que a días y días de distancia de todas las costas, más allá del abismo del océano, tocó tierra. En Iffish se dice que fue Estarriol quien timoneaba esa barca, pero en Tok cuentan que fueron dos pescadores que una tempestad arrojó al Mar Abierto, y en Holp la historia habla de un pescador holpiano, y dicen que nunca pudo sacar la barca de las arenas invisibles en que estaba encallada, y todavía hoy anda errante por ellas. Así pues, del Cantar de la Sombra sólo quedan unos pocos fragmentos legendarios, llevados como madera de resaca de isla en isla a lo largo de los años. Mas nada se cuenta en la Gesta de Ged de esa travesía ni del encuentro de Ged con la sombra, anterior a los días en que consiguió atravesar el Paso del Dragón, o rescató de las Tumbas de Atuán el Anillo de Erreth Akbé para llevarlo de vuelta a Havnor, o volvió al fin a Roke, como Archimago de todas las islas del mundo.

FIN